

CARLOS SAURA GARRE

¿Qué está pasando ahí fuera?

Artículos publicados en la prensa

ADVERTENCIA PREVIA

Como se dice en la portada, este pequeño libro es un compendio de algunos de los artículos publicados en la prensa malagueña, y por tanto no están todos los que son, ni siquiera son todos los que están, y esto último se explica por el hecho de que han sido corregidos y aumentados, aunque muy levemente, de forma que no han perdido en absoluto su sustancia original.

Como sucede cuando se escribe para la prensa, aparecieron en fechas muy distanciadas y con ocasión de alguna noticia o suceso ocasional. En estos casos sucede que un escrito puede haber perdido su actualidad, y por esta razón sólo he incluido aquellos que, aun habiendo aparecido hace varios años, se refieren a temas que nunca pierden su interés.

Algunos fueron contestados por lectores que no estaban de acuerdo con lo que en ellos se decía, y, por aquello de ser objetivo, he incluido esas cartas con los nombres de sus autores

Los capítulos han sido recogidos en grupos alrededor de un mismo tema, como se muestra en el índice, y cada grupo lleva una pequeña introducción para indicar al lector el cambio.

Se advertirá que aparecen tres tipos de letra: los artículos originales van a tamaño 12, las introducciones y explicaciones, en el 10, y las cartas de los lectores enojados, en letra cursiva.

¿QUÉ ESTÁ PASANDO AHÍ FUERA?

Uno vive a diario con su propio cuerpo y sabe más o menos lo que en él ocurre. Vivir durante años con uno mismo nos da cierta sabiduría acerca de este complejísimo fenómeno que es el yo de cada uno, y es como el que está en su casa y sabe lo que ocurre, incluso lo que puede ocurrir, con bastante certeza. Uno lo tiene todo en orden, o cree tenerlo, y cada cosa significa lo que significa, y el conjunto tiene cierto sentido, así que reina una especie de tregua aquí dentro, una tregua que, a veces, puede llamarse paz: estar en paz con uno mismo. No es eso exactamente, pero se le parece. Y así vamos tirando.

No sucede lo mismo con el endiablado mundo que hay a mi alrededor, a derecha e izquierda y mucho más allá, tanto desde el punto de vista geográfico como del tiempo, en especial el presente inmediato, pero también el pasado y, lo que es peor, el futuro, y por eso a veces me pregunto qué está pasando ahí fuera. Lo que me llega es un ruido que no entiendo, pero que se parece sombríamente al estruendo de un edificio que fue dinamitado, y el insoportable rumor de los derrumbamientos viene de todas partes. Y lo que yo percibo como desmoronamiento, como ruina es la agobiante sensación de que todo cuanto sucede ahí fuera es incontrolable y de que, por lo tanto, no puedo poner orden en ese mundo lleno de complejidades, lo que me lleva a la intolerable conclusión de que nada de lo que sucede tiene sentido.

Todo ocurre al margen de mi voluntad y, lo que es más doloroso, contra mi voluntad. Mi yo es una insignificante molécula de agua en un río que fluye sin compasión arrastrándolo todo.

¿Quién está moviendo el río? ¿Qué descabellada fuerza nos empuja sin compasión? ¿Tiene la historia un dios que la dirige, o son individuos como usted y como yo, que hacen de dioses? Mucho me temo que sea esto último, porque los indicios son inequívocamente humanos: errores, prepotencia, ambición, improvisaciones, intereses personales... Son criaturas humanas que, como siempre, tienen sus nombres propios, y están situados en los lugares de máximo poder: unos controlan la política y la economía, no sólo de su propio país sino incluso de otros, o el dinero, las comunicaciones, la prensa, las multinacionales o las armas que se fabrican o se venden, o controlan el terror, y las mafias. Y desde tan diferentes lugares dirigen nuestro destino al margen de nosotros.

¿No es posible que alguien ponga un poco de orden? Porque esto no es anarquía, que anarquía significa ausencia de jefes y aquí lo que hay son líderes y mandamases en demasía, unos líderes que, cada uno por su lado, engendran acontecimientos y los empujan y luego no pueden controlarlos, o no quieren, y así organizan este maremágnum de paradojas incomprensibles.

Cuando acaba un año de apretados y agobiantes sucesos, comienza otro con idénticas o peores perspectivas. ¿Qué va a ser de nosotros, los individuos, los yo insignificantes cuya ineludible preocupación, a corto plazo, es tener un modo de comer todos los días? Mientras tengamos la barriga llena, aquí me las den todas, pero, ¿qué será de esas otras personas que ni tienen llena la barriga ni el alma, esos que van repletos tan sólo de deseos, que nadie acaba de saciar del todo ni mitigar siquiera?.

El río de la historia, con esos locos dioses, a todos nos empuja, incluso a ellos, sin orden ni concierto. Y yo, como individuo, me siento inerme y excluido.

¿Qué puedo hacer?

El escrito anterior se publicó cuando llevaba varios años colaborando en la prensa, pero lo he elegido como título e introducción porque es el resumen de todo lo que he escrito, antes y después. Ese *ruido que no entiendo*, ese *rumor de los derrumbamientos*, como ya habrá adivinado el lector, son las situaciones de injusticia que se dan a todas horas cerca y lejos de nosotros y que no podemos controlar, ni yo ni nadie, porque superan todas nuestras posibilidades, porque los responsables de tales situaciones son muchos, están muy lejos y tienen demasiado poder. Y cuando uno se encuentra así, imposibilitado de poner orden en ese desconcierto, el único consuelo que se encuentra, si es que puede llamarse así, reside en escribir, en dejar constancia de esa preocupación que nos corroe.

Ya sé que escribir sobre esos temas, si se deja a un lado la pura satisfacción de patalear, no resuelve nada. ¿O tal vez sí?. El periodista Ryszard Kapuscinski afirmaba, en una entrevista, que “*la mejor manera de ayudar a los desfavorecidos es escribir sobre ellos... Así se puede crear cierta opinión pública mundial*”. Es posible, aunque lo de “mundial” sólo está en manos de gente famosa como él. De todas formas he constatado que mucha personas lo agradecen. Supongo que les conforta ver reflejado en la prensa lo que ellos mismos piensan pero que no tienen tiempo de escribir, como yo lo tengo. A esas personas va dirigido, en primer lugar, este pequeño compendio de escritos un tanto pesimistas. Pesimistas porque no se ven soluciones a corto plazo, y uno siente la impotencia de no poder dejar a nuestros descendientes, aunque no sean propios, un futuro más acorde con aquello que los humanos merecemos.

Por supuesto que en medio de esas situaciones que yo llamo caóticas aparecen pequeños oasis de esperanza, o más bien de consuelo: gente que anda por ahí tratando de remendar ese tejido viejo y roto de nuestras sociedades. Aunque soy más partidario de soluciones globales llevadas a cabo por gobiernos y organismos comprometidos y competentes, he querido dejar constancia de esos intentos particulares porque ponen de manifiesto

el aspecto solidario de una humanidad que se ahoga en el individualismo. En realidad, siempre he creído en la bondad natural de la gente, aunque a veces uno tiene la sensación, como se verá más adelante, de que dentro de cada uno de nosotros habita un demonio. De todas formas, yo me sigo fiando de la gente de a pie, de los humanos anónimos que salen como números en las estadísticas. Pero no me fío de los poderosos, de esos ridículos pero perversos dioses que dirigen el río de la historia. Me dan miedo.

Este rechazo de los poderosos me viene de mi vena anarquista, que también es humanista, como todo el que haya leído algo sabe, y por cuya razón la comparten tantos. Por eso escribo de anarquismo, y de esas guerras que provocan los que tienen el poder y los ejércitos.

Del mismo modo, me dan miedo los manipuladores, pequeños y grandes, individuales y colectivos: iluminados, visionarios, curanderos, futurólogos, ocultistas, esotéricos, predicadores, falsos místicos, sectas religiosas, iglesias... Todos ellos pretenden dominar, y en algunos los casos lo consiguen, los cerebros de la gente con sus particulares ideas, a veces inocentes, a veces perversas. Me dan miedo, no sólo por los resultados que consiguen, sino por el hecho de que hay en el mundo una cantidad ingente de crédulos dispuestos siempre a dejar su libertad y su personalidad en manos de esas personas, ya sean inocentes salvadores o gente sin escrúpulos.

El lector encontrará algunas ideas desesperanzadas respecto al sentido que pueda tener esta vida nuestra. Desesperanzadas, digo, si se pone uno en el lugar de aquellos que se refugian en unas esperanzas de ultratumba. El estar en este mundo tantos años como yo, aparte de la experiencia que dicen que nos da, de lo que no estoy muy persuadido, me ha enseñado que la vida humana es un fenómeno natural, un epifenómeno de la evolución; somos unas criaturas que han alcanzado un grado de sofisticación que no tienen otras. Esta diferencia, pienso yo, nos ha colocado en condiciones ideales para desarrollar una especie de soberbia ontológica: si somos diferentes, somos únicos, somos

mejores. De aquí a creernos descendientes de seres divinos y los reyes de la creación sólo hay un paso. Pero si fuésemos capaces de asumir nuestra realidad estrictamente natural, como la de vegetales y animales, que no es rebajarnos el compararnos con ellos, es decir, si hacemos un pequeño acto de humildad, no tendremos ningún problema en vivir una vida buena, en simbiosis con los que nos rodean, y aceptar la muerte como un acto más, el último, del teatro de nuestra vida.

Es una filosofía de andar por casa, pero da resultado.

Finalmente, el lector encontrará una galería de personajes, todos ellos reales, cuyas vidas, o en algún momento de sus vidas, se han cruzado con la mía. A unos los he encontrado en la prensa o en la televisión, otros han convivido conmigo, unas horas o unos años, y todos ellos forma parte también de ese *ruido* que no lo logro entender y que me turba. Yo hubiese preferido, por las circunstancias que más adelante verán, si es que siguen leyendo, no haber tenido que encontrarme con esas personas, pero estaban ahí, y no podía pasar por su lado sin caer en la descortesía de no mirarles tan siquiera.

Así pues, lo que sigue es una relación de despropósitos, de esos que nos brinda nuestra sociedad a cada paso, mezclado, a ratos, con algún atisbo de cordura, esa cordura que nos reorganiza nuestro conocimiento del mundo humano para que no perdamos la esperanza.

Bienvenida, utopía.

EL RUIDO INTERIOR

He pasado un fin de semana en el campo, el primero en mi vida de adulto, gracias a unos amigos viajeros que nos invitaron a utilizar su pequeña finca a las afueras de la ciudad, casi al pie de la sierra cubierta de pinos.

Llegamos al atardecer. Las niñas estaban excitadas. Como perrillos agitados curiosearon todos los rincones, golpearon la tierra con los pies, tal vez para cerciorarse de que no era asfalto y tocaron, y acariciaron, todos los árboles del jardín y del huerto. Chillaron cuando descubrieron la piscina y juro que pusieron el mismo entusiasmo que aquel marino de Colón cuando gritaba: ¡tierra! Costó convencerlas de que pospusieran el baño para la mañana siguiente, apenas saliera el sol, aunque sabíamos muy bien que a esa edad nadie se levanta con la aurora.

Los tres adultos sacamos la mesa, las sillas y las dos mecedoras al porche. Íbamos a cenar allí, a charlar relajados y a escuchar el silencio. Pareceríamos personajes de alguna novela del querido Ray Bradbury.

Para cenar, nos limitamos a poner sobre la mesa lo que habíamos preparado en casa. Fue una cena fría, ligera, con cerveza caliente, ¡la nevera portátil no funcionaba!, y postre de fruta del tiempo: melocotones de terciopelo, dorados, suaves y agridulces. Las niñas se fueron a la cama jurando que bajarían al máximo el volumen del televisor de mano. Los mayores, sin prisas para recoger los restos de la cena, fumamos relajados y charlamos de cosas banales, como siempre sucede en estos casos: el programa de mañana de la tele, las inacabables obras en las ca-

lles de la ciudad, el precio de las viviendas y, cómo no, del silencio.

Cerca de la una de la madrugada me quedé solo en el porche, en la antigua mecedora de rejilla. Entonces tuve una experiencia inigualable: pude *ver* el silencio. Lo creaban las grandes manchas oscuras de los pinos sobre las lomas y laderas, la luz brillante, sofocada por la oscuridad, del farol de la esquina, sobre la que pasaban raudos los murciélagos. Y lo creaba aquel cielo sin luna, ese silencio espacial, lejano, como una cúpula inmensa salpicada de luces. Y pude escuchar el silencio, vivo aunque inaudible, cuando me llegaban las voces de la casa más próxima, a no más de medio kilómetro de distancia, voces con sordina, apagadas, temerosas, diluyéndose en el aire suavemente hasta perderlas. ¡Y cómo se escuchaba aquel silencio cuando el grillo, entre los matorrales, lo llenaba del todo con su ritmo acompasado!

Recordé el infierno de los autobuses, los coches y las motos bajo nuestras ventanas en las interminables noches del verano en la ciudad, y me sentí agradecido por estar allí, cercado de silencios infinitos, solo ante el universo que estaba cerca y lejos, muy lejos, encarándome, sin saberlo ni pretenderlo, a la verdad de la vida y, por supuesto, de la muerte.

Al día siguiente nos levantamos tarde. Apenas sentimos que pasaba el tiempo con el baño en la piscina, los preparativos para la comida bajo los árboles y la siesta acompañada de un coro de chicharras. Y así volvió la tarde y la noche comenzó a asomarse detrás de las montañas.

Carmen andaba en la cocina disponiendo los preparativos para la cena. Las niñas, Tina, Fani, como peces oscuros en remolinos verdes, gritaban de placer en la piscina. Lorenzo, con su horrendo pantalón “bermudas”, había cogido una manguera y parecía un dios de la lluvia por aspersion, llenando el aire cálido de brillantes gotitas que semejabán efímeros diamantes voladores. Y regaba, regaba: los cuatro ficus jóvenes, la palmera enana, la buganvilla rojo-verde, los pequeños abetos en hilera junto a la tapia. Regaba las hojas, las ramas y los troncos. Regaba la tierra, la

gravilla, las piedras, la tapia, la vacía casilla para el perro. Regaba a las niñas en la piscina, al agua verde con espuma blanca, al aire, a todo.

Creo que fue aquella lluvia incontrolada la que rompió el encanto. Ahora, de pronto, toda el agua del mundo apareció a mis ojos, una visión provocada por aquella lluvia inacabable, indiscriminada, torrencial, y aquella piscina que se había convertido en un océano de agua dulce, potable, transparente, apetitosa.

Y algo asomó a mi conciencia con la brusquedad de una explosión interior: las imágenes en color de la tele, una semana antes, aplastadas tantos días bajo la presión de lo cotidiano. Tombuctú. Diez mil refugiados del desierto huyendo de una sequía de quince años. Niños con la piel ocre de arena seca recogiendo en destartaladas vasijas agua sucia de pozos sedientos. Agua ocre también, agua turbia, repleta de virus y bacterias. Agua minúscula, hilos de agua, charcos de agua para miles de bocas reseca.

Y aquel ruido interior se hizo insoportable. Me levanté, desmañado y torpe, y salí fuera de la finca. Anduve por un sendero estrecho, bajo los altos pinos, escuchando la risa de las niñas y el chapoteo sin fin del agua. Anduve hasta que el silencio terminó con todo.

Cuando volví, estaban cenando.

-¿Dónde has estado, tito?

Me sentía agradecido porque había terminado la fiesta acuática. El grillo volvía a poner en el aire su nota rítmica y elegante. Ya se había encendido el farol, cuya luz estaba cuajada de brillantes insectos. La noche avanzaba implacable.

Mientras cenaba, miré sin mirar. El agua de la piscina todavía se estaba moviendo, remolona. La manguera yacía sobre la tierra, olvidada. Pero Lorenzo había cerrado mal el grifo, y un interminable y obsesivo hilillo de agua, clara y transparente, se iba perdiendo poco a poco bajo la tierra húmeda.

EN LA SALA DE ESPERA

Todo el mundo sabe, a menos que se trate de una de esas personas que nunca han padecido una enfermedad, achaque o indisposición, que no hay nada más adecuado para ponerse al día respecto a la vida de los famosos, que sentarse en la sala de espera de un médico. En todas ellas hay revistas del corazón, posiblemente porque su lectura es un buen remedio contra la hipcondría que nos acecha a todos los pacientes. Allí aparece la aristocracia, la alta sociedad, los deportistas de élite y las actrices, los cantantes y los cómicos. Allí se enteran uno del último divorcio, la penúltima puesta de largo o la reciente y deslumbrante fiesta de la gente “bien”. Y con tanta nadería insustancial, uno acaba por enfrascarse en ese mundo de ridículos y efímeros acontecimientos.

Pero mire usted por donde el otro día me tropiezo, en una de esas revistas, con unas fotos insospechadas: negritos desnutridos y tristes me miraban sobre un fondo de paisajes áridos y viejas tiendas de campaña. ¿Los más pobres del mundo en una revista de divos y millonarios? Pronto encuentro la explicación de tanta incongruencia: entre los negritos hay una mujer blanca, un tanto ajada, que reparte sonrisas y caricias. Es Audrey Herburn. La famosa actriz, retirada hace años del cine, no se parecía en nada a aquella etérea jovencita de los ojos enormes que nos deleitó con sus interpretaciones de ingenua adolescente. Por supuesto: iba a cumplir sesenta años. Audrey estaba en Muglad, zona deprimida donde se hacían diecisiete mil refugiados, allá por tierras sudanesas, trabajando para el UNICEF. Y Audrey

hablaba: “Es terrible venir de un mundo donde están cubiertas todas las necesidades y encontrarse con estas criaturas hambrientas, muchas de ellas huérfanas”. Me hablaba a mí, a todos los lectores, pero desde el lugar menos apropiado.

Al terminar de leer el reportaje de la otra vez famosa, me encuentro, a toda página, gritando con el desproporcionado tamaño de sus letras, el siguiente mensaje: “¿Qué tipo de mujer eres: romántica, práctica, atrevida, soñadora, vanguardista? Te ofrecemos la mayor variedad de diseños en vajillas. Para que en tu mesa haya todos los días un detalle más de tu personalidad”.

Hastiado de tan estúpidas contradicciones, dejo la revista y tomo otra. Tras el consabido desfile de rostros y gestos vacíos, otra sorpresa: muchachas *intocables*, esas criaturas que se encuentran, sin haberlo previsto ni deseado, en la última escala social, en la India ancestral y misteriosa, casi tan pobres como los niños del Sudán, rodean a una dama de la aristocracia española, la infanta doña Pilar de Borbón, duquesa de Badajoz. Se encontraba en Anantapur como presidenta de Ayuda en Acción, organismo dedicado a apadrinar niños en los países del Tercer Mundo. Como Audrey, doña Pilar se fotografía rodeada de pobres y marginados. Y también habla: “Hay que estar aquí para ver lo que es la lucha por salir de la miseria”.

Estaba claro que los pobres no hubieran tenido su protagonismo en la revista si no hubiesen estado acompañados de alguien famoso o de la aristocracia, condición indispensable, al parecer, para engolosinar al lector, que sin tales señuelos jamás se hubiese preocupado por personajillos de tan escasa relevancia. Vuelvo entonces la página y la foto de una chica (de la misma edad que las intocables de doña Pilar) llama mi atención en el instante en que realiza, en el aire, una pirueta de ballet. Debajo, el anuncio de un cosmético: “Todo lo que tu piel necesita para vivir”.

LOS AGUAFIESTAS

En días tan señalados como Navidad, Año Nuevo y Reyes, auténticas estrellas de las fiestas del año, siempre hay alguien que pretende fastidiarnos las alegrías y celebraciones de estas fiestas, gentes maquiavélicas, retorcidas y masoquistas cuya única misión consiste en hundirnos el tinglado que con tanto primor hemos ido construyendo durante todo el año y todos los años pasados. El UNICEF, por ejemplo, que acaba de publicar un estudio sobre el estado de la infancia en el mundo, ¡precisamente en Navidad!, y nos lanza las escalofriantes cifras de sus estadísticas sin el menor escrúpulo y respeto por la intimidad del personal. Y lo hace, nada menos, que a través de Televisión Española, que se suma así al discurso agorero del organismo internacional.

Está uno sentado tranquilamente en su casa, junto al abeto de luces parpadeantes, cuando en el telediario de la noche aparecen las escenas fastidiosas, otra vez, de esos niños con caras llenas de moscas, vientres hinchados y bracitos como cañas, que pretenden mamar de un pecho flácido y vacío. No hay derecho. Las imágenes y las cifras salen del televisor y te agarrotan la garganta, te martillean el cerebro y se te clavan en los ojos. El hambre sigue haciendo estragos entre los chavales de piel negra, la miseria campa por sus respetos, la deuda externa del Tercer Mundo no se puede liquidar y los países del Norte recortan sus ayudas. Mi árbol de Navidad, ante noticias tan truculentas, parece que se va deshaciendo, licuándose, hasta convertirse en un informe montoncito de hierba verde.

No sé cuántas personas habrán visto y oído lo que yo, pero seguro que a ellos también se les han aguado estas fiestas. A uno le remuerde la conciencia el besugo, tres mil pesetas el kilo, que ya tiene en la nevera, y el pavo, y el cordero, y las velas, y el turrón. Y los grandes almacenes, exquisitos paradigmas de la abundancia, de los que salen interminables filas de carritos a rebosar, se convierten en lugares siniestros y perversos. Y toda la alegría callejera, los altavoces que no paran de lanzar al aire esa versión musical de la inocencia que son los villancicos, y los millares de bombillas que planean su resplandor sobre las calles y plazas, y el colorido de los farragosos escaparates, y el contento familiar, las felicitaciones, los besos, los abrazos, los parabienes y el belén, parecen imágenes surrealistas salidas de un sueño de pesadilla.

Y es que los aguafiestas lo trastocan todo, a todo le dan la vuelta hasta que la verdad cotidiana se vuelve irreal y no existiera otra cosa más verdadera que el hambre y la miseria. Y el niño Jesús de escayola parece un muñecajo trasnochado, y los mensajes religiosos confundidos con las frases publicitarias, a las que se parecen, y las sonrisas se vuelven muecas, y toda la parafernalia navideña se convierte en un decorado de cartón sin alma, expuesto a deshacerse en un santiamén al primer chaparrón de invierno. Los aguafiestas no tienen compasión del vecindario, y nos quieren machacar a toda costa las esperanzas surgidas de nuestro desarrollo económico. Les encantaría que, en lugar de celebrar estas fiestas, tan arraigadas en los corazones inocentes, se nos hiciera un nudo en la garganta y nos pusiéramos a llorar a moco tendido, que no incendiáramos las calles con resplandores maravillosos, ni llenásemos la despensa de golosinas, ni comprásemos bebidas, ni nada de nada. Y hasta nos piden que seamos solidarios. Dicen que con lo que gastan los gobiernos en aviones de guerra podríamos evitar miles de muertes infantiles. Pero a mí no me fastidian la diversión. Cuando la tele me bombardea con los datos truculentos del UNICEF adornándolos con esas imágenes machaconas, cojo el mando y cambio a otra cadena.

¡Qué respiro! En esos instantes hay en la pantalla una señora que mordisquea un trozo de turrón con la mirada perdida. Aunque no nos lo digan, porque lo dejan para más tarde por aquello de darle un poco de morbo a la historia, todos sabemos que está pensando en el hijo ausente. Y efectivamente, como por arte de magia, la magia de la televisión, por supuesto, de pronto se abre la puerta y el muchachote que estaba lejos aparece con los brazos abiertos. Y lloro de alegría cuando madre e hijo se abrazan después de no sé cuánto tiempo, que eso no lo dicen porque debe suponerse, y cuando, ya todos sentados, se deleitan comiendo turrón mientras una dulce voz canturrea aquello de “¡Vuelve a casa por Navidad!”.

Como está mandado.

EL MINIBÚS

Desde la vieja era salpicada de matojos porque ya nadie la usa para trillar ni ventear, se ve el carril que hace una curva entre un par de colinas y un poco más allá se une a la carretera secundaria que lleva hasta el pueblo, a unos tres escasos kilómetros de distancia. De pronto aparece el minibús cabeceando, se pierde en una curva y otra vez traquetea acercándose al cortijo. Dos niños, sólo dos, lo esperan a la puerta de su casa cargados con sus libros y, debemos suponer, sus ilusiones, y debemos suponerlo porque el mayor ya tiene sus amigos del curso pasado, y anda contento de volver a encontrarlos, y el pequeño, que sólo tiene cuatro años, es la primera vez que va a la escuela, y aunque ande un poco asustado, la presencia de su hermano le disminuye la desconfianza. El minibús da la vuelta, los niños suben y traquetea de nuevo por el carril que va entre los rastrojos. Hace un hermoso día de sol en los olivos y del cercano otoño, ni rastro.

Luego, a la tarde, cuando vuelvan del cole, tendré que hablar con ellos. Alguien ha de decirles la verdad desnuda, que casi nadie quiere oír: que ese minibús que los lleva y los trae no funciona para todos los niños del mundo. Porque de estos, negros, amarillos, achocolatados o aceitunados, muchos son los que cargan con sus libros, si los tienen, que ésa es otra historia, y caminan kilómetros, bastantes más que esos tres que llevan hasta el pueblo, destrozando zapatos por veredas y trochas, para llegar cansados, aburridos y hartos, a la maltrecha escuela.

Y a otros muchos, ¡millares!, no se les puede recoger a las puertas de sus casas porque no tienen casa, y están tan ocupados

en el terrible afán de no morir cada día por las calles del mundo, que sólo ven la escuela cuando pasan de largo camino de resolver otras preocupaciones más urgentes. Pero no sé si estos niños que van en minibús hacia su cole podrán comprender la absurda magnitud de estas cifras, ni tan siquiera lo que signifique “ocupados en no morir cada día”.

También podría decirles que otros muchos no disponen de tiempo para ir a la escuela porque se mueren de maldita miseria. Les diré solamente que para esos pequeños de lejanos países no existen minibuses. Quisiera removerlos con la verdad que hiera, porque están acostumbrados a tener de todo, incluso lo que no necesitan, y son tan jóvenes que no se ponen a pensar en esos otros niños que se encuentran tan lejos. Pero ¿qué derecho me asiste? Y aunque yo lo tuviera y lo ejerciera, ¿podría sentarme a contemplar tranquilamente su inocencia rompiéndose en pedazos? Todavía no lo sé.

Lejos, arriba, un sol que, dicen, alumbra para todos. Aquí abajo, los campos parcelados que tienen nombre propio. Y a tan sólo una tele de distancia, miles de chavales esperando un minibús que no llegará nunca.

Tal vez sean estos dos, que ahora van dentro, retozando y soñando, los que serán capaces, mañana o algún día, de conducirlo más allá de la tele.

LOS EXTRAÑOS QUE VIENEN

Me llevan en coche por una casi desierta carretera comarcal gallega. Vamos entusiasmados mirando a un lado y a otro, porque es la primera vez que pisamos estas tierras y nos sorprenden los hórreos, los pazos, las colinas verdes, las vacas y las ruinas de algunos monasterios. Estamos disfrutando de unas vacaciones y parecemos niños asombrados, porque todo el mundo sabe, o debería saberlo, que estamos en la España húmeda y lo de Andalucía es aquello de la España seca, según aprendimos en la escuela, o en el instituto, que ya no lo recuerdo.

En eso estábamos, en la contemplación del paisaje y los comentarios alegres, cuando poco antes de entrar en un desconocido pueblecillo de Coruña, vemos caminar por el arcén, delante de nosotros, a un marroquí cargado con alfombras, moreno y desgarrado por el peso, que no es demasiado pero sí incómodo por el tamaño de la mercancía, a más de la maleta, que no es otra cosa que un bolso de viaje, grande y también pesado, donde debe llevar, calculo, algo de ropa limpia, los trastos de afeitarse, una toalla y alguna fruta y pan para el camino.

¿Cómo llegó tan lejos ese hombre solitario en su búsqueda de una oportunidad para vivir mejor? Porque a la vista estaba que no andaba de vacaciones como nosotros. Al buen hombre, ni el idioma, ni las costumbres, ni la mentalidad de la gente, ni el paisaje siquiera, le ayudaban lo más mínimo. En el país de la morriña, él debía estar muriendo de nostalgia por su tierra y su familia, porque todo el mundo tiene una, aunque no sean la mujer propia y los hijos los que formen parte de ella, pues también

hay tíos y primos, y vecinos, amigos y conocidos, y la tierra de cada uno, que es como parte de la familia.

De esto que les cuento hace ya varios años, y ahora sabemos que en la actualidad hay en España unos 400 mil extranjeros legalizados y el número de los ilegales se calcula que alcanza 463 mil. La vida de estos inmigrantes no puede ser más dramática, aunque a nuestro amigo marroquí debería parecerle la mejor del mundo si se la compara con la de aquellos otros de los que nos informan los medios de comunicación puntualmente, que nos cuentan, un día sí y otro también, las mil peripecias que tienen que arrostrar esas criaturas desde sus lejanos países hasta llegar al nuestro, si es que llegan, y esto es lo peor, porque tantos de ellos se quedan en el camino, y suerte tienen, si a ello puede llamársele suerte, de que ese camino no sea el mar, que todo se lo traga. Y las cosas van a empeorar, según se cuenta, y según uno mismo lo ve en las noticias de cada día. El nivel de desarrollo alcanzado por la Comunidad Europea la convierte en el punto de mira de los desvalidos de África y de la Europa del Este. Pobreza y problemas políticos, todo va unido, les empujan hacia lo que les parece el paraíso de la abundancia. Ellos no saben que también aquí tenemos parados y pobres que se pueden contar por millones, aunque ahora reparo en que el hombre marroquí de Coruña sí debe saberlo, por el tiempo que lleva deambulando entre nosotros, y sobre todo saben que la mayoría de los europeos vivimos rematadamente bien, y eso les basta. Ya están hartos de sufrir estrecheces. El problema de la pobreza es así: como no nos decidimos a echarles una mano en su propia casa, se vienen a la nuestra.

Ojalá, es decir, quiera Alá, que aquel marroquí perdido en Galicia tenga un permiso de residencia y pueda seguir deambulando en busca del futuro. Otro futuro, por supuesto.

DOS FORMAS de MORIR

Carta al Director

Noticia de prensa (**viernes**):

“El rey de Marruecos, Hassam II, fallece en el hospital rodeado de los mejores médicos de su reino”.

Noticia de prensa (**sábado**):

“Fuerzas de la Guardia civil han rescatado siete cadáveres de ciudadanos marroquíes tras el naufragio de una patera en la costa de Fuerteventura. A bordo de la embarcación viajaban 21 personas. Entre los fallecidos se encuentra un muchacho de quince años”.

Noticia de prensa (**domingo**):

“Recuerdo la gran figura del soberano difunto (Hassam II), que ha guiado los destinos de su país con la voluntad de conducirlo con dignidad por el camino del progreso espiritual y material”. (Juan Pablo II, Papa).

Este escrito no es un arreglo convencional. Esas noticias aparecieron en los medios en tres días sucesivos, tal y como se transcribe.

¿Qué se hace realmente por el Tercer Mundo aparte las escasas ayudas de los gobiernos? Las ONGs están realizando una labor importante en casos muy puntuales. Los responsables de Manos Unidas en Málaga me pidieron que les echara una mano escribiendo en la prensa acerca de sus actividades. He escogido este ejemplos entre los varios que envié al periódico.

POR ESOS MUNDOS de DIOS

En cierta ocasión recibí un boletín extraordinario de Manos Unidas con información acerca de la última campaña de esta ONG. Se trata de un conjunto de datos numéricos que pueden cansarnos por su aridez y su monotonía, pero que, a la postre, resultan reveladores, como se verá a continuación. En esa campaña se recaudaron más de 31 millones de euros (5.217 millones de pesetas), la mayoría de ellos (el 86%) procedentes de las aportaciones particulares. El resto proviene de fondos públicos.

¿Qué se ha hecho con todo ese dinero? Un 94 por ciento ha ido directamente al tercer mundo, el 6 por ciento restante a sufragar gastos de administración y campañas de sensibilización social.

El dinero destinado al tercer mundo se repartió para financiar 150 proyectos agrícolas, 172 proyectos sanitarios, 340 sociales y 126 de promoción de la mujer. El boletín dedica unas once páginas de letra menuda y apretada para informar de todos los proyectos financiados tanto en Asia como en África, Oceanía y

América, indicando, minuciosamente en cada caso, el nombre de la población y de la persona responsable, la clase de proyecto que se va a llevar a cabo o que ya está terminado o en vías de finalizar, y los fondos destinados.

Resulta curioso e instructivo adentrarse en esos mundos con nombres propios, reales y concretos. De esta forma podemos enterarnos de que en **Mungala** (India) se ha construido un centro de formación profesional para mujeres del campo, de que en **Kutungia** (Bihar) se financió un hogar para niñas, o que en **Larantuka** (Indonesia) se le compró a alguien una camioneta, o una máquina de coser en **Benguela** (Angola), o un tractor en **Korongó** (Costa de Marfil). En **Fondonera** (Camerún) se financió la construcción de una carretera de diez kilómetros. Se sufragaron (en **Cubao**, Filipinas) los gastos de equipamiento agrícola para familias de leprosos y minusválidos. En **Cyungo**, por Ruanda, se beneficiaron con una escuela agrícola. **Tolaguaron**, en Madagascar, ya tiene un dispensario. Una máquina de hacer jabón fue a parar a **Akome**, en Ghana. Los habitantes de **Vila Rica**, brasileños, ya poseen un proyecto de salud comunitaria. A cuatro comunidades de **Caracato**, en Bolivia, se les ha instalado el agua. Se ha construido una escuela en **Medellín**, ya saben, en Colombia; un taller en **Koropo** (Papúa, Oceanía), y en **Arequipa**, allá por el Perú, se hicieron 40 viviendas. El policlínico de **Canelones** (Uruguay), el comedor popular de **Lima**, el centro juvenil de **Dodoma**, en Tanzania, o la unidad de cuidados intensivos de **Chetipuzá** de Kerala (India) ya son una realidad o están en vías de serlo. Y así hasta más de mil lugares exóticos y asombrosos en los que se ha hecho algo con el dinero recaudado, a veces un algo muy sencillo, como la perforación de un pozo, en ocasiones un proyecto de más envergadura, como un edificio destinado a hogar para estudiantes.

Todo esto resulta, evidentemente, solidario y hermoso, y yo lo traigo a colación para que todo el que me lea sepa lo que las oenegés están haciendo. Pero Manos unidas, como otras setenta asociaciones españolas y muchos centenares más en otros países de los cinco continentes, llevan décadas destinando fondos para

el Tercer Mundo, y el Tercer Mundo se empeña en seguir siendo tan pobre como antes, en vista de lo cual deberíamos preguntarnos: ¿no será hora ya de que las ONGs abran un nuevo frente de lucha (sin abandonar esas ayudas tan necesarias por urgentes) en aquellos niveles sociales y políticos donde se dispone de los resortes para erradicar la pobreza?.

Si no se hace algo más, estaremos parcheando un tejido viejo y gastado, sin esperanza de que cambien las cosas, porque eso de remendar, y ello es bien sabido desde los tiempos más remotos, no es más que pan para hoy y hambre para mañana, como dice el refranero.

Así, pues, busquemos la raíz de la pobreza, que es donde está la clave de todo este problema. Y no digo esto como quien ignora que no basta con decirlo, que es la pura verdad, pero a la gente de a pie, anónima e invisible, no nos quedan más que las ideas y, si acaso, la palabra, que todo el mundo no la tiene. Puede que las ONGs estén de acuerdo, que seguro lo están, porque lo de los remiendo lo sabe todo el mundo, como ya se ha dicho, y se decidan, si es que no lo están haciendo ya, a presionar a quienes de verdad pueden cambiar esta tragedia de la pobreza, que deben ser los gobiernos, y todos nosotros echándonos a la calle, como ya se hizo con las minas antipersona y lo de la deuda de los países en vías de desarrollo. Por supuesto que aún quedan otros problemas, como el de la corrupción de los gobernantes en esos tristes lugares, y los desatinados gastos en armamento, por poner sólo dos ejemplos, que hay muchos más. Pero ese es otro asunto del que por ahora no podemos ocuparnos.

EL GRITO

No dejan de sorprenderme nunca las noticias que recibo de aquí y de allá. Vuelan de un lado al otro y, al final, caen en mis manos para dejarme atónito. Sobre todo cuando esas noticias se excluyen mutuamente, o se enfrentan, o se superponen chirriando. Y uno no entiende lo que está ocurriendo, porque todo ello resulta verdaderamente absurdo.

Verán.

Mis amigos de Manos Unidas en Málaga me envían un boletín de la organización. Todos sabemos que Manos Unidas es una ONG confesional, católica concretamente, que está empeñada desde hace años en el trabajo por los menos favorecidos de todo el mundo. Pues bien, en ese boletín, en una crónica del mundo, leo textualmente: *“A las puertas del nuevo milenio, la sociedad de América Latina sigue afectada por la injusticia y el hambre, situaciones que han llevado a que este fin de siglo sea el de la reivindicación en distintos frentes. Sin duda, el movimiento que mejor ha representado el sentir de los pueblos es el Grito Latino- americano de los Excluidos, un gran movimiento por el trabajo, la justicia y la vida. Nacido en Brasil, el Grito se extendió rápidamente por varios países del continente, culminando con una manifestación simultánea el día 12 de octubre del 2000. Esta gran manifestación se definió como un grito para anunciar que ha llegado la hora del proyecto de vida de la dignidad humana y de la sensatez”*.

Hasta aquí, nada de particular, quiero decir: nada de extraño. Manos Unidas informa de un movimiento que empuja a los desheredados exigiendo justicia. Uno queda maravillado de que la

gente sea capaz de organizarse contra los crímenes sociales de los poderosos. Por un diario nacional (EL PAÍS), me entero de que un obispo auxiliar de Sao Paulo, Angélico Sandalo Bernardino, organiza cada año el movimiento “Grito de los excluidos”, que se celebra en varios países de América.

Y aquí viene lo incomprensible:

Según ese mismo diario, el obispo Angélico ha sido alejado de la diócesis con el beneplácito del Vaticano. Y nos enteramos de que la diócesis de Sao Paulo era el último reducto de progresismo religioso en Brasil mientras estuvo regido por el cardenal Paulo Evaristo Arn. Cuando este se jubiló, el Vaticano envió en su lugar a otro cardenal, un tal Claudio Humees. Pero este señor se está encargando de dismantelar, pieza por pieza, la construcción levantada por Arn, comenzando por enviar fuera de la diócesis a los obispos auxiliares, fuertemente comprometidos con los problemas religiosos, sociales y políticos de una de las diócesis más grandes del mundo, a la vez capital financiera del MERCOSUR y detentadora del mayor cinturón de miseria de Latinoamérica.

La verdadera pretensión del Vaticano, por supuesto, es erradicar la teología de la liberación, que tiene tintes marxistas y huele al azufre de esos demonios que ahora no están en ningún sitio. Pero, al mismo tiempo, y aunque esos señores de la Curia no lo deseen directamente, se está cargando la fuerza de una Iglesia que es la esperanza y el sostén de los excluidos. Es decir: está condenando a los pobres a la soledad más desalentadora en su lucha contra la injusticia.

¿Ustedes entienden algo? ¿Lo habrán digerido mis amigos de Manos Unidas, todos ellos creyentes? Yo estoy cada vez más confundido.

Y cabreado.

A través de lo que la gente escribe en la prensa, he constatado hasta qué punto llega el optimismo religioso de algunos creyentes. Un ejemplo es el que transcribo a continuación, de Fernando del Castillo, titulado UNA REVO- LUCIÓN CRISTIANA. Pero el mismo día, junto a él, aparecía otro sobre el mismo tema, pero visto desde un ángulo completamente distinto. Se titulaba DOS MILLONES, y estaba firmado por Manuel Palomo. Me ha parecido interesante transcribirlos aquí los dos, aunque ninguno es mío, porque ambos nos instruyen en lo muy complicados y contradictorios que son los pensamientos humanos. Resumo el de D. Fernando por ser algo extenso.

UNA REVOLUCIÓN CRISTIANA

Fernando del Castillo

Al regresar de Roma me he sentido empujado a escribir lo que allí he visto..., consciente de haber participando en un acontecimiento histórico: la XV Jornada Mundial de la Juventud, en el año 2000 y con el Papa Juan Pablo II ... [A pesar de las muchas molestias del viaje] a ninguno de los dos millones y medio de personas que estábamos allí nos faltaba una sonrisa de oreja a oreja. ¿Nos habíamos vuelto locos? No, sencillamente estábamos en Roma convocados por el Papa, y todas esas molestias, ofrecidas, eran otra forma de oración por él.

Y los romanos gastando metros cúbicos de agua “regando” a los peregrinos para refrescarlos, o dándoles de beber y llevando cantidades enormes de comida a las parroquias, ¿también estaban locos? ¡Qué va!, se limitaban a corresponder con generosidad a la llamada del Papa.

.....El ambiente de fiesta resultó inigualable. Le cantamos, le bailamos y le hablamos al Papa (a gritos, pero le hablamos). Juan Pablo II siguió nuestras canciones y bailes, marcando el ritmo con sus manos, ante el delirio de quienes seguíamos sus gestos por la pantalla gigante, y se emocionó con nosotros...

....[Aquí viene un resumen del discurso del Papa, que termina así] Y, citando a Santa Catalina de Siena, nos recordó que

prendiéramos fuego allí donde fuésemos (“pirómanos” que encienden las almas en el amor de Cristo)...[Esta jornada] es el principio de una gran revolución en la que todos estamos comprometidos. Una revolución que servirá para que en el mundo vuelva a reconocerse la enorme dignidad y el elevado destino al que se encuentran llamadas todas las personas humanas.

DOS MILLONES

Manuel Palomo

Ayer tuve un sueño. De repente habían aparecido dos millones de niños, de esos que se mueren de hambre, en la plaza de San Pedro. Iban como nos los ponen en la tele: casi desnudos, con sus vientrecitos hinchados, con sus miradas perdidas en nuestros ojos. Iban solos, sin sus madres; esas madres de los pechos vacíos, de las miradas hundidas no sé dónde, de los labios reseco donde bailan las moscas en círculos constantes. Iban los niños sin cánticos ni risas, con esa seriedad infinita de los días oscuros, cuando el dolor llega a límites imposibles, cuando el amor está ausente y las palabras sumergidas en el silencio único. Iban sin nada. Dos millones de niños en la plaza de San Pedro. Solos.

Al principio nadie reaccionó. Todos se quedaron atónitos, ¿qué demonios (con perdón) hacían aquellos niños allí? Los esperábamos normales, sonrientes, cantando, dijo un alto cargo de la curia romana. Pero algo habrá que hacer, dijo otro sin apartar la mirada de los niños. ¿Y qué les decimos?, dijo otro alto cargo. Yo había preparado un sermón muy bonito pero, la verdad, no “acorde” con estos niños. Bueno, bueno, dijo el listillo de turno, en primer lugar pienso que deberíamos preguntarles qué es lo que quieren y después ya veremos. Así que, ni corto ni perezoso, salió al balcón y dijo: ¿Qué queréis? De entre los dos millones de niños, uno de ellos, que podía mantenerse a duras penas en pie, se adelantó y dijo: ¡Agua!

¿Agua? ¿Agua?, se preguntó el alto cargo de la Curia. ¿Sólo eso? ¡Eso está hecho! E inmediatamente miles de botellas (por cierto, de agua mineral) llegaron a la plaza de San Pedro y los niños bebieron hasta saciarse. ¿Y ahora qué? ¿Puedo ya hablarles?, preguntó el alto grado. No, por favor, espere..., quizás tengan algo más que decir. Volvió a salir al balcón y preguntó. ¿Queréis algo más? De entre las filas salió otro y acercándose dijo: ¿Qué hacemos aquí? ¿Quién nos ha traído?

A esto ya era más difícil de contestar. Hubo incluso quien dijo que había que venderlo todo para dárselo a los pobres, pero casi se lo comieron. ¿Vender qué? ¡Todo esto es patrimonio del pueblo!. En fin, mientras deliberaban, los niños comenzaron a morir sin que nadie se diera cuenta de nada. Un cura de una aldea lejana de no sé qué sitio que casualmente pasó por allí empezó a gritar: ¡Que se mueren, que se mueren!...

Y entonces desperté. ¡Qué respiro! ¡Todo había sido un sueño! Allí estaban los dos millones de jóvenes, cantando, bailando, riendo, y el alto grado de la curia pudo por fin decir su discurso.

Respiré tranquilo, todo había sido un sueño.

¿O estoy soñando ahora?

TURISMO SEXUAL

Es bien sabido que la prostitución, femenina o masculina, es un negocio viejo como el mundo, del que no se libraron ni siquiera las mismas creencias religiosas, me refiero a la antigüedad, claro, a aquellos tiempos de los griegos y los romanos, y antes aún, ya que en las religiones que podríamos llamar actuales, ese fenómeno ha desaparecido. Ahora bien, cuando la gente se prostituye por necesidad, se convierte en algo degradante. Y más aún cuando quienes se prostituyen son adolescentes y niños.

Cada año, miles de turistas occidentales viajan a Tailandia, Brasil, Filipinas, Sri Lanka, Cuba o República Dominicana en busca de sexo a precios de saldo, y hay un mercado en crecimiento en la India, en el Vietnam y antiguos países del Este europeo, sobre todo en Polonia y Hungría. También los españoles se embarcan en este vergonzosa aventura, ya que algunas empresas premian a sus trabajadores masculinos proporcionándoles la posibilidad de disfrutar de sexo barato. Países del Tercer Mundo, países pobres, países marginados. No tenemos suficiente con haber contribuido a su decadencia económica, además, abusamos de su pobreza, de su necesidad, y los degradamos aún más enviándoles turistas ricos buscadores ansiosos de sexo exótico. Los pobres, asfixiados por sus necesidades, no tienen otra cosa que su propio cuerpo, ya ni siquiera sus brazos, para sobre- vivir. Millones de adolescentes, en todo el mundo, se ven obligados a prostituirse para ayudar a sus familias, y el problema ha llegado a tales extremos que el gobierno alemán se ha visto obligado a reformar el código penal, de tal manera que

ya es posible perseguir y juzgar a quienes cometan delitos sexuales contra menores, aunque se hayan realizado fuera de la misma Alemania y las víctimas residan en el extranjero. La Fiscalía de Colonia abrió hace poco una investigación para procesar a dos alemanes por esta clase de delitos con niños de Sri Lanka, y basándose en las declaraciones de otros turistas que podrían testificar ante los tribunales.

Sin embargo, a pesar de las reformas del código, los jueces alemanes encuentran grandes dificultades para traducirla en procesos, que resultan muy complicados por la dificultad de encontrar testigos y de tomarles declaración a los afectados. ¿Quién iría a preguntar a una chiquilla de nueve años que trafica con su cuerpo en una lejanísima ciudad del Sudeste asiático si éste o aquel individuo estuvo con ella haciendo lo que se supone que hacía? A pesar de todo, es necesario, que los gobiernos tomen medidas. El de Suecia ha celebrado un congreso mundial contra la explotación sexual de los niños. Pero nada de esto es suficiente. Controlar desde fuera las inclinaciones de la libido humana es un arduo problema. Ya cuesta trabajo controlarla desde dentro de uno mismo. Así que uno siente la tentación de recurrir a la consabida solución: hay que cambiar el corazón de los seres humanos, la reforma debe comenzar desde el interior; por la fuerza, desde fuera, nada se consigue.

Pero es una tentación que me dura poco, porque un dato estadístico me obliga a volverme en otra dirección: la prostitución infantil es prácticamente nula en los países ricos.

LA CUENTA DE LA VIEJA

A menudo salta a las páginas de los periódicos el tema, siempre candente, de las relaciones entre los recursos del planeta y su población humana. Demasiado sabemos que esos recursos están mal repartidos, y en eso todos estamos de acuerdo, pero a muchos les parece que no existe más problema que ese de la distribución, probablemente porque tienen la vista fija sólo en nuestros tiempos actuales, lo que les impide ver el futuro. Hay algo más, y para aclararlo se me ha ocurrido hacer la cuenta de la vieja.

Hacer una distribución es, al fin y al cabo, una cuenta de dividir. En nuestro caso, el dividendo serían los recursos y el divisor, el número de habitantes del globo. Como la renta per cápita, que se obtiene dividiendo la renta nacional por el número de habitantes de un país. Pero cuando yo era maestro en ejercicio, recuerdo que enseñaba a mis alumnos aquello tan sencillo de que si el divisor aumenta, el cociente disminuye. Si crece la población (el divisor), manteniéndose los recursos en la misma cantidad (el dividendo), tocaremos a menos.

Por supuesto que hoy no existe una distribución justa y equitativa de los recursos del planeta, pero supongamos que la hubiese, que todo cuanto tenemos a nuestra disposición (bosques, acuíferos, pastos, ganado, tecnología, etc) lo compartimos entre todos los que somos en esta Tierra: ¿no han pensado ustedes que aún así las cuentas no salen porque el divisor (la gente) crece y crece sin parar? Sólo podemos hacer una división (una distribución) cuando dividendo y divisor se están quietos. En cuanto uno aumenta o disminuye, la cuenta se va al carajo. Aquellos

que opinan que “sólo se trata de un problema de distribución” deberían recordar que si el divisor crece, el dividendo debe hacerlo proporcionalmente, si es que quieren que el resultado no varíe. Es decir: si dejamos que la población mundial aumente indefinidamente, es necesario que los recursos crezcan del mismo modo. Ahora bien, ¿pueden hacerlo? ¿los recursos pueden incrementarse indefinidamente?

No me refiero al hecho, probable, de que aún existan recursos y bienes sin descubrir ni explotar; aunque ello fuera así, estaríamos simplemente retrasando el problema. Este puede presentarse dentro de cien o doscientos años. Más, si ustedes lo prefieren. Pero el hecho de que la tarta no pueda seguir creciendo algún día y los comensales sí, es algo tan dramático para la humanidad que no podemos cruzarnos de brazos. Tenemos una responsabilidad con las generaciones futuras o somos miopes, egoístas y mezquinos. La clave está en la palabra “indefinidamente”. Vuelvo a mi pregunta, pues: ¿pueden crecer así los recursos del planeta? El sentido común me dice que no. El planeta es una nave que tiene unas dimensiones concretas para albergar a plantas y animales que nos alimenten y, aunque echemos mano del reciclaje u otras alternativas por descubrir, llegará el momento desastroso en el que no habrá alimentos para todos. Más aún si continuamos esquilmando la naturaleza como lo estamos haciendo.

Por lo tanto, tendremos que tomar medidas, y no hay otra solución que estabilizar lo más posible el divisor, la cantidad de gente que vivimos, o sobrevivimos, o malvivimos en este mundo nuestro. Si no lo hacemos, “*la naturaleza lo hará por nosotros*”, como decía el Nobel Henry Kendal. Y ya sabemos cómo se las gasta en estos casos la madrastra naturaleza.

LA CARIDAD VIENE DE ARRIBA

El Estado del bienestar, irónicamente llamado *Estado-providencia* se toma muy en serio su papel “divino”. Como no encuentra una fórmula adecuada para suprimir los desajustes económicos y culturales de una sociedad próspera, pues va y toma cartas en el asunto, como si hubiera asimilado la peregrina afirmación del profesor Aranguren según la cual “la moral no puede ser plenamente realizada a nivel colectivo más que por el Estado”. Y como el Estado-providencia desea ser visto como un ente ético (lo que contribuye a la popularidad y afianzamiento de los gobernantes de turno), pone en marcha los engranajes de su inmensa maquinaria y aborta una interminable serie de medidas: protección de menores y ancianos desvalidos, rehabilitación de drogadictos, alfabetización, educación compensatoria, ayuda a mujeres maltratadas, etc. Y como el Estado del bienestar no radica sólo en el gobierno central sino, también, en las comunidades autonómicas, en las diputaciones y hasta en los municipios, todas estas medidas se entrelazan y se superponen.

Por supuesto, para llevar a cabo todos estos programas, lo primero que hace falta es dinero, muchísimo dinero. Una vez que se dispone de los fondos necesarios hay que “organizar” las cosas, para lo cual ha de buscarse el personal pertinente. Encontrado y contratado, ese personal necesita locales, mobiliario (sin olvidar, lo primero de todo, los despachos, especialmente el del jefe del servicio), medios de locomoción, ordenadores, ficheros, fotocopiadoras, salas de reuniones, etc. El resultado es que una sustanciosa cantidad de los fondos librados se va en nóminas, alquileres, compras de material..., es decir, en mantener la orga-

nización del servicio o programa. La burocratización de la caridad se convierte en una gigantesca maraña de personas y cosas que fácilmente puede superar al número de necesitados por poco que se descuiden. Y a todo esto, los necesitados de esos servicios permanecen pasivos, esperando que les caiga la sopa boba (de lo que, debemos hacer justicia, también habla el profesor Aranguren).

Mucho mejor lo ha dicho el profesor malagueño García Lizana. Hablando de las leyes sobre servicios sociales de las comunidades autonómicas, afirma que estos *“en la práctica son concebidos, aun cuando puedan existir excepciones, de una forma muy limitada, tanto por orientarse de manera exclusiva hacia los “derechos sociales específicos”, o lo que es igual, a los grupos marginados o con otros problemas (lo que podría tener, por tal motivo, un carácter marginante), como por su carácter fundamentalmente asistencial, buscando simplemente remediar, cuando no paliar, los problemas existentes, dejando en un segundo lugar las funciones rehabilitadoras y bastante más las preventivas, y olvidando, por supuesto, otras funciones tan valoradas en el pasado como la transformación de la sociedad y la erradicación de las causas profundas de los problemas* (el subrayado es mío); *la promoción humana, económica y social; el desarrollo pleno de las personas y la intervención activa en la vida social de todos los sujetos. La excesiva insistencia actual en subvenciones y ayudas inhibe la creatividad y al considerar al ciudadano como ente pasivo, mero receptor de ayudas, se contribuye a su marginación y dependencia, hablando siempre en términos generales”*.

El Estado lo quiere arreglar todo con dinero y burocracia, pero los problemas sociales necesitan otro tratamiento, como acaba de puntualizar el profesor García Lizana.

Claro que esto el Estado no puede comprenderlo.

(Lo que quise decir, en resumen, es que el proteccionismo estatal, claramente necesario, no debe convertirse en esa “caridad” que no atiende a los problemas de fondo, como el profesor Lizana puntualiza)

La pobreza, con todas sus temibles secuelas (desnutrición, enfermedades, analfabetismo...) es una de las mayores y peores catástrofes de la humanidad. La otra es la guerra, las guerras.

MATARÁS A TU PRÓJIMO

Por más que a un lector poco reflexivo le parezca extraño, la verdad es que matar al prójimo está permitido, aunque, eso sí, guardando ciertas normas, como suele hacerse en cualquier clase de deporte. (Eminentes polemólogos han estudiado las correlaciones existentes entre la actividad deportiva y, por ejemplo, el fenómeno bélico. No es cosa mía).

Para empezar, y por aquello de que nadie llegue a creer que todo el monte es orégano, no está permitido matar en solitario o en grupos muy reducidos, como es el caso de esos individuos, casi siempre psicópatas, que son perseguidos por la policía y, si son encontrados, acaban en la cárcel o, en ciertos lugares que aún existen, achicharrados, ahorcados o gaseados. No obstante, esta regla tiene sus excepciones, como aquella de que es lícito matar “en legítima defensa”, una expresión que todo el mundo bien pensante acepta. O aquella del policía que dispara sobre un presunto delincuente que huye (a veces no más que un vulgar ladrón de coches), o que le tortura hasta la muerte, que también ocurre. En estos casos, y como se trata de “fuerzas del orden”, las autoridades suelen ser condescendientes. Tampoco se puede matar en grupos que no estén legalizados. Según esto, se persigue a los terroristas (políticos o religiosos) o a los extremistas de toda la gama ideológica. Pero si el grupo está integrado en la legalidad, dispone de licencia para matar con los parabienes de los de arriba y de los de abajo. O al menos, de los de arriba. Es

el caso de los jueces, que pueden condenar a muerte. O el de las instituciones que disponen del poder, como la Iglesia y su Inquisición, ciertos imanes y su *sharia*, o el de esas cúpulas militares que envían a sus sicarios para que asesinen a civiles considerados un peligro para el orden. En esta ocasión puede surgir el rechazo social, el de los de abajo, pero dado que esos militares pertenecen a una institución venerable (y a fin de cuentas, sostenedora del orden), gozan de la amnistía del gobierno de turno al que apoyan. Es el caso de ciertos militares salvadoreños, brasileños, argentinos, uruguayos o norteamericanos que todos conocemos.

Pero la forma de matar legalmente más difundida y efectiva es la guerra en cualquiera de sus formas. En teoría sólo está permitido que soldados maten a otros soldados a los que, al parecer, se considera algo así como robots humanoides sobre los que se puede disparar sin remordimientos; pero como los civiles viven rodeados de objetivos militares, los daños colaterales, esa estúpida y maquiavélica expresión, se cuentan por millares. Todos hemos sido testigos de las tropelías cometidas por los norteamericanos en Irak y Afganistán, por los iraquíes en Kuwait, por los afganos en su propio país, o por serbios, croatas y musulmanes en la antigua Yugoslavia. De todas formas, y aunque el resto de la humanidad lo rechace, el homicida bélico tiene siempre su conciencia tranquila, porque, en definitiva, está defendiendo sus “ideales patrióticos” (incluyendo los religiosos), unos valores éticos (¿) altamente estimados y defendidos a ultranza tanto por un bando como por el otro. De esta forma, unos y otros pueden matar legalmente desde su punto de vista. Así pues, si algún lector siente la irrefrenable necesidad de matar a su prójimo, sólo tiene que alistarse a un bando cualquiera en una de las muchas guerras que hay por ahí, y disparar. Cuando vuelva, hasta es posible que le den una medalla.

Ya lo han hecho otras veces.

LA BESTIA UNIFORMADA

Ella está entre nosotros, en cualquier rincón del globo, pero nadie la reconoce como tal, porque la Bestia afirma y reafirma: “Yo salvo, yo defiendo, yo convengo y disuado”. Pacta y se alía con todos, a derecha e izquierda, con los pobres y con los ricos, con el infierno y con el cielo. Pero existe un modo de desenmascararla: siempre lleva uniforme, y al cinto, sobre el pecho, a la espalda o al hombro, algo para matar seres humanos. Es la gran cazadora, porque fue creada como una máquina de muerte. Es ciega, la han cegado. Tan sólo sabe abrir sus millones de bocas y escupir el fuego que destruye. Por eso tiene un amo que la domestica, la instruye y la pertrecha. Antes se les llamaba dictadores, déspotas y tiranos, ahora son demócratas, casi todos. Cuando los amos cantan una orden, la bestia se pone en movimiento.

Va disfrazada de ejército. La vimos todos vomitando rayos luminosos en la noche del desierto. En otras ocasiones no monta ese espectáculo, porque sus amos son más pobres. Pero, de todas formas, ella no discrimina, porque es como la muerte, a la que sirve. Le da lo mismo que sean kuwaitíes o iraquíes, armenios o azeríes, tamiles o ceilandeses, palestinos o isralíes, marroquíes o saharianos, turcos o kurdos. Se pone de parte de los chinos para matar chinos, ayuda a los tailandeses para destruir a los tailandeses, colabora con los afganos para asesinar afganos. No le importa si son viejos o niños, o mujeres, o jóvenes que tienen -¡que tenían!- toda la vida por delante.

A veces se enmascara y se encapucha en forma de guerrilla, y se adorna con títulos pomposos y poéticos: Sendero Luminoso, Partido de Dios, Tigres de la Liberación... Y mata y asesina. En otras ocasiones se coloca en el pecho una dudosa pegatina: "Fuerzas de Seguridad", o simplemente "Policía", y persigue llena de cólera y golpea por las calles con saña, hasta con odio. Los amos programaron a la bestia: "Defiende nuestro Estado, defiende nuestra Patria, nuestra Tribu, nuestra Idea". Todos llevan razón, todos son argumentos razonables, todos tienen excusas y pretextos para lanzar su mole contra estos o aquellos. Ella, siguiendo órdenes, destruye cuanto encuentra: carreteras, caminos, fábricas, puentes, pueblos y ciudades enteras. Da sus zarpazos en el desierto, camina mastodónica por las estepas, se agazapa en las montañas, acecha por el aire, hiere desde los mares. Todo es pura ruina donde pasa la Bestia. Asustados ante los huesos, huyen delante de ella millones de criaturas con sus cosas a cuestas, buscando un oasis que no existe.

Siempre me he preguntado: ¿es que es indestructible?

No, tiene un talón de Aquiles, un único lugar donde puede ser herida mortalmente: las armas, la metralla, su alimento. Desnudada, arrancadle todo el infierno bélico que le da la vida, y quitadle el uniforme, y veréis, asombrados, cómo se transmuta, cómo se convierte en millones de seres humanos con nombres y apellidos, jóvenes que ríen y que cantan, que ansían amar y ser amados, compasivos, con ganas de vivir y de que vivan. Solo se vuelven Bestia cuando tienen las armas en las manos y la mente cegada.

Y por ello, estamos condenados a ver todos los días a los muertos a tiros en medio de las calles.

LA BESTIA SIGUE VIVA

Yo estaba en una venta tomando unas cervezas con algunos amigos. Hacíamos comentarios acerca de la primavera gris y lluviosa como un otoño adelantado. Detrás de nosotros, casi colgada del techo, una tele desgranaba las aburridas noticias de siempre. En un momento dado volví la cabeza para mirar el aparato. Los murmullos del local no permitían escuchar al comentarista, pero las imágenes se movían como si estuviesen vivas. De pronto aparecieron unos hombres negros en algo que parecía una calle al extremo de una población. Cuatro de ellos, con fusiles en una mano, sujetaban con la otra a un muchacho. Lo desnudaron mientras él se debatía inútilmente y luego le soltaron. El muchacho echó a correr desesperado. Sólo dio unos pasos: un disparo lo dobló sobre sí mismo y cayó rodando al suelo. Moribundo, levantó la mano unos centímetros. Los otros se acercaron y volvieron a dispararle, dos veces, para rematarlo.

Era en Liberia, y la cámara estaba allí como testigo.

Se me hizo un nudo en el estómago y sentí unos incontenibles deseos de gritar de rabia y de impotencia. Pero ocurrió algo diferente. Me acerqué a una ventana para mirar los olivos mojados por la lluvia, perseguido por aquellas imágenes insoportables y, de pronto, sin que yo pudiera evitarlo, la película del horror volvió al principio de la escena y me encontré *dentro* del muchacho. O para decirlo con más exactitud: en ese instante intemporal yo *era* aquel muchacho vapuleado por bestias con aspecto humano. Me cogieron por los brazos y las piernas para tirarme al suelo. Yo estaba asustado y, al mismo tiempo, enlo-

quecido. Traté de librarme, pero no podía hacer otra cosa que sacudir todo mi cuerpo mientras me arrancaban la camisa a pedazos. Otro me quitó los zapatos y tiró de la pernera de mis pantalones hasta dejarme desnudo. Sólo en ese momento me soltaron. Dentro de mí gritaba el impulso incontenible y ciego de escapar, aunque no sabía hacia donde. Salí corriendo, pero apenas había dado unas zancadas cuando sentí un fuego que me devoraba las entrañas. Me doblé bajo el dolor y caí de golpe al suelo. No podía escuchar nada. Sólo acertaba a ver una luz confusa que se oscurecía por momentos. Luego, dos antorchas ardientes arrasaron mi cerebro...

Todo fue tan fugaz que apenas me di cuenta. Pero en esos segundos yo había sentido el terror de aquel pobre negro que empezaba a vivir. No pude detenerme a pensar por qué lo asesinaban. ¿Era, acaso, también un asesino? ¿O se trataba sólo, como en Burundi, como en Ruanda, de pertenecer a una tribu diferente? Una frase, tan sin sentido como aquella muerte, acudió a mis labios: “*¡Estos negros son unos bestias!*” Pero un instante después, sólo un brevísimo instante, recordé dos viejas fotos de una lejana guerra en el sudeste asiático: en la primera, dos prisioneros eran conducidos por un grupo de soldados hacia un campo; en la segunda, uno de ellos, de ojos orientales, mostraba a la cámara, como un trofeo, las cabezas cortadas de los dos prisioneros colgando de sus manos en alto. El vietnamita (¿o era un camboyano, o un tailandés?) sonreía como sólo saben hacer los humanos. Pero era otra bestia.

Y recordé los asesinatos de niños de la calle en América Latina, y los disparos de francotiradores en Sarajevo, y los cadáveres desnudos y amontonados de los judíos en Alemania, y las matanzas perpetradas por los rusos en Chechenia, y las fosas con miles de esqueletos de musulmanes en Mostar..., todos ellos asesinados por blancos de pura raza. Bestias negras, bestias blancas, bestias amarillas. Humanos que aman a sus hijos, a sus esposas, a sus amigos, convertidos en bestias por esa Bestia apocalíptica que es la guerra.

Dicen que es imposible dejar de fabricar y vender armas, que no se pueden erradicar las guerras y los enfrentamientos. Pero estoy convencido de una cosa: si los culpables de los conflictos pudieran cualquier día, en un instante de lucidez, introducirse en la mente y el cuerpo de alguna de sus víctimas, como a mí me ocurrió con aquel muchacho negro, las guerras acabarían mucho antes de lo que pensamos. Porque no hay experiencia más terrible que sentirse perseguido y acosado sabiendo que van a matarte. Y no hay forma de describir, por mucho que lo describas, lo que se siente cuando la metralla te penetra en las entrañas y te desgarrar la vida.

En 1986, dedicado a la Paz, se reunieron los jefes religiosos para rogar a los dioses por ella, y en 2002 volvieron a hacerlo. Hoy, a propósito de la guerra de Irak, se ha repetido entre los cristianos. Este escrito, pues, es actual.

LA PAZ de los DIOSES

En este hermoso año dedicado a la paz es bueno hablar de paz. E inevitable, porque siguen ocurriendo las mismas cosas de siempre (guerras, tráfico de armas, compra de material bélico último modelo, reuniones a más alto nivel sin acuerdos, investigación para crear nuevas defensas cada vez más sofisticadas...), aunque también suceden extraños eventos (extraños por poco frecuentes) que tienen por objeto la búsqueda de la paz. Uno de estos infrecuentes eventos ha sido la recientemente celebrada reunión religioso-cosmopolita en Asís, para rogar a los dioses por la paz. Representantes de doce confesiones religiosas de todo el mundo, hablando lenguas extrañas para nosotros –y extrañas entre sí-, exóticos y variopintos ropajes, rodeados de sus acólitos personales y rezando cada uno en su propio libro santo, se turnaron durante toda la jornada implorando la paz para los pobres y desequilibrados mortales.

¿A quién pedían la paz? ¿Cada uno a su propio Dios o todos la mismo, al que le han colocado distintos nombres, como aseguraba el santón bengalí Ramakrishna? Todo un problema teológico que nadie ha podido resolver, puesto que resultaba inexplicable que tanta disparidad de ideas haya surgido de una mis-

ma mente divina y supersabía. ¿Tal vez el único Dios ha querido manifestarse a cada pueblo de una forma distinta apropiada a su idiosincrasia? En este caso, todas las religiones son verdaderas y válidas. Pero me temo que muchos creyentes no estarían dispuestos a admitirlo. Y como teológicamente no hay forma de entenderse, es preferible observar este fenómeno de Asís desde un punto de vista puramente humano. En este sentido todo tiene sentido. La reunión tiene la importancia definitiva (para los representantes de las confesiones religiosas) de tomar postura ante los peligros que se ciernen sobre la paz. Tomar postura ante los tres mil millones de creyentes que les siguen. Que sepan que ellos están por la paz, que la desean ardientemente, y por esta razón han venido todos juntos a “pedírsela” a los dioses. Y que se enteren los políticos, la mayoría de los cuales forma parte de alguna iglesia, secta o religión.

Pero aparte estas consideraciones, todo ha quedado en un gesto grandilocuente y televisivo. Un gesto hermoso, por humano, pero carente de racionalidad. ¿Cómo los judíos invocan la paz de Yahvé, que incitaba a su pueblo a la guerra y mandaba a sus ángeles para que matasen a niños inocentes? ¿Cómo se atreven los cristianos cuando su Dios es el creador de esa barbaridad, peor que todas las guerras juntas, llamada infierno, y cuyos sacerdotes han bendecido las armas antes de cada batalla? ¿Y qué paz puede traernos Alá, que tiene preparado en su paraíso un harén de hermosas huríes para los que mueran matando en el yihad sangriento? ¿O qué esperaremos de la sanguinaria Kali, que luce una guirnalda de cráneos humanos? Por todo ello me inclino a pensar que la reunión de Asís es un rechazo a la guerra desgraciadamente superfluo. Y es una lástima, porque el poder de persuasión de las religiones es bastante considerable. Pueden convencer, inducir, los sumos representantes, pero también las jerarquías a sus órdenes (sacerdotes, santones, brahmanes, propagandistas, etc), así como los intelectuales creyentes.

Todas estas fuerzas del mundo, unidas, formarían una colosal potencia. Imagínense ustedes que todos los creyentes llamados a filas, en todo el planeta, se negaran a presentarse en los cuarteles

y vestir uniformes. O que todos los soldados, de cualquier religión, que andan por las guerras del mundo arrojasen las armas en inmensas hogueras, reventaran los tanques, despanzurraran los aviones de combate y hundieran los barcos de guerra. Este sí sería un gran paso hacia adelante.

Pero nada de eso va a ocurrir. Los jefes religiosos no se atreven a increpar a los jefes políticos. No quieren oponerse directa y abiertamente a los responsables de las situaciones de guerra presentes y futuras. Resulta menos comprometido pedir la paz a los dioses.

Pero los dioses hace tiempo que no intervienen en la vida de los humanos, y menos en política, de la que depende todo este embrollo de la guerra y de la muerte. Los dioses se han retirado a sus olimpos y nos han dejado a merced de nuestras neurosis y esquizofrenias, buscando a ciegas esa paz que no llega nunca.

Que no de dioses, sino de humanos, es la responsabilidad de alcanzarla.

OCCIDENTE E ISLAM

El terrorismo islámico, con sus últimas y trágicas actuaciones, y digo esto porque no puedo olvidar el atentado a las torres gemelas de Nueva York, ha colocado en plena actualidad las relaciones entre dos culturas diferentes, y ha puesto de relieve la decisiva importancia que tienen las ideas religiosas en este conflicto, como hemos visto tan claramente en los medios de comunicación, aunque no sean las únicas razones del odio islámico hacia Occidente.

Nuestra cultura occidental tiene parte de sus raíces en eso que hemos dado en llamar judeocristianismo. Somos una sociedad en la que se ha desarrollado la creencia en un Dios encarnado y predicho en las escrituras hebreas. Esto nos une, religiosamente, a los judíos, pero tal cosa no sucede al revés: los judíos no se sienten unidos a nosotros en este sentido. No obstante, si olvidamos, si ello fuera posible, las épocas en que los cristianos persiguieron con saña a los judíos que convivían con nosotros, lo cierto es que estos lograron sobrevivir y prosperar en Occidente. El Occidente rico, al que llamamos “Norte”, rico en un sentido amplio y generoso, está constituido en gran manera por la colaboración hebrea en el seno de la cristiandad. Ambas cultura han podido convivir sin graves problemas. Al contrario: la mayor potencia mundial ahora mismo, los Estados Unidos, se siente muy ligada al estado de Israel, al que ayuda y consiente.

Nuestra sociedad occidental ha llegado, tras siglos de trágica historia, a crear un sistema político que, con todos sus defectos, resulta ser el menos malo de cuantos ha habido: la democracia.

Judeo-cristianismo y democracia han conseguido vivir pacíficamente en estos últimos tiempos, convirtiendo las pocas monarquías aún existentes en puras representaciones simbólicas de un sistema político ya obsoleto. Al mismo tiempo, y sin dejar de aceptar el principio de libertad religiosa, los estados occidentales se han desligado de la religión, confesándose claramente como laicos.

Todo esto es un avance notable, indudablemente. Pero en nuestro Occidente ha ocurrido algo que tiene mucho que ver con las creencias judeo-cristianas: no sólo los Estados sino también la gente ha renegado de su fe. Aunque la mayoría se confiesa cristiana, ha dejado las prácticas religiosas, y al mismo tiempo ha aumentado el número de los indiferentes, los agnósticos y los ateos.

El Islam es otra cosa, aunque ni mejor ni peor. Ya desde el principio, Mahoma se enfrentó con los judíos, y parece, por lo que estamos viendo en Oriente Próximo, que tal enfrentamiento dura hasta hoy mismo.

El Islam se rige por la fe en Alá, que dio a Mahoma el Corán, un libro infalible y decisivo. Mahoma no sólo fue un líder religioso, fue también un estadista, un guerrero y un legislador. Por lo tanto, el Corán no podía ser tan sólo un libro religioso; en él se encuentran los fundamentos de una organización política muy concreta: la teocracia. Pero teocracia y democracia no se llevan muy bien por pura definición. Para ser demócrata hay que separar la política de la divinidad, y en los países musulmanes que lo han intentado, los líderes religiosos tienen tal poder de convocatoria que en ocasiones anulan a los políticos. Por otra parte, aún existen países en los que la monarquía sigue llevando las riendas del poder político y religioso. Es cierto que los países musulmanes hace tiempo que comenzaron a occidentalizarse. Especialmente han aceptado nuestra tecnología y, de un modo muy concreto, cuanto al armamentismo se refiere. Del mismo modo, aman el dinero y la buena vida, como nosotros. Pero algo muy importante sigue diferenciando al Islam de Occidente: sus

creencias religiosas son aún muy fuertes: el laicismo es pura excepción.

En cuanto a la mujer, aun cuando se le permite estudiar y participar en la vida común (cuando y donde se le permite) el Corán deja muy claro que es inferior al hombre (suras 2,228 y 4,34) y se le ha restringido, como un pecado imperdonable, el poder femenino de seducción, y muchísimo más el de provocación, que entre nosotros no están mal visto. La permisividad sexual de nuestra cultura choca con la estricta ética musulmana.

Así pues, Occidente e Islam difieren profundamente en algunos aspectos. El Dios Trino y su Jesús divinizado de Occidente son un insulto para la estricta unicidad de Alá; por otra parte, entre nosotros la mayoría es indiferente o atea, permisiva con toda clase de relaciones sexuales, otorga a las mujeres numerosas libertades que las igualan con los varones, y nuestras leyes políticas son puramente humanas y consensuadas, mientras que para el Islam todo está dicho por Alá en el libro inefable e infalible del Corán. Y para colmo, Occidente es amigo de los judíos, adversarios ancestrales del Islam.

Cuando esta religiosidad se interpreta desde un fundamentalismo radical, intransigente y fanático, es inevitable que salte la chispa del enfrentamiento: el terrorismo. Buena parte del mundo musulmán no nos ve con buenos ojos y, entre estos, algunos nos odian hasta la muerte. Occidente, por otra parte, ha intervenido en los países islámicos sin escrúpulos económicos ni bélicos. Recordemos que fueron colonizados, en el siglo XIX, por nosotros, los occidentales, con las desagradables consecuencias que toda colonización conlleva. Nada tiene de extraño que los fanáticos nos vean como enemigos a los que hay que eliminar.

No. No va a resultar nada fácil que Occidente e Islam lleguen a entenderse.

Los teóricos del anarquismo se han opuesto siempre, tozudamente, a las desigualdades sociales y a la violencia de los fuertes, dos aspectos sobre los que se acaba de reflexionar. En cierta ocasión, me aislé durante una semana para informarme con el mayor detalle posible acerca de las ideas de este movimiento social, y el resultado quedó publicado en cuatro artículos (junio de 1985), pero también anduve tanteando otras posibilidades de hablar sobre este tema, y los tres escritos siguientes son el resultado de estas indagaciones.

LOS ARQUISTAS

Los arquistas, que constituyen, de hecho, más del 99 por ciento de la población mundial –razón más que suficiente para hablar de ellos–, se caracterizan, aunque no lo proclamen descaradamente, por estar convencidos de que los seres humanos somos una manada de desalmados, violentos, arbitrarios y egoístas. Y todo ello, porque la naturaleza humana es así, biológica y psicológicamente. Los hombres, y las mujeres, los niños y los mozalbetes, necesitan que alguien (o “alguienes”) mantenga levantada la estaca amenazadora, una estaca de verdad o simplemente ideológica, para que no se desmanden. Hay que mantener el orden, el orden arquista, y la única forma que han encontrado consiste en dividir al género humano en Superiores e Inferiores.

Los Superiores han exigido, desde los albores de la historia, que se les otorgue un tratamiento peculiar. Ellos son los *excelentísimos, ilustrísimos, eminencias, señorías, majestades, altezas,*

reverendos y venerables. En un contexto diferente se les aplican calificativos como *gente importante, notables, ilustres, respetables, distinguidos, poderosos o potentados*, por sólo decir algunos que encuentro en el diccionario. Y nótese que todas tienen una idéntica estructura significativa: separar distinguiendo por su “excelencia”. Nada tiene de extraño que sean ellos los que acaparan mayores parcelas de poder, hasta el punto de que algunos pueden hacer cosas totalmente vedadas a los Inferiores, como redactar leyes, encarcelar, condenar a muerte, declarar una guerra, decidir sobre lo bueno y lo malo, reprimir, controlar, someter, manipular y atolondrar.

Por oposición –lo superior siempre lo es por referencia a algo que está debajo-, a los Inferiores se les distingue con términos como *gente, pueblo, masa, base, subordinados, siervo, vasallo, incluso vulgo, plebe, gentuza, chusma y populacho*.

Esta masa mayoritaria, por supuesto, no se conforma con su situación e intenta por todos los medios posibles convertirse en Superiores, cosa que ya advirtió el viejo Aristóteles, y aunque él se refería a una de las causas de las revoluciones, también existen medios pacíficos para conseguirlo, bien a base de adulaciones (cobistas, pelotilleros, lameculos), estudiando desesperadamente para obtener un título que les permita un alto puesto en la administración, o alistándose en un partido político para ascender a un cargo de poder. También una mayoría de Inferiores trabajan como locos para comprar cosas (coche, otro coche, piso, otro piso, muebles caros, ropa de marca...) que se parecen, sólo se parecen, a las que tienen los Superiores. El patético afán de igualarse.

No es tan simple esta clasificación en Superiores e Inferiores. La machacona y enfermiza manía de los arquistas por la superioridad les lleva a verla en todas partes: hay razas y naciones superiores a otras, los hombres son superiores a las mujeres, los adultos respecto a los niños, los intelectuales en relación con los analfabetos...Es fácil comprender que, para los arquistas, exista una clase ínfima de Inferiores, a los que se etiqueta como *vagabundos, pedigüeños, miserables, pobretones, pelagatos, pordio-*

seros..., incluso *lumpen proletariado*, como decía Marx, que ya es decir.

La mayor ilusión de los arquistas es organizarlo todo de forma piramidal: una amplia base en la que están los Inferiores ínfimos y, desde ahí, los que se encuentran encima de los que están debajo y los que están encima de los que están encima, hasta llegar a lo alto, donde muchas veces no hay más que un solo individuo, el Super. Esto sucede en la sociedad arquista en general, pero también en particular: gobiernos, partidos, sindicatos, iglesias, ejército, policía, familia, empresas, escuelas... Todo está jerarquizado, es decir, todo tiene una *jerarquía*, palabra que procede de *superior*, y que en su origen, ¡qué cosas!, poseía connotaciones religiosas. De tal forma están organizados que en la práctica todo el mundo tiene un “jefe”, un *arqué* en griego, y desde muy pequeños se les educa (en la familia, la escuela, el servicio militar, las iglesias o en la política) para que todo arquista esté encantado con la “jefatura”, premisa indispensable para que cada uno ocupe su lugar en el tejido social y éste se mantenga cohesionado, ordenado.

Por supuesto, a los que no piensan así (una ridícula minoría) se les llama simplemente no-arquistas, o si se prefiere decirlo en griego clásico, *an-arquistas*.

El año 1990 se celebró el centenario de la Fiesta del Trabajo. Entonces me pareció oportuno recordar a la gente cómo empezó todo, cien años antes, en Chicago. Creo que hoy sigue siendo acertado recordarlo de nuevo.

AQUEL PRIMERO de MAYO LIBERTARIO

En 1890 comenzó una celebración, la de la Fiesta del Trabajo, que no había de interrumpirse en cien años. Pero casi nadie ha recordado “*el primer 1º de Mayo*” de la histórica lucha de los trabajadores, que tuvo lugar en 1886. He andado entre libros y revistas, como ratón de biblioteca, para pergeñar este breve resumen de lo que ocurrió entonces, el comienzo de una nueva era para los obreros de todo el mundo.

Desde mediados del siglo XIX, los obreros estadounidenses habían comenzado a organizarse. La reivindicación de las ocho horas laborales fue pronto su objetivo más claro. Hay que recordar que en aquellos años los trabajadores de Chicago, como en otras partes del país, tenían agotadoras jornadas de catorce y dieciséis horas, pero en esta ciudad se daban una serie de circunstancias explosivas. “*En pocos años –escribe el historiador Gómez del Val- se habían amasado allí grandes fortunas a costa de inmoralidades sin cuento, la corrupción era algo tan corriente que no se le concedía importancia...La administración de la justicia y la policía estaban mediatizadas por los caciques locales, por lo que, cuando se producían protestas, los “capitanes y reyes” lanzaban contra los trabajadores partidas de maleantes; de otra parte, estos caciques disponían de un arma formidable: la prensa sensacionalista y amarilla, que predisponían*

a la opinión pública contra las peticiones de los trabajadores y sembraban la división entre estos”.

No obstante, la Liga de las Ocho Horas, la Federación Americana del Trabajo y otros sindicatos consiguieron superar sus discrepancias y aprobaron la resolución de ir a una huelga general el uno de mayo de 1886. La idea se extendió rápidamente a todos los grandes centros industriales del país. Pocos días antes de la fecha, los propietarios de la fábrica McCormick despidieron de golpe a 1.200 empleados que se negaban a abandonar sus organizaciones sindicales y los sustituyeron por esquiroles. A pesar de este acto de prepotencia, los empresarios estaban realmente asustados, como lo prueba el hecho de que recabaran la ayuda de las autoridades, la policía y el mismo ejército (1.500 soldados codo a codo con una policía reforzada para la ocasión, sólo en Chicago). La preocupación llegó al mismo presidente de los EE.UU, Cleveland, quien dirigió al congreso un mensaje tan ambiguo que no condujo a nada. No obstante, los propios sindicatos habían repartido miles de circulares recomendando moderación y calma. Nadie quería la violencia.

Aquel uno de mayo, la huelga, en Chicago, afectó a más de 40.000 trabajadores. La manifestación obrera fue tan pacífica que los McCormick, engreídos, lanzaron contra ella a sus matones golpeando y rompiendo las pancartas. De no haber sido por esta provocación, nada hubiese ocurrido. Pero los obreros de Chicago se volvieron a reunir el día 3, como protesta, ante la fábrica que los provocaba tan descaradamente. Los matones salieron, los trabajadores contraatacaron y la policía disparó sobre ellos sin que nadie lo esperase. Murieron seis obreros y varias docenas resultaron heridos.

El día 4 decidieron manifestarse de nuevo, esta vez en la plaza de Haymarket. Tres hombres, Spies, Parson y Fielden, hablaron en el mitin. El propio alcalde de la ciudad lo escuchó todo, pero no oyó ninguna incitación a la violencia, por lo que ordenó que la policía se retirase. Esta orden no fue obedecida. La policía intentó disolver a los manifestantes. Fue entonces cuando estalló una bomba artesanal que mató a un policía e hirió

a otros ocho. A partir de aquí, la “justicia” local intervino inexorablemente. El 11 de noviembre de aquel mismo año fueron ejecutados Engel, Fischer, Parson y Spies. Unas horas antes se había suicidado Lings..

“No le temo a la anarquía –había declarado un conocido empresario-, que no es más que un movimiento utópico de unos cuantos chiflados que en el fondo son de buen corazón, pero sí que estimo que el movimiento obrero debe ser aplastado”.

Por supuesto, de eso se trataba.

Seis años después, el gobernador de Illinois indultó a Fielden, Neebee y Schawb (condenados a cadena perpetua) y en el acta de indulto declaró que todos los inculcados habían sido inocentes y que aquellas condenas constituían una grave violación de los procedimientos judiciales norteamericanos. El escritor William Dean Howells expresó en el New York Times su opinión al respecto: *“Esta república libre ha matado a cinco hombres por sus opiniones..., un acto atroz de locura por el cual debere-mos avergonzarnos eternamente ante la Historia”*.

Ciento cuatro años después, la memoria histórica obrera parece haber olvidado aquellos hechos. Yo he sentido la obligación de recordarlos. Alguien tenía que hacerlo.

Nota para los obreros de hoy:

“El congreso de 1889 (de la II Internacional obrera) declaró la jornada mundial de lucha el 1º de mayo en memoria de los cinco obreros anarquistas asesinados en Chicago en 1886” (Manuel Tuñón de Lara, historiador).

Pasó un siglo de la historia que acabo de contar, y era ya 1986. Los sindicatos celebraron ese año, en todo el mundo, el centenario del primer 1° de Mayo.

IMPRESIONES de un PRIMERO de MAYO

Era la primera vez en mi vida que asistía a una manifestación. Tal vez me influyó esta espléndida primavera del sur, que ya es verano, y que invita a vivir, a mostrarse, como si encerrarse en casa fuese un pecado de omisión inconcebible. No lo sé. El caso es que me fui buscando la cabeza de la manifestación.

Al final de la calle, amplia y soleada a la media mañana, con la brisa del mar y el olor a yodo en el aire, se veían, confundidas, banderas y pancartas en alto, como una mancha de blancos, rojos brillantes y negros, ondulando sobre el asfalto gris y bajo los ocres edificios. Allí estaba la hinchada sindical y política de la izquierda. Allí estaban amigos y parientes. Allí estaban, pensaba yo, los míos. Sentí que era parte de algo, que participaba en una misma ilusión, que no andaba quijoteando a solas por la vida, que valía la pena seguir en la brecha en esta dura y en apariencia absurda guerra de alcanzar el cambio, la renovación, la revolución interior, la utopía.

La gente empezó a moverse. Se oían los megáfonos coreados por las voces de los manifestantes. Pronto me encontré las manos llenas de folletos de distintos partidos y sindicatos, cada uno con sus ideas, pero todos unidos, casi todos, en una especie de fiesta popular con aires de política y un cóctel de reivindicaciones entremezcladas. Al final, la Internacional, coreada por to-

dos, el himno de la unidad, y las palabras brotando de los altavoces en la plaza cercada de naranjos. Alegría, ondular de banderas, bullicio, gritos y palabras. 1 de Mayo.

1 de Mayo. En las fachadas de las calles por donde pasábamos, carteles de vivos colores recordando la fecha. Dos de ellos me llamaron la atención. Eran reproducciones de dos cuadros, dos obras de arte que representaban, los dos, a una multitud manifestándose: hombres, mujeres y niños enjutos, mal vestidos, desencajado el rostro, cogidos de las manos apretadas, la mirada perdida, como personajes arrancados a una vieja novela de Maxence van der Meer o copiados de un inquietante cuadro de Van Gogh. Locos obreros tétricos de los comienzos de la revolución industrial gritando su inconformidad.

Desvié la vista y recorrí el gentío que me rodeaba. Y me vi a mí mismo. Entonces comprendí que verdaderamente habían transcurrido cien años desde aquellas primeras manifestaciones; que de aquella pobre gente que gritaba muda desde las fachadas en grandes cartelones que casi nadie veía, no quedaba nada. Sólo nosotros celebrando otro 1º de Mayo, cien años después, festivos y desenfadados. Y comparé las ropas y los rostros, y las miradas, y los gestos. Y sentí que el espíritu de los obreros, la conciencia de clase, el sentirse y saberse explotados y la lucha por la igualdad y la justicia, eran cosas del pasado, trasnochadas historias centenarias. Aquellos viejos rostros de una dignidad conmovedora, desencajados o severos, aquellos gestos rezumando esperanza y preñados de rabia contenida, se habían diluido en el transcurso de los años dando lugar a una nueva clase obrera en un nuevo mundo consumista y alienado.

Al día siguiente supe la verdad. En toda España, los manifestantes no habían superado el millón. Los trabajadores habían preferido calentarse al sol de las playas o salir al campo con el utilitario jugando a ser pequeños burgueses sin problemas. El 1º de Mayo no les decía nada, los muertos en la lucha ya no tenían poder de convocatoria, y un día de primavera dedicado al ocio resultaba más gratificante que ondear banderas reivindicativas.

Aquellos obreros de hace un siglo tenían algo por lo que luchar. Hoy, un paquete de cigarrillos americanos, la lavadora automática y el vídeo han obrado el milagro de olvidar lo que son, lo que siguen siendo a pesar de los cien años transcurridos: marionetas de un nuevo capitalismo que los ciega con el relumbrón de una ambigua abundancia. ¡La conciencia de clase! Hoy los obreros se sienten burgueses que no reconocen al amo en el empresario, que tienden la mano para recibir una paga que se van a gastar de inmediato en superficialidades. Lo esencial es vivir, aunque sea rodeados de falacias y fingimientos.

La mayoría de los obreros, parados incluidos, han perdido la conciencia de la injusticia, de la desigualdad, de la discriminación. Ya no hay un norte, ni líderes, ni señalizaciones, ni ilusión, ni ideales. Se contentan con vegetar en una sociedad consumista y se encandilan con los anuncios que en la tele les muestran cocinas suntuosas y coches deslumbrantes. Están hundidos hasta el cuello en esta sociedad de la mentira y no ven más allá de sus narices. No comprenden siquiera que exista la utopía. Y, sin embargo, la situación es la misma. Unos pocos se reparten las riquezas de la tierra producidas por el trabajo de millones de obreros, que viven esperando participar en las migajas de esas riquezas. Aquí, en Occidente, siguen soñando con que la lotería les permita entrar en el mundo de los ricos. Su trabajo, nunca.

1 de Mayo. Cien años después. Sólo unos pocos intentando sacar la cabeza de la ciénaga.

A veces siente uno la tentación de divagar, por no llamarle filosofar, que es ocupación de personas más preparadas, sobre otros temas que nos interesan a todos, como el sentido de la vida, la moral eclesial, la ética natural o las creencias religiosas. Respecto a estas últimas, encontré en cierta ocasión en la prensa una carta publicada por D. JAVIER FERNÁNDEZ GARRIDO que decía así:

Leo con frecuencia artículos y cartas al director firmadas por el señor Saura Garre, en los que, con gran perseverancia, expone sus personales ideas y creencias, llenas de un fondo de bondad natural. Lástima que junto a ese fondo haya siempre una nota agresiva hacia las personas que dan importancia a la vida religiosa y, especialmente, a la religión católica. No le gustamos al señor Saura los católicos; es más, parece tener una fijación psíquica con ello. Estoy convencido de que la filantropía de este señor dará mucho más fruto si se dedica de lleno a ella y deja de dar codazos a los demás. Por otra parte, es también una postura más elegante.

Debo aclarar aquí, en honor a D. Javier, que no ha sido nunca mi intención mostrar agresividad hacia las personas creyentes, ni siquiera a las mismas creencias que profesan (que todo viene a ser lo mismo, según creo), vengan de la religión que vengan, y que cuando hablo de esas ideas lo único que me interesa es destacar algunos, ¡no todos!, de los problemas que plantean, incluso para los mismos creyentes. En todo caso, creo que no me extralimito al exponer lo que pienso respecto a estos temas, como lo hacen los creyentes cuando escriben también en la prensa. Debería resultar lógico que si yo no me siento agredido cuando uno de esos creyentes opina públicamente sobre asuntos que no comparto, tampoco don Javier debería molestarse cuando alguien opine de forma distinta a la suya.

En el caso, poco probable, de que don Javier lea estas líneas, espero que quede complacido..

LOS MÚLTIPLES SENTIDOS de la VIDA

Dado que la vida humana no tiene un sentido trascendente (en realidad, la única finalidad evidente, quiero decir, verificable, de toda vida es conservarse a sí misma y propagarse) y dado que este hecho puede conducir, a ciertas personas insatisfechas con la evidencia, hasta una situación de *angustia existencial*, los humanos nos las hemos ingeniado para darle sentido a cada una de nuestras vidas individuales, llenándola de los más diversos ingredientes con el objeto, inconsciente, por supuesto, de olvidarnos de su brevedad e intrascendencia.

Los más listos han sido siempre los creyentes de las mil religiones que han circulado y circulan por el mundo. Para el hombre religioso, la vida es un tránsito, doloroso en la mayoría de los casos -el valle de lágrimas, una mala noche en una mala posada, como diría Teresa de Ávila, el casi interminable *sams-hara* de los hinduistas- pero necesario como previo paso a otra forma de vida superior, inmaterial y radicalmente feliz. La muerte se transforma en una puerta que se abre, ha perdido su faz macabra y tenebrosa, ha sido vencida. La vida es ya eterna, inconsumible, definitivamente vida. Todo es congruente: incluso la vida animal y vegetal tiene sentido, puesto que ha sido creada para que los humanos nos sirvamos de ella, o simplemente, para manifestar la gloria y el poder de la divinidad.

No obstante, es fácil comprender que el pensamiento de otra vida definitiva no legitima la existencia de esta vida terrenal, pues siempre quedaría pendiente de explicar la razón de esta última. Si existe otra vida mejor, ¿por qué estamos aquí?. Aparte las disquisiciones teológicas y filosóficas sobre el libre albedrío,

tan discutibles, la respuesta última es: la voluntad de Dios es incomprendible para la pequeñez de la mente humana, debemos limitarnos a aceptarla. Es esta una actitud muy comprensible para quien se ampara en la fe, pero inaceptable para una mente inquisitiva, propiedad ésta que, se supone de origen divino.

Pero sigamos. La tónica general de la mente humana ante la vida, incluidos los creyentes, consiste en un sistema de evasión que contribuye a evitar, o paliar, la angustia que nos produce *la realidad* de una vida que no tiene sentido. Un sistema que se ha mostrado eficiente a través de los siglos. Los seres humanos, en el transcurso de la humanización, se veían forzados a defenderse de los peligros de la naturaleza, al mismo tiempo que aprovechaban sus riquezas para mantenerse vivos y propagarse. El sentido de la vida consistía en ese trajín diario por procurarse todo lo necesario para vivir y evitar lo dañino. Actualmente, los humanos hemos encontrado nuevas formas de darle un significado a nuestro paso por el planeta, eludiendo así la engorrosa reflexión sobre la muerte.

Generalmente, las personas llenan su vida diaria con la cotidianidad de una ocupación que nos distrae de pensamientos inquietantes. Piénsese, por ejemplo, en la vida de un político, de un sindicalista militante, de una abogada, un médico, un juez, la sencilla ama de casa, la profesora de universidad, el tendero del comercio de al lado, el pescador o el minero, el taxista, el agente de seguros, la redactora de un periódico, el traficante de heroína, el recogedor de cartones y chatarra, el basurero, la empleada de hogar o de una fábrica, en el alto ejecutivo, en el albañil o el policía, la escritora, el músico, el poeta..., todos se levantan de la cama dispuestos a empezar su jornada, una jornada más, un día menos en la curva de sus vidas.

El denominador común es dejarse absorber por lo cotidiano, hundirse hasta las orejas en un quehacer u otro, sentirse atrapado por esta ocupación o aquella, ser engullido por la vida misma para sentirse vivos, para afirmar la propia autoestima, para ser importantes o simplemente necesarios (recuérdese qué mal se

sienten los viejos que no tienen nada que hacer), para olvidar nuestra propia insignificancia en este cosmos incomprensible.

Cuando *el deber* no nos absorbe (en esos ratos de esparcimiento que todo quisque tiene, al menos los fines de semana) llenamos nuestra vida de pequeñeces insustanciales que nos relajan y al mismo tiempo nos mantienen unidos a la vida: Hay que llevar la perra a que le corten las uñas. ¿Te has dado cuenta de que no vemos a mis padres hace tres semanas por lo menos?. Deberíamos pintar la casa, ¿no te parece?. Si vas al videoclub no traigas películas de miedo, por favor. Preparaos que esta tarde vamos todos al hiper. ¿Le has escrito a Fali?, al menos podrías llamarla por teléfono. Cariño, el coche necesita una revisión, ya ha pasado los quince mil kilómetros. ¿Tu hermano viene a pasar el fin de semana con toda su caterva? ¡Santo Dios!. El lunes tenemos que pedir número para el dentista, que siempre se nos olvida.

Oír música, leer, ver una película en el cine o asistir al teatro, comer fuera de casa, pasar un día en el campo, visitar a los parientes, salir con los amigos. Todo ello nos salva, porque nos hace la vida soportable. Y así vamos tirando. Al fin y al cabo, esa estúpida angustia existencial proviene de nuestro empeño en buscarle a la vida un sentido que no tiene. Por pura soberbia, se me parece, porque, como dije al principio, nos hemos convencido de que somos superiores a las otras vidas que hay en este planeta, y no somos capaces de asimilar la realidad: que estamos aquí para vivir, y sólo para eso. Una vida buena, por supuesto, para nosotros mismos y para todos los demás.

Tres días después tan sólo, apareció publicada una carta de don José Carlos Villaro Gumpert. Aquello fue un verdadero varapalo.

“El señor Saura... pone en tela de juicio la trascendencia de la vida humana, y parece pedir cuentas a Dios de las penas y fatigas inherentes a la condición humana. Una visión chata, que no alcanza a comprender la grandeza del hombre... ¿Por qué nos creó Dios hombres y no ángeles? Libre es el artista de escoger el tema y los detalles de su creación: ¿pedirá cuentas el señor Saura a Van Gogh o Caravaggio de la mayor o menor intensidad de los colores, sombras y luces de sus cuadros? Y en cuanto a que “la única finalidad de toda vida es conservarse y propagarse”, este pensamiento es tan frívolo e inconsistente como afirmar que el único sentido de las Meninas de Velázquez sea permanecer colgado, llenando el vacío de una pared.

Que “una mente inquisitiva” no alcance a vislumbrar los últimos motivos de una cuestión no significa que esos motivos no existan. Lo correcto es seguir buscando y, tantas veces, aprender de los demás. El escepticismo como refugio intelectual y actitud vital, por muy teñido que vaya de ironía y autosuficiencia, siempre ha sido una postura fácil, cómoda, negativa, de espíritus viejos. Y, consecuentemente, estéril.

Sería interesante que el señor Villaro se hubiese atrevido a afirmar tales cosas de las muchas celebridades que en la historia de la cultura, oriental u occidental, han sido escépticos. Digo lo de celebridades porque son ejemplos eminentes de que el escepticismo no es una postura fácil, ni cómoda, ni negativa, ni de espíritus viejos.

Pero ahí no quedó todo. Don Manuel Pimentel fue mucho más contundente:

Aunque por lo regular no suelo leer los artículos firmados por el señor Saura Garre –dispongo de poco tiempo y no me puedo permitir el lujo de perderlo-, lo hice al disfrutar del descanso del largo puente del Corpus. Me estoy refiriendo al artículo titulado “Los múltiples sentidos de la vida”. En este artículo intrascendente, como todos los suyos, auténticos batiburrillos de retales tomados de aquí y de allá y unidos sin ilación alguna, se desprecia olímpicamente y se toma a broma la trascendencia de la vida humana. Yo le diría que esto es tan serio y tan inquietante para la razón, para los que estamos dotados de ella, que no estaría mal hacer algún uso de ella, tratando de profundizar en tan trascendental tema. No voy a hacer la crítica de su artículo, pues basta leerlo para ver que no se sostiene en pie.

(Aquí me aconseja leer cierto artículo publicado junto al mío, y termina): *Es, ni más ni menos, la mejor contestación que puede darse a su intrascendente artículo. Léalo, léalo despacio.*

Manuel Pimentel Durán

Seguí el consejo de don Manuel y encontré un artículo titulado LA SOCIEDAD Y LOS BOSQUES, firmado por don Fco. Javier Pereda, economista. Comenzaba el escrito afirmando lo que todos sabemos: nuestra sociedad, con el tiempo, se va dotando de tal complejidad, que el hombre va perdiendo poder sobre ella. Y añadía:

Como dice Erns Jünger, “cuando la sociedad adquiere demasiado poder y su peso sobre el individuo es excesivo, hay que retirarse dentro de uno mismo”. Hay que descubrirse a uno mismo para afrontar con fuerza una sociedad despersonalizada. Viajemos a nuestro interior. Es un camino necesario y apasionante. La vida que tenemos entre nuestras manos es tan bella que hay que vivirla con optimismo. Con alegría. Con ilusión.

No viendo lo negro de una sociedad decadente. No viendo sólo edificios y asfalto. Hay claros. Hay bosques. Acérquese a ellos.

(Y tras insistir en esta idea, acaba):

Jesús, para consagrar al pueblo con su propia sangre, así lo hizo. Y murió fuera de la ciudad, fuera de las murallas. En el bosque. Salgamos, pues, a encontrarlo fuera de la ciudad, cargados con su humillación, que aquí no tenemos ciudad permanente, andamos en busca de la futura.

Fco Javier Pereda

Leí el artículo completo varias veces, pero lo único que encontré que me sirviera para darle sentido a la vida es sólo la última frase: “*aquí no tenemos ciudad permanente, andamos en busca de la futura*”. Ahora bien, para llegar a esa conclusión no me ayudaba nada leer al señor Pereda, pues esa frase la había escuchado desde mi más tierna infancia.

D. Carlos E. Pagano escribió al periódico una carta a la que, por las razones que ahora se verán, me sentí obligado a responder. Transcribo en primer lugar la carta del señor Pagano.

AGNOSTICISMO Y DESESPERACIÓN

Carlos E. Pagano

Cuando Thomas Henry Huxley acuñó el vocablo “agnosticismo” creó la mediocrizante escuela de los que por negar su origen divino, se declaran incapaces de comprender lo que otros sí comprenden y se condenan así a la permanente angustia, soterada pero implacable, de que con la muerte sobrevendrá el aniquilamiento de la conciencia y la negrura total y final.

(Se refiere a continuación a François Mitterrand, profundamente angustiado, dice, al enterarse de que su muerte estaba próxima) *...Tarde le sugirió el intelecto, hermano gemelo del orgullo, informarse sobre la muerte y el más allá, disciplinas que requieren el estudio de toda una vida. Nos viene a la memoria los nombres de dos hombres excepcionales, Mohandas Gandhi y el científico negro George Washington Carver. Quienes han leído sus escritos saben que ninguno de ellos se preocupó por la muerte, porque sabían con certeza lo que había más allá de ella. En una época en que la mecánica cuántica, con su concepto del continuus de energía universal, del que somos parte inseparable, está tornando en creyentes a los propios físicos – otrora exponente de convicciones ateas recalcitrantes- la patética doctrina del agnosticismo pertenece al basurero de las ideas filosóficas.*

Confieso que me indignó bastante esa forma de referirse a las ideas de individuos intachables e inteligentes. Aunque no me considero propiamente un agnóstico, le escribí de inmediato en una breve nota al periódico.

CONFESIONES DE UN AGNÓSTICO

El señor Pagano ha arremetido contra los agnósticos sin la más mínima compasión, y aunque no voy a hacer aquí una defensa de esa forma de pensar, ni ella lo necesita, sí estoy convencido, como todo el mundo, de que el desprecio, incluso el insulto, no son argumentos válidos para demostrar nada, según las más simples reglas de la lógica. Tampoco estoy de acuerdo con el señor Pagano en que los no creyentes le tengan un miedo especial a la muerte. Personalmente no me preocupa la aniquilación, si es eso lo que nos espera. Polvo soy y en polvo me he de convertir. Lo único que me preocupa mientras estoy vivo es vivir una vida digna, es decir, llevarme bien con todo el que me lo permita y no hacer sufrir a nadie voluntariamente (que ya sabemos con cuánta facilidad se hace sufrir sin proponérselo). Cuando me llegue el momento de la muerte, mi conciencia estará tranquila: habré cumplido mi ciclo, como los árboles y los gorriones, y lo que venga después no me inquieta lo más mínimo. No vivo pensando en el más allá, que el más acá me trae muy preocupado. La idea de la otra vida puede tranquilizar, por supuesto (aunque usted se asombraría si supiese cuantos creyentes se niegan a morir), pero a mí me tranquiliza, aunque parezca raro, el hecho de haber asumido que no soy más que una partícula insignificante en la vorágine del universo. Si hay que desaparecer, pues se desaparece.

No hay problema.

Don Carlos E. Pagano contestó a mi carta en pocos días insistiendo en su postura: los incrédulos no pueden soportar la idea de la muerte

cuando la tienen cerca. No le contesté. Él seguía en sus trece y yo también. No valía la pena continuar discutiendo. Pero sí lo hizo don Manuel Palomo Molina, de cuya carta recojo algunos párrafos.

Si le sirve de algo mi experiencia ante la muerte tras casi treinta años de trabajar en el mundo hospitalario, le diré que la mayoría muere sin querer morir. Creyentes y no creyentes se aferran a la vida porque la muerte es un paso desagradable, aunque nos llenen de propagandas esperanzadoras. También pienso (es mi experiencia) que la mayoría muere sin saber que muere. Supongo que si existe “otra vida” cuando atraviesen la barrera se darán cuenta, pero antes no, se lo aseguro. He visto morir sin fe y con fe en la más absoluta serenidad. Los he visto con fe y sin fe morir angustiados, deprimidos, con mucho miedo. Y es que la muerte es algo humano, pero ¡qué inhumano!

Manuel Palomo Molina

ESTE ES MI DIOS

Tener un Dios particular, hecho a la medida de uno mismo, comporta una serie de ventajas indiscutibles, razón por la que hace tiempo me decidí a fabricarlo en mi mente, donde reside desde entonces y se encuentra tan a gusto como en cualquier Olimpo.

Lo que más me gusta de mi Dios es el profundo respeto que siente hacia mi persona. Nunca me ha revelado nada, ni me ha comunicado sus planes (si es que los tiene), ni para mí ni para el resto de los mortales. No se entromete en mi vida (ni yo se lo permitiría, y él lo sabe), no me coacciona ni me chantajea, ni me amenaza ni me castiga. Se abstiene delicadamente de acogotarme con un amor desorbitado y de exigirme que le ame. Jamás ha deseado ser mi rey, ni mi señor, ni mi salvador ni mi dueño, ni ha pretendido nunca corroerme el alma con las convulsiones de la culpabilidad ni con los espasmos alucinantes de la mística.

Como resultado de tan exquisito tacto por parte de mi Dios, estoy liberado de mandamientos, preceptos, reglamentos y leyes. Él sabe que mis hermanos y hermanas se encargan de todo eso, y sobradamente. Y como no tiene necesidad de que yo le hable (lo que sería como hablar conmigo mismo, algo ridículamente cómico), ni que le adore, ni que le demuestre mi nimiedad (él ya la conoce), pues resulta que no necesito libro de oraciones, ni incienso, ni reclinatorio (estoy convencido de que se sentiría muy incómodo si me viera de rodillas delante de él), ni canturreos litúrgicos, ni iglesias, mezquitas, santuarios, sinagogas, pagodas, tabernáculos o procesiones.

Tampoco me veo en la necesidad de escribir un libro con sus revelaciones, con lo cual la posteridad no se verá enredada tratando de descifrar, sin conseguirlo, si donde dije “digo” dije “Diego”, o cualquier otra cosa. No tengo, pues, ningún libro sagrado acerca de mi Dios, ni ninguna razón para hacer proselitismo. Mi Dios es sólo mío y del todo imposible de compartir, porque, además, he aprendido de él el ser respetuoso con la libertad ajena, y como cada uno tiene la posibilidad de inventarse su propio Dios, yo no soy quién para tratar de endilgar a nadie un Dios que a lo peor no le conviene.

Por supuesto que no puedo acudir a él (ni él lo quiere ni yo lo necesito) en esas múltiples ocasiones en que uno está amargado, melancólico o deprimido, por alguna de las diversas tribulaciones con las que está sazonada, con tan mal gusto, nuestra vida cotidiana. En tales ocasiones voy y me siento entre mis hermanos y hermanas, lloramos juntos y acabamos contando chistes.

Un Dios como el mío, que no me dice lo que debo creer, lo que debo pensar, lo que debo sentir, lo que debo hacer, lo que debo amar, le deja a uno un margen amplísimo de actuación. Liberado de cadenas descaradas o sutiles, puedo poner en marcha todo el potencial de mi propio ser, toda la riqueza de mi imaginación y de mis sentimientos, para vivir mi vida como me venga en gana. Mis hermanos y hermanas me ayudan en tan maravillosa empresa y eso, estoy convencido, es lo que mi Dios quiere.

Y con eso le basta.

Sin pretenderlo, este escrito había herido la sensibilidad de algunas personas. Dos de ellas escribieron al periódico mostrando su rechazo.

EL DIOS UTILITARIO

Ricardo García Rodríguez

El Dios utilitario (no-Dios) fabricado por sí y para sí del señor Saura Garre, y la forma de explicar su agnosticismo, no dejan de ser juegos pretendidamente equívocos, infantiles y dudosamente divertidos.

Sin gran alarde de imaginación podríamos figurarnos cómo describiría un niño inferior a seis años sus deseos y sus ensoñaciones, y seguramente esa descripción no diferiría mucho de la idea del Dios (no-Dios) del señor Saura. El Dios (no-Dios) del señor Saura es, simple y lamentablemente para él, el mismo señor Saura Garre. Pero lo bueno para este señor es que, incluso a partir de ese Dios (no-Dios), podría conocer a Dios.

ESTE ES MI DIOS

Miguel Ángel Pérez Villa-Zevallos

Comparto con el señor Saura la opinión de que tener un dios particular y a medida es una cosa que al ser humano le produce mucho bienestar, y prueba de ello es la cantidad de personas que se lo fabrican, y que si se busca un poco en la personalidad del sujeto, se llega casi siempre a la conclusión de que su dios es su propio “yo”, y tiene los atributos, cualidades y defectos del propio creador, que en el caso del señor Saura parece que son el respeto, la libertad, etc, y que si el sujeto fuese sádico o cruel, o prepotente, podrían ser el sadismo, la crueldad y la prepotencia. De estos últimos tipos de dioses y de sus efectos sobre la humanidad, tenemos a lo largo de toda la historia y tremendamente cercanos a nosotros efectos bastante palpables.

Estos dioses cómodos y manejables, no creadores, sino creados a nuestra imagen y semejanza (lo cual contradice ya de

entrada al propio concepto de Dios), son muy útiles mientras todo va bien en nuestras vidas, porque en cierto modo tenemos la sensación de que somos los dueños de nuestros destino, pero cuando constatamos que esto no es así, cuando nos llega la enfermedad, el dolor, la angustia, cuando somos víctimas de la violencia o de la injusticia, del mal, en una palabra, nos damos cuenta de que ese dios que tan bien nos servía en tiempos apacibles ya no es más que un ídolo sin sentido y necesitamos volvernos al verdadero Dios, con mayúscula, en cuya realidad nos sentimos acogidos, consolados y amados, al menos así lo experimentamos muchas personas. Me parece muy difícil sentir y llamar a mis semejantes hermanos y hermanas, si mi Dios es sólo mío. Únicamente un Dios que es Padre de todos es el que puede hacer nacer en mí ese sentimiento de fraternidad auténtica. Únicamente un Dios que es hombre como yo puede comprender en su totalidad mis debilidades y mi naturaleza, y únicamente un Dios que me ha creado puede haberme hecho tan libre que incluso me permita rechazarle y sustituirlo por mi propia creación.

Evidentemente, ni don Ricardo ni don Miguel Ángel habían entendido nada. Yo no había creado un Dios personal (lo que hubiera resultado ridículo). Mediante el *truco literario* de una creación divina propia, quise exponer todo lo que a mí me disgusta del dios o los dioses de las religiones, atribuyendo al *mío* lo que echaba en falta en las divinidades de las distintas religiones, y no sólo de una, la nuestra. Afortunadamente, otro lector fue más perspicaz al leerme y también escribió, pero en respuesta al señor Pérez. Se trataba de D. ANTONIO CAPARRÓS VIDA, cuya carta no transcribo por dos razones: una, que estaba de mi parte, y otra, porque me conoce, aunque tal vez la segunda explique la primera. Quede constancia, no obstante, de mi mayor agradecimiento por su intervención.

YA NADIE SUBE al CIELO

Desde que fuimos niños, supimos que había dos cielos, uno con minúscula y otro con mayúscula. Había un cielo negro, poblado de estrellas y una luna muy blanca. Esto sucedía cuando era de noche. De día lo adornaban las nubes y un sol maravillosamente luminoso campaba por sus respetos allá en lo alto. Eso era el cielo con minúscula. Pero el otro, aunque era el mismo, no lo era. Quiero decir que no sólo era cielo, sino Cielo, un lugar donde vive Dios, en donde están sus ángeles y, además, sus santos y todos los difuntos. El cielo y los Cielos se confundían., y era tanta la confusión popular acerca de tan espinoso asunto, que un astronauta ruso descreído, después de andar por esos espacios extraterrestres, volvió diciendo que no había visto a Dios por ninguna parte.

Pero ya los teólogos habían resuelto el problema mucho tiempo antes: el Cielo, o los Cielos, no eran un *lugar*, o lo que es lo mismo: eran un *no-lugar*, es decir, una *utopía*. El Cielo es un *estado*, una *situación*. Usted, lector amigo, como yo, si no somos teólogos, ni filósofos, no entendemos lo que es un *estado*. Debe ser algo así como *estar*, pero no en un sitio determinado, sino en ningún sitio en particular. No sé si los físicos entenderán esto, porque aparte de *los estados de la materia* y del *estado mecánico* no creo que sepan nada más al respecto. Claro que si se tiene en cuenta que ninguno de los que pueblan el Cielo es materia sino espíritu más o menos puro, lo más lógico es que no ocupen ningún espacio, y así quedaría explicado el chasco del astronauta.

Pero el dios de los hebreos no lo tenía tan claro: él bendecía y castigaba desde el cielo, miraba desde allí, y desde allí bajaba y subía. También habitaba en lo alto de una montaña, lo que es natural, dado que su cima es lo más cercano al cielo-Cielo. Jacob vio una escalera que llegaba hasta el Cielo, por donde transitaban los ángeles en un ejercicio incomprensible para nosotros. Elías fue arrebatado de esta mundo por un carro de fuego (un ovni, dice J. J. Benítez) y se lo llevó al Cielo. Y no hay nada más espectacular que las descripciones del dios hebreo en el Cielo que las relatadas por los profetas Isaías y Ezequiel. Los judíos de los tiempos de Cristo tampoco lo tenía muy claro eso del *estado*, pues se entretuvieron en describir minuciosamente la morada de su dios y su corte celestial. Y Jesús de Nazaret, que no tuvo tiempo de consultar con los teólogos cristianos, dijo: “Padre nuestro que estás en los Cielos”, y añadió que él vendría desde el Cielo, sobre las nubes, para presidir el Juicio. Del Cielo baja el Espíritu Santo en forma de paloma para colocarse sobre Jesús recién bautizado, y desde el Cielo se oyó una voz, celestial, por supuesto. Y luego, el mismo Jesús, no se sabe bien si desde Galilea o desde Jerusalén (porque los evangelistas no se ponen de acuerdo en ese punto) fue subiendo hacia arriba, hacia el cielo-Cielo, hasta que una nube lo ocultó. Según el apóstol Pablo (que por cierto subió, en un raptó místico, según cuenta él mismo, al *tercer Cielo*) el Cielo es la sede del resucitado, y dice Judas (no el malo, que el pobre no pudo escribir nada después de ahorcarse, o de tirarse por un barranco, que también en esto discrepan los autores inspirados) que el Cielo es la patria del pre-existente Cristo. Y para terminar este apresurado recorrido, lean las escenas celestiales del Apocalipsis escritas por un tal Juan, que no se sabe muy bien si fue el discípulo amado o algún otro.

Todo esto viene a cuento porque cada 15 de agosto se celebra la Asunción de María a los Cielos, y a mí me ha dado por reflexionar sobre el asunto (por aquello de tener las neuronas ocupadas) y, aparte de que tal suceso no consta en las sagradas Escrituras (cosa curiosa: consta en las escrituras no inspiradas), el

caso es que si el Cielo no es un lugar, no comprendo cómo la Virgen pudo *subir*, o ser subida, como dicen que sucedió realmente, porque no se puede *ir* hacia un lugar que no existe: no se puede ir a un *estado*. Y si María no subió (porque esto fuese sólo un decir, un símbolo, una metáfora, un no-es), las autoridades religiosas deberían cambiarle el nombre a la festividad, y a la Ascensión de Jesús de paso.

Es que si no, aquí no habrá forma de entenderse.

¿ES MÍA MI VIDA?

El presidente de la Asociación Española de Bioética, don Joaquín Fernández-Crehuet, escribía acerca de la eutanasia, y había una frase en su escrito que me dejó un tanto perplejo. Decía don Joaquín: *“La vida humana no posee un valor individual sino que trasciende a la familia y a la sociedad. Las personas no tienen un poder absoluto y total sobre su propia vida”*.

Que yo no puedo disponer de mi vida más que de un modo relativo y parcial parece una afirmación que señala directamente al suicidio, porque, por lo demás, debemos suponer que yo puedo hacer con mi vida cuanto me venga en gana, sin más límite que la vida y el bienestar de los demás. Ahora bien, suicidarme, si estoy hartado de vivir una vida insostenible, o bien por haber perdido el instinto de conservación, lo que realmente es síntoma de una profunda discapacidad mental, no parece que vaya en contra de nadie, ni familia ni sociedad, excepto, claro, el dolor que se les causa a los parientes. Pero ese dolor es idéntico cuando sucede que a mí me mata un virus o una bacteria, un infarto o una apoplejía, un accidente de coche o una teja desprendida. ¿Por qué razón admitimos sumisos que tales cosas nos quiten la vida y sin embargo nos rebelamos cuando lo hago yo mismo u otra persona si yo se lo pido? (*“El paciente que pide su muerte está en un estado de depresión que hace difícil una decisión libre”*, dice don Joaquín, generalizando de forma abusiva, aparte de que yo, ahora mismo, en plenas facultades, puedo redactar un documento permitiendo mi muerte en el caso de padecer un sufrimiento inútil en un estado terminal).

Nadie quiere morirse. En general amamos la vida, a pesar de que no le encontremos sentido o la estemos viviendo en un valle de lágrimas. Por lo tanto, cuando alguien decide marcharse al otro mundo debe tener razones muy poderosas, o encontrarse en situación de enajenación incontrolable. Así que la afirmación de que la gente no puede disponer de su vida hasta el punto de prescindir de ella, me suena a algo harto conocido: sólo Dios es dueño de nuestra vida, sólo él puede quitárnosla, una cantinela que está detrás de todos aquellos a los que repugna la eutanasia.

A mi modo de ver, el problema no debemos buscarlo en la persona que quiere morir porque está hasta las narices. El problema se encuentra en el hecho de que esa persona, por las circunstancias que sean, no puede quitarse la vida ella misma y se vea obligada a recurrir a otros. Aquí viene la dificultad. Ayudar a morir, aunque se tenga la anuencia del moribundo, es un acto tan doloroso para un familiar, un amigo o un médico, que resulta muy difícil llevarlo a cabo. Yo tengo experiencia de ello. El perro de unos amigos, que era también mi amigo entrañable, llegó a un extremo de sufrimiento en su vejez (sordera, ceguera, cáncer de hígado) que tuvimos que sacrificarlo. Su amo, entero, lo sostuvo mientras le ponían la inyección letal. Yo no pude presenciárselo. Salí a la calle con un nudo en la garganta y allí esperé hasta que el dueño apareció con el cadáver todavía caliente. ¿Qué hubiera sentido si en lugar de un perro se tratase de una persona querida? Pero había que hacerlo por el propio bien del animal y soportar su ausencia como pudiésemos.

Los humanos tenemos derecho a disponer de nuestra vida de un modo total y absoluto, tanto, al menos, como un miserable bichejo tiene poder absoluto para disponer de mi propia vida a su arbitrio. ¿Por qué yo no? El problema está donde está: en el horror de tener que ayudar a otro a morir, de acabar con su vida. Y con ese horror ya tenemos bastante. ¿Por qué darle vueltas éticas y metafísicas?.

TÉCNICOS en MORAL

Aunque hace ya muchos, muchísimos años que estuve en el Seminario Diocesano de Málaga, aún sigo recordando a don Luis Vera, uno de mis profesores, por aquel don natural que poseía para exponer con sencillez las cuestiones teológicas más complicadas. El otro día tuve la oportunidad de leerle cuando escribía acerca de la última encíclica papal, creo que la *Splendor veritatis*, explicándola con su inolvidable estilo sencillo, sin emplear tecnicismos ni subirse a las nubes.

A mí, la verdad, la encíclica no me preocupa mucho, y no por el hecho, improbable, de rechazar por principio los escritos vaticanos, sino por saber que va dirigida a los obispos y yo, como todo el mundo sabe, no lo soy. Lo que me lleva a pergeñar estas líneas son las palabras con que comienza don Luis su escrito: *“De medicina escriben sólo los médicos. Nadie critica la estructura de un puente si no entiende de ingeniería. Pero de religión, moral, ética, etc, todo el mundo discurrea y escribe”*. Este párrafo, que podría reducirse a este otro *“de moral sólo deben hablar los técnicos en moral”*, se me parece que encierra un puntillo de falacia, y es por eso que se me ha ocurrido enmendarle la plana, con perdón, a mi querido y antiguo profesor.

Veamos.

Hay una cierta diferencia entre moral y ética. El término moral tiene unas connotaciones claramente religiosas. La ética, actualmente, carece de referencias divinas o sobrenaturales. Un profesor de ética puede prepararse en cualquier universidad en la que se puede estudiar filosofía. Un profesor de moral sólo se concibe procedente de un centro religioso. Pero la moral de cada

religión tendrá matices diferentes respecto a las otras religiones, y la ética ha tenido a lo largo de la historia innumerables y diversas formulaciones (recuerden sólo a los sofistas, socráticos, aristotélicos, cínicos, estoicos, kantianos, utilitaristas, etc, etc) y hoy día aún no se han puesto de acuerdo sus técnicos. Ante esta situación, parece claro que no podemos comparar estas disciplinas con la medicina, la ingeniería o cualquier otra acerca de las cuales los profanos no podemos ni debemos hablar.

Y si en cuestiones de moral y ética se dan tantas divergencias, nadie puede obligarme a seguir a este maestro o al de más allá, ni debería haber ninguna persona con el suficiente descaro para monopolizar *la verdad* en cuestiones de ese tipo. Soy yo, cada uno de nosotros, quienes debemos decidir qué es lo bueno para mí y para los demás. ¿Y cómo lo sabré? Dice don Luis (que por lo visto traduce la encíclica) que con la luz de la inteligencia. O de la conciencia, diría yo, que para los asuntos prácticos son una misma cosa. Ahora bien, como la inteligencia (y cuanto poseemos por la naturaleza) es distinta en cada uno, esa “luz” a mí me dice una cosa y a otros, otra. Por esta razón, yo puedo estar de acuerdo con el aborto, el divorcio y la eutanasia, por ejemplo, y usted, lector, no. Entonces, ¿todo es relativo? ¿no habrá nada en lo que podamos estar todos de acuerdo sin excepción? Yo creo que sí, que podemos estar de acuerdo en los principios básicos de que habla el padre Vera: respetar la naturaleza, a los padres, la vida, los bienes ajenos necesarios para vivir, la fama, etc.

Pero de todo eso no hace falta que hable el Papa, puesto que no es más que pura ética. Y yo diría algo más: una ética fundamentada en un egoísmo de la más positiva factura. Porque si no respetamos a la naturaleza nos iremos todos al garete en poco tiempo; si no respeto a mis padres, pueden darme una bofetada, o desheredarme, o estaría provocando a mis hijos a que se porten conmigo irrespetuosamente; si no respeto los bienes ajenos o la fama, los demás tampoco lo harán conmigo. Si se fijan bien, esta conducta *egoísta* no es otra cosa que aquello tan oído de “no hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti”. Si lo

afirmamos en sentido positivo tendríamos lo de “haz a los demás lo que quieres que te hagan a ti”, que viene a ser lo mismo de *egoísta*.

Pero todas estas cosas (principios básicos, inteligencia o conciencia, egoísmo positivo) son patrimonio de toda la humanidad. A menos que nos corra una de esas enfermedades de impronunciable nombre, todos sabemos qué está bien y qué está mal, para mí y para los otros, aunque haya gente más o menos sensible a estas cosas, y a pesar de que todo ello está inmerso en un ambiente cultural que nos condiciona, pero que también nos facilita las cosas.

Así que hablemos todos de moral y ética, que de mucho discursar y escribir se nos irán aclarando las ideas.

ROMPIENDO CADENAS

Es cierto que necesitamos un mínimo de reglas de conducta para que el juego de la vida en común funcione, pero hay normas muy concretas, derivadas de las creencias religiosas o de las costumbres, que han llevado a las autoridades a reprimir y castigar, con el deshonor, la cárcel o la muerte infame, a miles de personas sin que existiese un motivo razonable.

Pero los tiempo empiezan a cambiar. La gente vive ignorando esas normas restrictivas y la sociedad se concienza, cada vez más, de que los infractores no son todos *pecadores* o delincuentes, y de que, cuando lo son, deben ser tratados con todo el respeto que la dignidad humana exige.

El ejemplo paradigmático de este cambio de mentalidad lo tenemos en Holanda, siempre tolerante y comprensiva, a pesar de que, como dice el historiador Han van der Horts, “*el tradicional vanguardismo holandés hunde sus raíces, paradójicamente, en la rigidez del calvinismo*”. Desde hace cuatrocientos años, todo el que es diferente, por su conducta o por sus ideas, ha encontrado amparo en este pequeño país. Los holandeses tienen la posición más avanzada en materia de eutanasia, legalizada recientemente. “*Si no puedes eliminar un problema -dice van der Horts- hay que regularlo para minimizar su impacto en la sociedad*”. Llevados por este principio, los holandeses, para evitar que los jóvenes que fuman droga entren en ambientes de alta delincuencia, se permite la existencia de los *coffeshop*, unos bares donde se puede comprar a la carta todo tipo de marihuana y hachís. En Rotterdam se ha fundado una agencia de empleo para heroinómanos y un asilo para ancianos adictos. En 1997, este

ayuntamiento, y el de Amsterdam, experimentó la distribución gratuita de heroína entre un grupo de toxicómanos incurables, experiencia que se ha ampliado ya a todo el país. Pero también hay adictos que carecen de hogar. Para ellos se han habilitado unos locales (las narcosalas, recientemente aparecidas en algunos lugares de España) donde pueden acudir si así lo desean, a consumir sus drogas con tranquilidad, beben té o café, que les suministran gratuitamente, se duchan y se lavan la ropa.

Una vez que el Senado derogó la ley que prohibía, desde nada menos que 1911, la existencia de prostíbulos, se ha dado un paso gigantesco hacia la despenalización total de la prostitución. Ya en el año 2000, las prostitutas holandesas podían elegir entre ejercer su profesión libremente o convertirse en una empleada. La industria del sexo se regulará igual que cualquier actividad profesional. Serán los ayuntamientos los que controlen la sanidad e higiene de los locales, conozcan el número de horas que trabajan y en qué condiciones lo hacen. Es decir: los contratos con las trabajadoras serán minuciosamente estudiados para que no sufran ninguna clase de abusos o extorsiones. Las prostitutas serán atendidas como se atiende a cualquier profesional. Algo que a nosotros todavía nos asombra y desconcierta.

“Estas experiencias en el mantenimiento de la dignidad del prójimo, con independencia de cuál sea su falta, cuenta desde Amsterdam la periodista Sonia Robla, ha alcanzado su máxima expresión en la creación de celdas de lujo para acoger a los detenidos antes de ponerlos a disposición judicial”. Holanda ha sido pionera en legalizar el matrimonio entre homosexuales y es el único país que trata a los transexuales con hormonas desde la adolescencia, con el permiso de los padres.

No debería extrañarnos. Ya en el siglo XVI, los holandeses acogían a judíos expulsados de España y Portugal. Desde entonces, este pequeño país ha ido rompiendo cadenas, y ha extendido por el mundo una nueva manera de ver a *los diferentes*.

El polémica acerca de los derechos jurídicos que han de corresponder, o no, a las *parejas de hecho* se ha convertido en un debate político y religioso. Como se sabe, los miembros del Opus Dei suelen escribir en la prensa defendiendo las ideas del Vaticano, y en cierta ocasión lo hizo un miembro de esta institución con la siguiente carta. Lo destacado en negrita es mío.

PAREJAS DE SIEMPRE

Pepita Taboada Jaén

*Es probable que si se aprueba una nueva ley sobre la regulación jurídica de las uniones de hecho, habrá que ir adquiriendo unas expresiones más precisas para poder situarnos en el status correcto distinguiendo lo que, con buen humor, acaba de denominarse “parejas de siempre”, es decir, matrimoniales, de las “parejas de ahora” con formatos múltiples. **Lo que está claro con esta “movida” es que quieren “cargarse” a la familia.** Una sociedad que olvida la riqueza de la familia, su papel irremplazable, se está haciendo el harakiri. Olvida que fuera de la familia la sociedad, enferma, se deshace.*

Los nuevos conceptos que se quieren imponer a través de algunos medios de comunicación social o del Parlamento son nulos, hay en ellos una grave ignorancia histórica. Nunca el matrimonio ha complicado la vida del hombre, es, por el contrario, un compromiso de amor que aporta felicidad. El “te amo durante semana y media” es jugar con el amor, el otro se convierte en cosa, en capricho. Por otra parte a las “parejas de ahora” lo que menos les interesa es un reconocimiento de esa especie de matrimonio de segunda clase. Les complicaría enormemente que se les aplicara el Código Penal, “pagar pensiones a su ex”, “pasar por el juzgado para divorciarse”, “esperar a contraer otra unión hasta que se resuelva judicialmente la primera”, etc. No es igualdad lo que se busca, sólo libertad para romper cuando quieran y como quieran.

En cuanto a las parejas de homosexuales resulta imposible su equiparación con el matrimonio, ya que al no ser las situaciones iguales, no pueden tener tratamientos iguales. No entran en el concepto de familia, que es la unión entre un hombre y una mujer.

*¿Por qué esa tremenda desorientación? **El creador del universo es autor de la institución matrimonial**, ¿quién conoce mejor al hombre que Dios?, ¿quién le ama más?. Por tanto, **no es posible alcanzar la felicidad fuera del proyecto divino**, y aunque tenga algunas veces mucho de cruz es una cruz que libera. Lo que no libera es la estúpida realidad sexual que hoy se defiende y que intenta reducir el hombre a un ser de instintos in-gobernables.*

No puede dar resultado enmendar la plana a Dios.

Pocos días después, apareció otra carta dando su conformidad a la tesis de P. Taboada:

He leído en su periódico una carta sobre “Parejas de siempre” y me ha parecido muy bien planteada. Entre otras cosas, me parece que hay que distinguir que un hombre y una mujer vivan juntos y las parejas de homosexuales. Son dos situaciones que en absoluto se pueden equiparar. Reunir ambos hechos como si fueran idénticos es sembrar graves confusiones y la mejor forma para no encontrar una solución adecuada. De todas formas, siempre será curioso el asunto de pretender que las “parejas de hecho” pasen a ser “parejas de derecho”, pero sin deberes

José Belichón Sarmiento

Un poco atolondrado por lo que acababa de leer, ya que, ingenuo de mí, creía que tales planteamientos habían sido superados, escribí también una carta al Director como respuesta.

¿PUEDO DISCREPAR?

Pepita Taboada ha escrito, refiriéndose a las parejas no casadas por la Iglesia ni por el juzgado: *Lo que está claro con esta movida es que quieren cargarse a la familia. ¿Quién, las parejas de hecho? ¿Y qué motivos pueden tener para desear destruir a la familia tradicional quienes sólo se ocupan de vivir juntos para amarse o pelearse? Pero aunque existiesen personas con tan absurdas pretensiones, tranquilos, que a la familia no hay quien la destruya. Y la razón es simple: los bebés humanos, como los de otros muchos animales, son criaturas desvalidas, imposibilitadas de cuidarse por sí mismas durante varios años. Y para remediar esta situación, de todo punto natural, ahí están los padres.*

La familia humana es como el nido de las aves o la madriguera de un mamífero. No tiene otra razón de ser, al menos en su origen. Nadie podría, ni se le ocurriría, cambiar lo que proviene de la misma naturaleza de las cosas. Pero como de lo que se trata es de cuidar a bebés desvalidos, las formas de hacerlo pueden ser muy diferentes: desde la poligamia a la monogamia, pasando por la poliandria y la poliginia, desde ocuparse de los propios hijos (padre y madre, madre sola, padre solo), hasta atender a los ajenos (parejas heterosexuales estériles, abuelas, varones solos, hembras solas, parejas homosexuales, nidos co-

munes). Los seres humanos, como sucede con algunos animales, somos capaces de amar a niños que no hemos parido, como está más que demostrado.

Todo vale con tal que la naturaleza quede satisfecha, que los bebés reciban todas las atenciones que necesitan, tanto físicas como psicológicas. ¿Acaso son absolutamente desgraciados todos los hijos de madres solteras, de padres abandonados por la madre, los que han sido criados por una abuela o por un grupo de monjas en un orfanato? Pues no. Los terrores de Pepita Taobada no proceden de la alucinante posibilidad de que la familia desaparezca, sino de constatar que a la familia cristiana, la que ella defiende, le están saliendo competidores. Eso de que todo el mundo no entre por el aro nos pone nerviosos.

El argumento de que el Creador del universo es autor de la institución matrimonial, y de que no es posible alcanzar la felicidad fuera del proyecto divino, resulta convincente y reconfortante para las personas que así lo creen, y nadie les privaría de esa satisfacción, pero en este caso estamos ya en el terreno de la fe, que podemos exponer a los cuatro vientos, pero no imponer, como pretenden los creyentes utilizando a los políticos afines a sus creencias. De todas formas habría que tener en cuenta, contra ese argumento de origen divino, que ya en la prehistoria los niños eran atendidos adecuadamente, y sin que sus progenitores supiesen nada del Génesis. Y muchos miles de años antes de que Dios instituyera el matrimonio (esa institución no se conoció hasta que un autor hebreo la escribió en tiempos del rey David), la gente ya se unía en parejas bajo un mismo techo. Todo esto nos demuestra que “la familia” es una institución puramente natural. Hasta el día de hoy, millones de criaturas de otras religiones siguen haciendo lo mismo. Unas son felices y otras no, como sucede con los matrimonios cristianos. Que la felicidad, y espero que cualquiera que leyere lo que sigue esté de acuerdo conmigo, no depende de seguir los dictados de una supuesta revelación, sino de otras muchas circunstancias que todos conocemos. Además, lo del paraíso, donde dicen que se institu-

yó el matrimonio, sólo es un mito, y un mito no es un cuento chino, desde luego, pero tampoco es un hecho histórico.

Las respuestas no se hicieron esperar. Parecía que mi escrito había tocado una herida abierta y extremadamente sensible. Las tres cartas que transcribo a continuación se publicaron el mismo día.

NIÑOS

Juan Correa Correa

Me parece que el señor Saura se pasa un poco cuando pone a un mismo nivel (propios padres, poligamia, parejas homosexuales, nidos comunales, etc) situaciones heterogéneas, a la hora de cuidar “bebés desvalidos”, como dice. No parece que los que se dedican profesionalmente a estas cuestiones estén muy de acuerdo con su afirmación. Aunque el señor Saura hace referencia a las atenciones también psicológicas del niño, es precisamente en sus necesidades psicológicas y afectivas donde es muy difícil encontrar sustitutos de sus padres. No entro en el terreno de si es posible, sino en la experiencia a nivel mundial, que es abrumadora a favor del cuidado de los padres. Hay que distinguir entre lo mejor para los niños y potenciarlo, y situaciones anómalas para las que hay que buscar soluciones paliativas. Por otra parte, históricamente, ha habido muchos intentos en la línea de “nidos comunales” (dicho de otra forma: el Estado se hace cargo del niño desde el nacimiento) con fracasos rotundos y reiterados.

-ooOoo-

Nos ha sorprendido ver la comparación que hace de la crianza de los animales con la familia humana el señor Saura. Entendemos que sólo aspira para los niños los cuidados de un zoológico. ¿Y cuando sean adultos? Zoológico y un poco más. El

proyecto de una familia tradicional desea elevar el nivel a un orden superior donde se cultivan otros valores.

M. Pilar Rivero y **8 firmas más**

El autor de la siguiente nota es más ponderado, aunque tenga sus reservas.

Refiriéndome a una carta aparecida en la prensa, estoy totalmente de acuerdo con Carlos Saura cuando afirma que no son “absolutamente desgraciados todos los hijos de madres solteras, de padres abandonados por la madre, etc”. Las estadísticas ponen de relieve que el tanto por ciento de niños conflictivos que se dan en familias en las que permanecen la madre y el padre es significativamente inferior al de otras situaciones. Pero las estadísticas son eso, estadísticas. Se puede asegurar que para los niños, en términos generales, es mucho mejor crecer arropados por su padre y su madre; pero ciertamente no se puede asegurar que todos los niños serán desgraciados fuera de esa situación.

Mariano Asenjo España

LA NIÑA DEL TRAVESTI

El señor Equis se quedó viudo con una niña pequeña. Desde entonces, el señor Equis vivió con un travesti formando una pareja de hecho. El travesti crió y cuidó a la pequeña hasta que ha cumplido doce años. Pero el señor Equis fallece y deja un testamento en el que declara su deseo explícito de que la niña siga con su compañero. Entonces aparece la familia de la madre muerta queriendo hacerse cargo de la pequeña. El asunto llega al juzgado y el juez decreta que la persona idónea para vivir con la jovencita sigue siendo el travesti porque, dice, el hecho de la homosexualidad de su padre-madre no es un impedimento. Un obispo consultado sobre el caso por la prensa afirma que la decisión del juez no es la adecuada, porque los niños deben criarse con su padre y con su madre. Se olvida que esta niña no tiene ni al uno ni a la otra porque se los llevó Dios dejándola con el homosexual. Lo importante, pienso yo, es que esta criatura esté a gusto con su travesti y no quiera marcharse con unos parientes que le son extraños.

Es bueno, desde luego, que un niño tenga a su lado las figuras masculina y femenina (siempre que no pertenezcan a ese colectivo de parejas que maltratan a cuarenta mil niños al año), pero lo que un niño necesita es amor, y dar ese amor no es privilegio exclusivo de los padres biológicos, como está archidemos-trado. Y si faltan unos progenitores comprensivos y amorosos, otras personas deben hacerse cargo del pequeño. Ahí está Manolita Chen, un travesti que mimó a dos niños subnormales, ahí están las ciudades de los niños y los hogares de Nuevo Futuro, las madres solteras, las abuelas-madres, etc.

Lo ideal no debe confundirse con lo real. Y a veces lo real puede ser tan parecido a lo ideal que se confunde con él. Bien por la decisión del juez. La Iglesia, por su parte, que siga insistiendo en su ideal, Respetémoslo, pero hagamos lo que creamos conveniente. Cada uno a lo suyo.

Las referencias anteriores a las parejas homosexuales me ha recordado el escrito que envié a la prensa como respuesta a otro de D. José M^a González Ruiz.

LA HOMOSEXUALIDAD y LA BIBLIA

Nuestro conocido teólogo malagueño José M^a González Ruiz escribe ciertas consideraciones acerca de lo que dice la Biblia respecto a la homosexualidad, tratando de restarle importancia al asunto, de suavizar, atemperar, o como quieran llamarle, la contundencia de las palabras divinas. Una contundencia cuyo verdadero nivel ha olvidado al no hacer referencia al versículo más agresivo de toda la Biblia respecto al tema que nos ocupa, Levítico 20,13: *Si alguno se acuesta con varón como se hace con mujer, ambos han cometido abominación: **morirán sin remedio**; su sangre caerá sobre ellos.*

Está claro: para los homosexuales, la pena de muerte.

González Ruiz, como todos los teólogos, tiene un grave dilema: la Biblia es *Palabra de Dios*, y al mismo tiempo contiene mandatos (y conductas divinas) que repugnan a nuestra sensibilidad. ¿Cómo armonizar dos hechos tan opuestos? Respecto a los homosexuales, ni siquiera el recurso al Nuevo Testamento sirve para nada. Jesús nunca se refirió a la homosexualidad, incluso cuando se le presentó la ocasión al referirse a Sodoma, pero el padre González Ruiz aduce el testimonio del cuarto evangelio que nos cuenta la historia de la mujer adúltera, perdonada por Jesús a pesar de la ley hebrea, según la cual debía morir apedreada. Conclusión: si Jesús perdonó a esta mujer, ¿por qué no iba a perdonar a una lesbiana?

Sin embargo, el Maestro acaba diciéndole: “Vete y no peques más”. Es decir, una chica lesbiana podría ser perdonada si se arrepiente de su conducta y abandona para siempre sus prácticas sexuales. Debe convertirse en un ser *normal*. Así pues, no hay escapatoria con el Antiguo y el Nuevo Testamento en la mano. Dios no ama a los homosexuales si se empecinan en su conducta *desviada*.

Por esta razón, no sirve de nada tampoco el recurso de González Ruiz al concepto de “orientación sexual”. *“Lógicamente, teniendo en cuenta este hallazgo ciertamente científico, el juicio moral tiene que modificarse necesariamente”*. Pero, ¿se puede rectificar a esa divinidad que acaba de condenar a muerte? Los teólogos tendrían que estar en disposición de responder a algunas cuestiones: ¿Por qué Yahvé no previó que se iba a descubrir ese asunto de la “orientación sexual”, algo que no depende de la conducta libre del ser humano, sino de la propia constitución natural, según don José María? ¿Por qué fue tan duro si sabía que con el tiempo todo iba a cambiar? ¿Hay que poner al día la *Palabra de Dios* prescindiendo de ella en algunas cuestiones?.

Y es que los teólogos abiertos y tolerantes como González Ruiz andan obsesionados con el integristo, lo que explicaría su forma de pensar, y por eso tratan de no tomarse las palabras divinas al pie de la letra. En ciertos casos, desde luego, esto sería una auténtica barbaridad (sácate tu ojo si te es ocasión de pecado, por ejemplo). Por esta razón a nadie, hoy día, se le podría ocurrir condenar a muerte a un/una homosexual (creo que ni los israelitas llegaron a hacer tal cosa, aunque algunos cristianos sí). Entonces: ¿por qué Dios dictó semejante ley?.

El problema viene de lejos, desde que Jesús desapareció. Sus seguidores tenían sólo un libro sagrado, la Torah (la Ley), con los profetas, los salmos y demás, y los utilizaron para demostrar que Jesús era el Mesías prometido, incluso el hijo de Dios. Cuando se separaron de la sinagoga, convirtiéndose en una nueva religión, se vieron obligados a cargar con la Biblia hebrea completa. Era un peso muerto (muy pronto se deshicieron de toda la Torah, conservando los diez mandamientos retocados con-

venientemente y, por ello, desde los antiguos Padres de la Iglesia hasta hoy, los teólogos se esfuerzan por limar las asperezas del viejo Yahvé.

Pero la tensión no terminará nunca, porque sigue existiendo un libro *escrito* por Dios, que se ha quedado en gran parte obsoleto, lo que no deja de producir dolores de cabeza a los teólogos, que seguirán haciendo verdaderos malabarismos intelectuales para explicar lo que sólo tiene una sencilla explicación, pero que ellos, obviamente, no pueden aceptar.

En septiembre de 1987 se celebró en Madrid un Congreso internacional dedicado a la familia. Al hilo de esta celebración, don Antonio Salar Sánchez publicó un artículo titulado LA FAMILIA POR ENCIMA DE TODO, en el que se refería, por supuesto, a la familia tradicional exclusivamente. A pesar de que el señor Salar dedicaba un gran espacio al análisis de los conflictos familiares, tuve la impresión de que su pensamiento resultaba un tanto ingenuo.

La familia es añorada siempre y en cualquier circunstancia. Es el único núcleo humano que aporta las suficientes calorías afectivas para que el ser humano se considere persona y pueda así cumplir con gran esplendor su propia autorrealización. Ella sirve de soporte alentador para mitigar las dificultades y ensancha los triunfos de cada uno de sus integrantes. Los conflictos son los que hacen que a veces aparezca rota, para aquellas personas que entiendan la felicidad como igual al placer... La familia es necesaria para que los seres humanos nazcan y se desarrollen en ella como personas. Es precisamente en el ambiente familiar donde los hijos aprenden a querer, a vivir y a convivir. También adquieren en ella los criterios básicos para apreciar el mundo y las normas prácticas de conducta moral...

Además del hecho, que ya he señalado, de no hacer ninguna referencias a grupos familiares distintos a los tradicionales, tan en boga hoy en los medios de comunicación, el señor Salar cae en dos errores: creer que únicamente esa familia de siempre es capaz de hacer lo que él afirma (en cuyo caso habría que rechazar las instituciones religiosas dedicadas a huérfanos o abandonados, y otras muchas), y pensar que el problema principal de los grupos familiares consiste en sus conflictos internos intergeneracionales, para los cuales existen soluciones que el mismo autor señala en su artículo. Por mis muchos años y profesión tengo cierta experiencia de problemas familiares, así que le escribí al señor Salar una carta, que apareció en el periódico poco después, refiriéndole algunos casos de problemas que él parecía ignorar.

NO TODO EL MONTE ES ORÉGANO

He leído en este diario un artículo de don Antonio Salar Sánchez, un hermoso panegírico de la familia ideal. Pero olvida que *la familia*, así, en abstracto, no existe en la realidad, como sucede con el amor, el hombre, la verdad o la maldad, pues, en estos tres ejemplos, lo real son personas que aman, criaturas humanas, enunciados verdaderos o gente malvada. Lo que existen son las familias, en plural, y esto es fundamental tenerlo en cuenta para no andarse describiendo maravillas acerca de ese o aquel fantasma conceptual.

Porque, ¿a qué familia se está refiriendo el señor Salar? ¿Alude a esa madre soltera que vive sola con su hijo? ¿Tal vez a esa familia cuyo padre mantiene a una querida además de a los suyos? ¿Acaso a ese señor viudo con trece hijos a los que está deseando ver lejos de su casa? ¿Se está refiriendo a esas madres que se quedan en la gloria cuando se quitan a los hijos de encima enviándolos a la escuela, a la calle o a ver la tele? ¿Tal vez a la familia extensa (padre, madre, hijos, abuelos y tíos) o acaso a la nuclear, cerrada, de los papás y la pareja o el hijo único? ¿Se refiere a esos padres que traen más de un hijo al mundo por pura casualidad (¡hay tantos niños no deseados!)? ¿O será a ésa cuya madre se prostituye cada noche para sobrevivir cada día y cuyo padre resulta ser un “chorizo”. ¿Está hablando de esos niños que se amontonan para dormir en la misma habitación de sus padres a los que ven y oyen hacer “sus cosas” de madrugada, porque no tienen una vivienda como la del señor Salar o la mía? ¿Acaso a esos papás adinerados a cuyos hijos no les niegan ningún capricho, haciéndoles creer que la vida es un cuento de

ha- das? ¿Se refiere a ese matrimonio impedido, con nueve hijos, que tienen que salir cada mañana a pedir fiado o a visitar a Caritas? ¿O está hablando de ese hombre, de rodillas, que mendiga una moneda para los suyos a la puerta de un super hiperlujoso? ¿O se refiere a los padres que maltratan o abandonan a los hijos que ellos mismos parieron, o a esos maridos que asesinan a sus esposas un día sí y otro no? Todos estos casos no son excepciones, son familias que conozco personalmente y que viven cerca de nosotros. No se puede generalizar.

Don Antonio Salar respondió con otra carta, educada, sin rencor ni insultos, en la que se dolía de todos los casos que yo había expuesto y sugiriendo algunas soluciones. Don F. Javier Fernández Garrido, sin embargo, fue algo más duro.

He leído una carta de don Carlos Saura, que glosa un artículo anterior de don Antonio Salar Sánchez, que es calificado por el señor Saura de “hermoso panegírico de la familia ideal”, e mediatamente pasa –basándose en el supuesto dogmático de la inexistencia de la familia- a relatar toda una amarga relación de patologías familiares que lo único que demuestra es que cada familia es distinta de la de al lado, sin dejar por eso de ser familia, incluso en esos casos descritos por el señor Saura. Espero que la vida le haya dado al señor Saura la oportunidad de conocer también a alguna familia, aunque sólo sea a una, en la que se puedan resaltar los valores positivos contrapuestos al listado negativo y desesperanzado de su carta y que pueda servirle de antídoto a la “visión vacía de sentido” que tiene sobre el tema.

En cierta ocasión yo había publicado una historia ficticia acerca de una familia no biológica, en la que la consanguinidad era sustituida

por un espíritu fraterno y solidario. Es sólo otra forma de ver las cosas.

MI FAMILIA

Como a la mayoría de los niños, a mí me criaron en una casa comunitaria infantil. Eran media docena de adultos al cuidado de catorce pequeñajos casi recién nacidos. Dos mujeres y cuatro hombres: Lía, Isa, Ton, Emi, Mas y Chus. Nombres sencillos para que nosotros no tuviésemos dificultades al pronunciarlos, ya que lo de papá y mamá no tenía sentido en la casa. Mis padres biológicos, como otros muchos (algunos preferían quedarse con sus hijos) me llevaron allí al poco tiempo de nacer, en cuanto mi madre me amamantó durante el tiempo establecido y estuvo en condiciones de volver a su trabajo de piloto de vuelos.

Lía era una cuarentona rolliza y eufórica que me achuchaba, me hacía cosquillas, me mecía, me cantaba, me daba besos exagerados y me acunaba entre sus robustos brazos antes de dormirme. **Isa** era más joven y más seria, pero más eficiente: le daba mayor importancia a tenerme limpio que a las exuberancias afectivas. De todas formas no escamoteaba sus cariños, aunque los dosificaba oportunamente. **Ton** cocinaba nuestros biberones y papillas y se repartía con los demás el trabajo de alimentarnos en la madrugada y volvernos a dormir con su voz de barítono. El más reservado era **Emi**, el jardinero y limpiacristales de la casa, pero pasaba el tiempo con nosotros haciéndonos muecas tan cómicas que reíamos hasta explotar. Isa no perdía ocasión de reprocharle sus excesos, por supuesto. El médico era **Más**: nos pesaba, nos auscultaba, nos miraba la garganta, mano-seaba nuestras tripas y vigilaba las papillas de Ton. Luego des-

aparecía, tenía que atender a los niños de otras cinco casas. Por último estaba **Chus**, un vejete de raída barba, psicólogo por estudios y por experiencia, que se sentaba en las grandes alfombras con nosotros y nos repartía hermosos y complicados juguetes, y que de vez en cuando escribía en un cuaderno garabatos incomprensibles.

Cuando cumplimos un años, semana más o menos, empezaron a llegar a la casa niños mayores que nosotros, jovencitas espigadas, señoras de todos los tamaños y hombres de todas las edades. Eran las visitas. Deberíamos acostumbrarnos a ver y tratar a gente diversa porque, cuando cumpliéramos un años más, pasaríamos a otro centro en el que habría personillas y personas de lo más variopinto, aunque en número reducido: una especie de “familia”, con hermanos y hermanas mayores, adultos y ancianos. Algunos, ancianísimos. En esa nueva casa viví hasta los diez años. En todo ese tiempo, las personas que estaban conmigo desaparecían, eran sustituidas por otras, volvían a aparecer por temporadas, nos escribían largas cartas de amor o rápidas misivas, y acababan desapareciendo para siempre. Bueno, no para siempre, porque cuando me hice mayor volví a ver a algunos de ellos y nos dimos largos y cálidos abrazos.

Mi última casa, antes de empezar a vivir por mi cuenta, fue la residencia juvenil. Era allí donde la mayoría de nosotros, instruidos minuciosamente en las relaciones sexuales, sentía curiosidad por conocer a sus padres biológicos. Si no habían muerto, se ponían en contacto con nosotros en cuanto se enteraban de nuestros deseos. Tuve un amigo que acabó yéndose a vivir con los suyos a un bosque: eran biólogos. Siempre sospeché que no se marchó por estar con sus “padres”, sino por lo del bosque. Otros pasaban una temporada juntos y acababan aburriéndose. Los niños, claro. Fue allí donde supe que los míos me conocían perfectamente (lo que ocurría con otros muchos jóvenes, dicho sea de paso): mi madre había vivido conmigo cuando me trasladaron al cumplir los dos años, y mi padre, ¿saben ustedes quién era mi padre? ¡**Mas**, el médico que vigilaba las papillas de Ton!.

Ahora que soy viejo y recuerdo aquellos años, ahora que mis hijos biológicos no vienen a verme pero se me llena la habitación casi todos los días con mis otros hijos, los que eduqué, a los que enseñé como profesor, a quienes amé, siento que mi familia es lo más hermoso: mucha, mucha gente que te quiere, aunque no te agobian nunca con su cariño, un número enorme de gente que te visita a menudo, que te obsequian con insignificantes regalos que otros se llevan luego, que te sacan a tomar el sol, a pasear en barca por el río, a marearte en una descomunal biblioteca, a contemplar la última y fantástica feria tecnológica..., o se quedan de noche contigo, turnándose, cuando te encuentras indispuerto. Exactamente igual que cuando yo era un niño y me llevaban a todas partes, ¡incluso a los hospitales!, para que me despabilara con el mundo y sus complejidades y exigencias. Pues bien, esos que te devuelven regocijados el amor que les diste durante toda tu vida, esos son mi familia. Y aquellos, por supuesto, que me cuidaron, que me enseñaron cuanto una persona debe saber, me educaron para que usara correctamente mis conocimientos y me dieron su afecto y su cariño hasta hoy.

No son lazos de sangre lo que nos une, por eso mi familia es tan grande, tan variopinta y enriquecedora.

NOVIEMBRE

Noviembre. Otoño. Difuntos. La insignificante muerte de las hojas, los primeros estertores del frío, flores ajadas en los nichos, crisantemos abiertos en los ramos, recuerdos, amores que se van difuminando con el paso del tiempo, oraciones al viento, huesos que se marchitan, cenizas escondidas. Y junto a esta poesía, melancólica y decadente, la despiadada realidad de esas ochenta mil pesetas que me cuesta trasladar los restos de mis seres queridos a un nuevo cementerio.

Por eso no quiero morir como tantos. No quiero que entierren mi cadáver entre muros de piedra y de madera. Odio los cementerios, ese estúpido invento de la gente. Este cuerpo que llevo ha sido siempre mi sustento y mi amigo. Él me ha acompañado durante toda mi vida. Él me ha configurado. Me abrió las ventanas de sus cinco sentidos para que yo pudiera conocer el mundo y buscar los amores en los que habría de apoyarme para seguir viviendo. He amado con él y con él he sufrido. Mas cuando deje de funcionar como una máquina, no seré yo. Él será mi cadáver, mis restos, mis despojos, pero no seré yo. Y si no estaré allí, en ese frío amasijo de vísceras y huesos, ¿para qué los entierros, las coronas de flores, la caja de madera?.

Los muertos viven sólo en el recuerdo de los vivos, nunca dentro de un nicho. Cuando murió mi padre, y mi madre, y mi hermana, y este o aquel amigo, yo miré sus cadáveres, rígidos y solemnes, como si fueran cosas ajenas a mi vida, como extraños objetos sin sentido. Era cierto: “allí” vivieron ellos, se movieron y hablaron, rieron, me quisieron y sufrieron conmigo. Pero ya

no estaban “allí”. Por eso me he negado, siempre, tozudamente, a ver a los que quise entre sus cuerpos muertos. Las personas que amé eran seres cálidos que hablaban conmigo y me miraban. Sus restos no me miran ni me hablan. ¿Cómo pueden ser ellos? ¿Cómo puedo amarlos si están sordos y fríos?

Por eso no comprendo ese montaje, convertido en negocio, ellos le llaman “servicio”, del entierro con velas y con flores. Hay seguros de vida, pero también de muerte, y cajas de distintas maderas, más caras, más baratas. Y hay que pagar el nicho como una nueva casa, y si pasan los años y te descuidas, los restos de los tuyos van a la fosa común y se pudren con otros, anónimos y extraños.

A veces he pensado que cuando mi cuerpo se me muera me gustaría que lo quemaran. Me ilusiona el hecho de que mis cenizas puedan ser enterradas bajo un árbol, o esparcidas al viento, o arrojadas al mar, de donde toda vida vino. Pero, en realidad, lo que dejaré escrito y rubricado es que se haga cargo de mi cadáver la Facultad de Medicina, para que los estudiantes lo saquen a diario de la cámara frigorífica, o del baño de formol, o lo que sea, y lo abran y trajinen entre músculos y cartílagos y vísceras y huesos. Así, antes de morir, tendré dos satisfacciones: la de ser útil después que me haya ido y la de no pagar un céntimo a ninguna funeraria.

La seriedad con que los científicos enfrentan el problema mente-cerebro (véanse, y son sólo dos ejemplos, las obras conjuntas de John C. Eccles y Popper, y las de Mario Bunge) no es obstáculo para que el tema pueda tratarse con una buena dosis de ironía.

UN ALMA en NOVIEMBRE

Desde hace unos setenta años, y según teorías de diversa procedencia, soy un alma encarnada. Tengo un cuerpo que, como los otros, es una maravilla de tecnología biológica, aunque tan frágil que cualquier bichejo invisible a mis ojos me lo puede enviar a la fosa en un quítame allá esas pajas. No le temo a la muerte de mi cuerpo, por supuesto. La teoría según la cual yo vivo aquí como en una cárcel, me ayuda a ver la muerte como una liberación. Me dicen que fui creada por la divinidad para gozar de ella definitivamente, así que, ¿por qué temer el momento en que mi cuerpo y yo nos separemos? En realidad, la muerte de mis seres cercanos y las de aquellos a los que no conozco es un motivo de regocijo. ¡Felices ellos, que se van al paraíso!

Claro que estoy hablando de muerte natural. Cada una de nosotras está equipada para vivir en la tierra un buen puñado de años, y aunque tenemos el pensamiento en el Cielo, nuestra misión es cumplir el mayor número posible de ellos, hasta que nuestro cuerpo ya no aguante. Pero muchas almas no pueden hacerlo por los más diversos motivos: sus cuerpos son infectados

por enfermedades incurables, o no pueden comer todo lo que necesitan, o los matan en una guerra, o los asesina un loco, o los ejecutan, o tienen un accidente mortal, o se dan tan mala vida (hay algunas almas que no saben controlar sus cuerpos) que mueren antes de lo que debieran. Todo esto es muy desagradable, pero hay más: imaginen lo que es verse en un cuerpo deteriorado por el mal de Alzheimer, por la demencia, por el coma, la parálisis cerebral, la idiotez profunda, etc, como los que yo he visto. En tales casos, esas almas ya no saben qué hacer con sus carnes y todo se les va en suspiros por volar al Cielo de donde vinimos.

Realmente, esta forma de vida nuestra, de las almas, quiero decir, es más bien extraña y paradójica. Estamos aquí de paso, pero nuestros cuerpos nos retienen con insistencia. Cuando nos vamos al cielo, nos lloran desconsoladamente. Deseamos irnos cuando sufrimos, pero nos olvidamos de allá cuando gozamos con este cuerpo. Hemos sido enviadas a una especie de destierro cuando en realidad estamos destinadas a la felicidad eterna.

Ya se sabe que las almas no somos creadas hasta que un espermatozoide fecunda un óvulo, de forma que la razón de nuestra existencia, a la postre, está en habitar un cuerpo humano con vísceras y huesos. Porque no es que Dios nos haya creado como quien dice en serie y luego hayamos sido colocadas en algún lugar divino a la espera de que hombres y mujeres se dediquen a copular. Lo que realmente sucede es que Dios está como al acecho y cuando ellos copulan, ¡zas!, crea un alma y la infunde en aquellas celulitas que no paran de multiplicarse en progresión geométrica.

Efectivamente, nuestra razón de existir es insuflar vida a la vil materia. Tan ello es así que cuando incluso una buena mujer no quiere procrear en un momento determinado, si un varón la fuerza hay que enviarle un alma al futuro niño. Ni siquiera importa el hecho de que, en ciertos casos, no haya cópula alguna, como en la fecundación in vitro y otras zarandajas de estos tiempos infames: siempre que aparezca un óvulo traspasado, en cualquier sitio y circunstancia, debe haber un alma recién estre-

nada para habitarlo. Lo cual no quita que estén destinadas al Cielo, aunque a posteriori. Lo que ocurre es que a algunas de nosotras se nos enturbia el intelecto con los espejuelos de este mundo y las mierdecas (con perdón) de esta perra vida y acaban olvidando de dónde vinieron y a dónde han de ir. Mala cosa, porque este olvido resulta fatal para nosotras: se nos cierran las puertas del cielo y se nos abren los sumideros del infierno. No quiero ni pensarlo, porque, aunque nunca lo vi, cuentan cosas horribles de ese lugar. Esto me recuerda que tampoco vi nunca a mi Creador, pero cuanto oigo acerca de él es tan maravilloso que debe ser una delicia estarle cerca.

Como andamos en estos cuerpos un tanto despistadas y faltas de información divina, no podemos saber a donde fueron las almas de nuestros difuntos. A veces creemos barruntarlo por cómo se portaron en la vida, pero las almas guardamos tantos secretos en nuestro subconsciente que a la postre nos invade la duda, porque se oye decir que muchos aparentes santos se irán a las llamas y otros, pecadores a nuestros ojos, serán premiados con la visión divina. Yo, a pesar de estas incertidumbres, espero ir al cielo. Al fin y al cabo cuando se me rompa la vasija de mi cuerpo no habrá muchos otros sitios a donde ir, aparte del infierno, claro. Y lo de volver a encarnarme una y otra vez no me convence mucho. ¡Ya está bien con una vida!

CHANTAJE MÍSTICO

Alguien lo trajo a casa. Era una publicación en forma de periódico. Ocho grandes páginas a todo color, ¡sin publicidad y gratuito! Una tirada de 35.000 ejemplares. Debe haber costado un perraje. Debe estar costando un perraje, porque no es el primer número ni el último. Lo edita una comunidad religiosa cristiana, pero no católica. Y podría ser algo tan inocente como una hoja parroquial, pero a lo grande. Sin embargo, no tiene nada de inocente. La mayor parte de la publicación está dedicada a las maravillas que realiza el asombroso poder de Dios en aquellas almas y cuerpos que ponen su confianza en él a través de esa Iglesia concreta. La astucia del argumento es la siguiente: Si usted tiene problemas físicos o espirituales, acuda a Dios, entréguese a él sin reservas y esos problemas desaparecerán. Y para que el lector se convenza relata algunos ejemplos.

Una señora, casada y con dos hijos, cayó de bruces en la ludopatía. Gastaba 300 euros al mes en las dichosas máquinas tragaperras. El marido se harta y la echa de casa. Se va con sus padres y acude a un psiquiatra: tres años de tratamiento para nada. Pero una noche pone la radio y escucha el programa “Palabra de vida”. Ni corta ni perezosa, se va a la susodicha comunidad y, tras un tratamiento adecuado (oraciones en cadena, charlas, bautismo y otras terapias espirituales), *“comenzó a notar la presencia del Espíritu Santo en todo su cuerpo. Ahora, gracias a Jesús, está liberada y su vida transformada”*. Ya no gasta dinero en las tragaperras.

Otra señora confiesa que su vida era un infierno: una enfermedad en la tráquea, una úlcera sangrante, dolores de cabeza, miedo a la oscuridad, insomnio. De nuevo la radio y la comunidad: hizo la *Cadena de los martes por la Salud* (y fue ungida con aceite bendecido) y la *Cadena de los viernes por la Liberación*. “*Hoy soy una persona renovada rejuvenecida espiritualmente, segura de mí misma... Encontré a Jesús, llenó mi vida y todo lo imposible se materializó*”. Los médicos se quedaron pasmados ante la desaparición de los nódulos, la úlcera, etcétera.

Otro caso es el de una familia entera. La esposa tiene un tumor en el útero, el marido es alcohólico y un sobrino pequeño se ve atacado por la meningitis con tan mala suerte que, al ser ingresado en un hospital, se infecta con unos virus malignos que lo dejan paralítico. La esposa rezó durante seis meses antes de ser operada y al llegar la fecha no hubo necesidad de intervenirla, pues los doctores le dicen que el tumor ha desaparecido. El marido, agradecido a Dios, le promete dejar de beber y lo consigue. Al sobrino le untaban con aceite bendecido todas las noches, fue mejorando poco a poco..., y acabó corriendo con un triciclo por los pasillos del hospital.

El resto de los escritos insisten en la misma idea. Un obispo de la comunidad escribe que mucha gente, ante una situación difícil, deposita su fe y confianza en sus conocimientos, capacidades y estudios, pero hay cosas que no están a nuestro alcance, porque no podemos hacer que lo imposible se torne posible, eso sólo es cosa de Dios. Ahora bien, por lo visto, Dios exige, para usar su poder, que previamente la persona tenga un corazón perfecto, que no es otra cosa que tener fe en él y hacer su voluntad. “*Pedir, esperar, confiar, vivir para Dios y nadie más, mostrarnos dependiente de Dios y no de otras cosas o recursos, como santos, familiares, amigos, religiones... Entonces vendrá y nos librará de todos los males, de las situaciones adversas y tentaciones*”. Y eso lo hace Dios porque se ha comprometido a ello, según la Biblia: 2 Crónicas 16,9 (se trata de un rey de Judá

que, estando en apuros bélicos, se buscó un aliado en lugar de confiar en Dios, y Dios lo castigó).

Al describir una sesión de “liberación espiritual”, se afirma que: *“Los espíritus malignos que están actuando en sus vidas, provocan las depresiones, dolores de cabeza, mala suerte, esquizofrenia, nerviosismo y el miedo que viene de Satanás”*. Y en otro lugar: *“Con certeza, las personas serán liberadas de cada uno de sus problemas y males mediante la actuación del Espíritu Santo. Siempre que alguien se sienta solo, abandonado, desilusionado de todo o encuentre que para sus problemas no hay solución, ese alguien podrá entrar en la Casa de Dios y encontrar personas dispuestas a ayudar, el nombre de Jesús será invocado y, entonces, el milagro sucederá”*.

Comprendo que la fe pueda curar ciertas enfermedades: a veces basta la confianza en el médico. Entiendo que hay mucha gente que necesita ayuda y comprensión, y que lo encuentre en una comunidad religiosa. Lo que no logro comprender es el argumento que se esgrime: Dios tiene poder para solucionar todos nuestros problemas, sólo hace falta confiar en él y, como por arte de magia, desaparecen, sean males del cuerpo o del alma, ¡incluso los problemas financieros!.

Lo que más me asombra es el hecho de que, a estas alturas, todavía haya incautos que caigan en la trampa. Y estúpidos que, aunque sea de buena fe, encaminan a la gente por esos senderos imposibles.

POR SEIS EUROS, SUS PROBLEMAS RESUELTOS

Junto a los innumerables folletos de publicidad que circulan por las ciudades, encontré uno, en cierta ocasión, que comenzaba diciendo: “*¡La gran solución para tus problemas!*”. El parado que lee este encabezamiento se llena de súbita esperanza, y sigue leyendo: “*Tal vez no se haya dado cuenta de una realidad, pero en ella encontrará la solución para sus problemas: ¡María!*”.

El parado se queda más parado aún de estupor, pero continúa: “*Si considera que su vida está cercada de dramas y aflicciones, si gime y sufre ante las dificultades de este conturbado siglo, María Santísima le ofrece en este folleto una esperanza: la oportunidad de comenzar una transformación maravillosa*”.

Por si las moscas, por eso de agarrarse a un clavo ardiendo, el parado continúa la lectura, y se encuentra con unas palabras de la Virgen de Fátima a la niña Lucía y, seguidamente, una conclusión: “*María Santísima te escogió. Tiene sobre usted un designio de predilección y le hace, a través de este folleto, una invitación para adquirir un libro nuevo y sin pretensiones: 'Fátima, aurora del Tercer milenio'*”.

Por fin, el parado acaba por enterarse de que todo eso de los problemas resueltos no es más que una argucia para endosarle un producto. Más adelante, el lector se entera de que el libro cuesta seis euros, gastos incluidos, y que sólo tiene que rellenar y echar al correo la ficha que se adjunta con sus datos para que se lo envíen contra reembolso.

Lo más sorprendente y absurdo de todo, aparte la mala uva de despertar esperanzas inútiles, es la afirmación de que se trata de la propia Virgen María la que invita a comprar el libro: *“Ella quiere este libro inédito. ¿Por qué no atender a su llamamiento maternal?... ¡No se olvide: la Virgen quiere que conozca este nuevo libro!”*.

La idea del folleto parece la diversión inocente de algún cura pío de pocas entendederas, pero tiene de su parte la connivencia de un eminentísimo cardenal que prologa el libro.

¿Cómo es posible que todavía haya gente en la Iglesia con una mentalidad tan infantil y tan retrógrada?

DEMONIOS

Un día cualquiera apareció, en la revista El Semanal, una entrevista a cierto sacerdote católico, exorcista, en la que, como es lógico, dada su especialísima ocupación, se le preguntaba acerca del Demonio. El sacerdote se limitaba a repetir la doctrina oficial de la Iglesia y, sorprendentemente, se refería a una sola criatura, con mayúscula, bien personalizada y delimitada, cuando lo cierto es que los demonios son casi tan numerosos como los granos de arena de una playa (hay por ahí un libro en el que se dice que son exactamente 7.349.608, palabra de honor). Y como noté a faltar que ni el periodista preguntaba ni el sacerdote hacía referencia alguna a la más interesante de las cuestiones, a saber, el origen literario de esta figura tan llevada y traída, he decidido, a continuación, enmendarle la plana al exorcista ofreciendo al lector la información que he encontrado en la Biblia hebrea, que es donde más se habla de demonios, satanes y diablos.

Debería haber comenzado por aclarar, el cura, que los demonios no son un invento de los hebreos ni de los cristianos, pues el nombre popular de nuestro siniestro personaje proviene de los griegos, que nos legaron el vocablo “daimon”. Ahora bien, los dáimones no era demonios al principio, quiero decir al principio de la creencia en ellos, sino seres espirituales intermedios entre los hombres y las divinidades. Plutarco llegó a llamarlos “*mediadores entre los dioses y los hombres*”, y Hesiodo, “*custodios de los hombres mortales*”, ¡nuestro ángeles actuales! Lo que ocurrió, según escribe el teólogo católico M. García Cordero, es que, con el paso del tiempo, estos seres bondadosos acabaron

convertidos en criaturas malvadas. Uno se pregunta: ¿por qué? Son cosas que suelen ocurrir con las creencias religiosas. Hay otros ejemplos de cambios de buenos a malos en la India y el Irán antiguos. Quizás todo empezó cuando los dáimones fueron asociados, por la religión popular, con los difuntos, que se presentaban a los vivos dándoles un susto de muerte.

Los seres siniestros y maléficos existen en la mayoría de las creencias religiosas de todos los tiempos y lugares, pero los más conocidos, en nuestro ámbito judeo-cristiano, son los que aparecen en el libro santo de la Biblia, aunque no todos son populares. ¿Cuántos creyentes que se saben el Libro de memoria recuerdan a “los peludos” que se citan en el Levítico 17,7, especie de faunos o sátiros a quienes ofrecían sacrificio los israelitas, o de Lilith, que aparece en Isaías 34,14, o de los “shedim” de Deuteronomio 32,17? Cuando los judíos de la Alejandría, la famosa ciudad de Egipto, mucho antes de que naciera Jesús, decidieron traducir el Libro al griego, que entonces ya era la lengua extendida por aquellos lugares, se encontraron con que esos extraños nombres de aún más extrañas criaturas no tenían equivalente en la lengua de la ecumene, pero como no era cosa de suspender la traducción, ni muchísimo menos, se tomaron la libertad de llamarles a todos daimonia, y de aquí pasó a todo Occidente el término tan manoseado ahora de demonio.

El más conocido por los asiduos lectores de la Biblia es Azazel, que vivía en el desierto (según los escritos sagrados e inspirados), y al que los sacerdotes judíos le mandaban todos los años un macho cabrío cargado con los pecados del pueblo. Es el famoso chivo expiatorio. Azazel, probablemente, no tenía ni idea de cómo iba a terminar la historia de su vida: alguien escribió un tratado, llamado Libro de Henoc, en el que el autor anónimo lo convertía en uno de los ángeles caídos, y como aquí debemos dejar claro que el tal libro no había sido inspirado por Dios, lo más probable es que su autor se sacara de la manga semejante historia. El caso es que el arcángel san Rafael lo arrastró al desierto y allí lo encadenó, según Henoc. Es evidente que Azazel acabó como había empezado: en un lugar desierto. Pero

la leyenda de estos ángeles caídos cuajó, a pesar de que no había sido inspirada, y en la entrevista a que me refiero, el cura exorcista la saca a cuento como doctrina de la Iglesia, que tal cosa es ciertamente. Así se escribe la historia, también la religiosa.

Otro demonio curioso es Asmodeo cuya leyenda sí que está inspirada. Se cuenta en la Biblia que un joven judío llamado Tobías se fue de viaje para cobrar una deuda y que en el lugar de llegada conoció a una parienta lejana, llamada Sara, una chica sensata, valiente y muy hermosa, que se había casado siete veces. A pesar de ello, aún era virgen, porque sus siete maridos habían sido muertos por el demonio Asmodeo la misma noche de bodas y antes de mantener relaciones matrimoniales. El bueno de Tobías andaba más que preocupado, como resulta lógico, y no se decidía a pedir la mano de la muchacha. Pero el joven judío había hecho todo el viaje acompañado de otro muchacho, que era, sorprendente casualidad, el ángel Rafael. El enviado divino le dijo que la noche de bodas quemara en el brasero las entrañas de un pez que habían cogido por el camino, y que todo saldría bien. Y así fue. No sabemos si porque el olor era demasiado insufrible para Asmodeo o porque Dios así lo dispuso, el caso es que el demonio no pudo resistir y salió huyendo a Egipto, hasta donde le siguió Rafael y lo ató bien atado. Ahora debe andar con su hermano Azazel por algún páramo ignoto.

¿Y qué decir de Satanás? En el Libro Santo se afirma que era un *bene'elohim*, o sea, un “hijo de Dios”, y su misión consistía en fiscalizar las obras de los humanos para ver si avanzaban o no en la virtud, tal y como agradaba a Dios. Nada de maléfico. Pero el hebreo “satán” fue traducido al griego como “diabolos”, y como aquel fiscal utilizaba medios bastante drásticos (a Job lo dejó sin nada que llevarse a la boca y, además, enfermo) acabó convertido en un malvado.

Otro diablo fue la famosa serpiente del Paraíso según dice el Libro de la Sabiduría, pero es interesante el hecho de que en el Génesis a la serpiente se la presenta como un simple animal que tiene entendederas y habla (como la burra de Balaam, que también está en la Biblia): “el más astuto entre los animales del

campo”, se dice. Y el mismo Dios la castigó de la siguiente manera: “*Maldita seas entre todas las bestias y animales del campo; sobre tu vientre caminarás y polvo comerás todos los días de tu vida*”. Y tal cosa sucede con las serpientes desde entonces, aunque lo de comer polvo era una creencia de aquellos tiempos que hoy día nadie comparte.

Estos son los demonios que un exorcista debe expulsar de un poseso, aunque nadie sabe cuál de ellos es el poseedor (Jesús, más listo que nuestros exorcistas, le preguntaba al demonio cómo se llamaba antes de expulsarlo). Son, pues, unas criaturas puramente literarias, virtuales, que comenzaron siendo inocentes y acabaron transformados en seres maléficos únicamente a causa de nuestra propia decisión humana. Y resulta curioso que, antes y ahora, los carguemos con la culpa de todo lo malo que ocurre en este mundo. Tan cierto es esto último que el cura de la entrevista estaba convencido de que incluso el nazismo fue una obra demoníaca, permitida por Dios, por supuesto.

Los demonios se han convertido así en ese chivo expiatorio que todos necesitamos para tranquilizar nuestras conciencias, sin darnos cuenta de que no es necesario buscarlos por ahí fuera, pues estoy convencido, y espero que ustedes también, de que los demonios somos nosotros mismos.

UN BURRO VOLANDO

Si yo fuese por ahí propagando la noticia de que había visto a un burro volar, lo más probable es que mis oyentes me tomasen por loco. Sin embargo, durante siglos, y en la actualidad con sorprendente frecuencia, mucha gente ha afirmado haber sido testigos de cosas tan absurdas o más que las del burro volador, y estas personas siempre han encontrado a otros centenares dispuestos a creerles con los ojos cerrados, sin el más mínimo asomo de duda. Es más, a esos individuos crédulos, la duda ajena se les antoja una ofensa a su propia persona. Los sucesos absurdos que algunos han hecho creer a ciertos grupos están relacionados con la visión y/o contacto hablado, o sin palabras, según los casos, con personas difuntas, santos, ángeles, demonios o criaturas alienígenas venidas a nuestro planeta en platillos voladores.

Me sorprende que no me crean a mí si digo que he visto un burro volar y que estén dispuestos a creerse esas otras noticias portentosas. Por supuesto que hay una pequeña, casi imperceptible diferencia, pero no menos importante: esas personas crédulas tienen muy claro que es del todo imposible que un burro vuele sobre los tejados, mientras que no les resulta tan absurda la visión y audición de criaturas y sucesos extraordinarios porque admiten la existencia de seres con poderes superiores a los nuestros, aunque vengan de otra galaxia. Eso de estar convencidos de que hay entidades más poderosas que nosotros, pobrecillos, que cuando hacemos algo extraordinario es a base de trucos, vistosos pero hueros, es algo que parecemos llevar muy adentro los humanos, probablemente desde que descubrimos

que ante los terribles poderes de la naturaleza no éramos más que pura hojarasca.

Muchas veces me he preguntado por qué la gente es tan crédula. Pudiera ser que esta credulidad fuese hija natural de la confianza. Me explico. Los seres humanos somos confiados por naturaleza, y esto es una condición necesaria para poder vivir en sociedad. Somos criaturas frágiles, inmaduras e imperfectas y, por ello, necesitadas, así que dependemos unos de otros para sobrevivir, tanto en el plano físico como en el psicológico. Este hecho se muestra con toda claridad en el recién nacido. El niño se aferra confiado al pecho de su madre empujado por un instinto natural que elimina drásticamente todo temor, toda desconfianza. Poco a poco descubre la figura de quien lo amamanta y le proporciona otros placeres necesarios (calor, limpieza, comodidad, sonidos agradables...), que refuerzan y dan seguridad a su confianza natural. Al paso que crece, esta confianza se continúa reforzando, y llega a ser tan firme que no logran hacerla desaparecer otras circunstancias adversas, como las prohibiciones, las regañinas, los gritos, incluso los eventuales abandonos en manos de familiares o amigos.

En este momento es necesario aclarar que me estoy refiriendo, por supuesto, a un ambiente hogareño normal. Es evidente, por desgracia, que en algunos casos, tal vez más de los que creemos, niños y adolescentes acaban perdiendo esa confianza en su familia a causa de los reiterados malos tratos de que son objeto, ya sean físico o psicológicos. Y cuando un ser humano llega a desconfiar de los suyos, y luego de todo el mundo, se ha convertido en una criatura antisocial.

Pero sigamos. Esa confianza natural, de raíces biológicas, no nos impide que guardemos, en algún rincón de nuestra mente, un resto de desconfianza, que no es otra cosa sino un signo de madurez que no merma sustancialmente nuestra confianza fundamental. En efecto, cada día, y numerosas veces, damos por ciertos múltiples mensajes que nos transmiten quienes nos rodean. A veces descubrimos que alguien nos engañó, total o parcialmente, o malinterpretó los hechos, pero este es un riesgo que

estamos dispuestos a soportar y afrontar para que la vida en común sea soportable.

Digo que tal vez sea esa actitud confiada la que genera la credulidad, es decir, y como señala el diccionario, la ligereza y facilidad con que creemos. Podemos dar nuestra adhesión a ciertas afirmaciones, aunque no podamos comprobarlas, o nos cueste mucho hacerlo, como es el caso de lo que nos transmiten los especialistas en diversas materias, a cuyas afirmaciones asentimos llevados por la confianza que tenemos en su estupenda preparación y su buen hacer, del mismo modo que tenemos tendencia a hacer nuestras las ideas de nuestros padres desde que somos bien pequeños, pero también podemos adherirnos a las ideas de otros, y esto ya es más preocupante, cuando lo que se nos dice repugna a la razón porque tiene toda la apariencia de lo absurdo, y el hecho de aceptarlo como nuestro no se debe a otra cosa que a la confianza que tenemos en quien nos lo dice y a la ausencia de un espíritu crítico saludable, especialmente cuando somos pequeños e inocentes.

La credulidad, en fin, es una hija boba de la confianza. Es una predisposición que se salta todo lo racional y lo evidente, y llega a producir en serie esos individuos extremadamente sensibles a los sucesos anormales. De vez en cuando, ellos actúan en ese teatro del mundo que es la pequeña pantalla, sin saber, o negándose a saber, que despiertan la carcajada de los televidentes, o sentimientos de pena y de vergüenza.

Y tampoco es eso.

LA LLUVIA VIENE DEL CIELO

En las culturas primitivas, la lluvia, como todos los fenómenos meteorológicos, se le atribuía a los poderes divinos, y el que unas veces fuesen tormentosas y otras benignas, se debía, según aquella gente, al cambiante humor de los dioses. Más tarde, los griegos explicaron el tiempo atmosférico personificando sus diferentes elementos y dotándolos de aspecto humano. Todas las religiones antiguas han tenido, y las que aún subsisten tienen, su propio dios de la lluvia, incluso Yahvé, el dios hebreo de la Biblia, aparece como tal en algún versículo. Algunos filósofos griegos, entre ellos Aristóteles, sugirieron que la meteorología se debía a causas puramente naturales, pero tuvo que llegar el siglo XVII para que comenzaran a idearse instrumentos adecuados para la observación racional de la atmósfera. Desde entonces hasta hoy, numerosos hombres de ciencia han contribuido al mejor conocimiento de nuestro entorno celeste.

¿Y a qué viene todo esto? El lector debe cargarse de paciencia, aunque sólo sea por unos instantes, que todo tiene su explicación, y más aún teniendo en cuenta que nos quedan todavía algunos datos por aportar, y estas informaciones científicas suelen ser pesadas y, por consiguiente, aburridas.

Sigamos.

Dicen los entendidos (a quienes pido excusas por este apresurado resumen) que para que llueva deben darse ciertas circunstancias según el tipo de lluvia a que nos refiramos. En unos casos, es necesario que una masa de aire, en contacto con una superficie muy caliente, se caliente a su vez y se dilate, pierda

peso al dilatarse y ascienda, enfriándose en las capas altas de la atmósfera y contrayéndose, momento en el que comienza a llover. En otros casos, por ejemplo, en la zona malagueña de Grazalema y Ubrique, la masa de aire encuentra en su camino una montaña que la obliga a ascender, lo que provoca su enfriamiento y, por consiguiente, la lluvia. Pero hay más: el aire tropical cálido, que circula del ecuador a los polos, se encuentra con masas de aire polar frío que van hacia el ecuador, formándose un “frente” en el que se libera una auténtica “lucha” entre ambas masas de aire. A veces, el aire frío invade el territorio del cálido y como es más pesado se introduce bajo él, le obliga a ascender rápidamente, con lo cual se enfría y llueve. Cuando es el cálido el que invade el terreno del frío, aquél no puede hacer otra cosa que ascender para situarse sobre éste, pero entonces se enfría y...llueve. Bueno, son borrascas, que afectan a las fachadas occidentales de los continentes, y responsables de los climas oceánicos. Pero también debe tenerse en cuenta la corriente en chorro, una zona estrecha de vientos del oeste que circulan arrastrados por la rotación de la Tierra, a una altura por encima de los diez kilómetros, y que en otoño da lugar a borrascas, anticiclones y a las temidas gotas frías.

Y ya es hora de explicar la razón de tanto dato científico.

Como acabamos de constatar, hoy sabemos, con bastante precisión, cómo y por qué se producen las lluvias, así que cuando veo, como vi el otro día, sacar en procesión al santo patrono de no sé qué pueblo para pedirle la lluvia, sentí, avergonzado, que estábamos volviendo a aquellos siglos analfabetos a que nos referíamos al principio, olvidando lo que con tanto empeño y tiempo han averiguado los estudiosos acerca de nuestro entorno.

La ciencia no ha logrado todavía desbancar a la superstición. ¿Lo conseguirá algún día?

ESOTÉRICOS

Cierto día cayó en mis manos una extraña revista mensual que me dejó inquieto, perplejo y perturbado. Por sus páginas a todo color se movía gente, en solitario o en grupo, que parecía pertenecer a un mundo alienígena y esquizofrénico. La relación de tales fantasías merece la pena, porque nos lleva a las más profundas y oscuras regiones del cerebro humano. Por ejemplo: Centro Ocultista, Centro de Estudios de Simbología, Asociación de Kinesiología Holística, Gabinete Kirlian, Escuela de Navegantes, Centro Mente Cósmica, Centro esotérico Astrofeeling, Escuela de Armonía Arkadiel, Movimiento Cristiano Gnóstico Universal, El Jardín de la Luz, Asociación de Amigos de Pachamama, Instituto Ptencial Humano, El Molino Parador de Ti Mismo, Centro Posición Cero, Centro Inoterapéutico, Astrología Evolutiva, Sanación Cabalística, Sanación Piránica...

Todos estos grupos, más los individuos cuyos nombres no transcribo porque no ha lugar, ofrecen al lector introducirse en puntos tan pintorescos y sugestivos como Tara Verde, cromoterapia, magia transpersonal, esencias florales, cristaloterapia, kundalini yoga, desbloqueo de vidas pasadas, regresiones a la infancia y otras vidas pretéritas, filosofía (que consiste en estudiar los mundos invisibles, el mundo del deseo, los cuatro reinos, el hombre y sus cuerpos, así en plural, renacimiento, etc), reflexología podal, renovación energética, enseñanzas secretas de los pueblos del pasado, vida oculta e historiografía de Jesús, clarividencia con bolas de cristal, iniciación al péndulo y a la varilla, magia de velas, sistema de disposición de gemas para el

equilibrio y curación de chakras, eutonía, terapias vibratorias, videncia fisionómica, gym relax, gym tonic (textual), transmutación alquímica de la energía sexual, Piram-Khut, chamanismo...

El lector interesado podría, si así lo desea movido por su curiosidad, utilizar un buen diccionario para informarse del significado de estas expresiones, pero no debe poner en ello demasiadas esperanzas, pues yo mismo lo he intentado y no hay forma de encontrar la mayoría. Sería necesario un diccionario de esoterismo, que debe estar escrito por los mismos esotéricos que aparecen en la susodicha revista.

Pero aquí no queda todo. Los lectores pueden comprar ciertos objetos que, dicen, sirven para hacer la vida más interesante. No se lo pierdan, por favor: la Garra del Poder, que protege del mal de ojo, el Buda de los Deseos, produce una energía que da paz y abundancia, la Pirámide de la suerte, energía perfumada para su habitación, Tamín, que absorbe energías negativas, un Anillo fotocromático que avisa, cambiando de color, de los cambios de ánimo de quien lo lleva, un Talismán de Saladino, cargado con los poderes de la pirámide de Keops, desarrolla la videncia, mejora la salud, y activa el poder mental y la energía sexual, el Akessa, para triunfar en los negocios, en el trabajo y en el sexo, un Awonawilona para gays y lesbianas, un Hawatha, creador de la coexistencia pacífica, para no tener enemigos, el Ik-ga-oh, que destruye cuanto puede dañar al portador, las siete joyas equilibradoras de chakras: la uno, para la vitalidad, el reuma y la columna; la dos, creatividad y sexualidad; la tres, emociones y aparato digestivo; la cuatro, amor y aparato circulatorio; la cinco, depresión y buena comunicación; la seis, antiestrés y facultades paranormales, y la siete, para el sistema inmunológico y la espiritualidad...

Me dejo en el tintero el resto, como el Yambhala, el Mago Myrddin, la Rosa de Jericó, la Campana Tibet y otras varias. Y me dejo los libros que se reseñan, porque no acabaríamos nunca. En fin, todo un mundo de extraño misticismo, de misteriosas entidades ocultas, de oscuros conceptos, de imposibles esperan-

zas, un mundo a veces simplón, que mezcla a los crédulos y convencidos con los oportunistas y aprovechados, que explotan la ingenuidad de los lectores en su propio beneficio económico.

Ahora se habla en los medios de comunicación acerca de un cierto resurgimiento espiritual, una especie de ansia trascendente, una nostalgia de los intensos tiempos religiosos ya pasados, pero lo que está ocurriendo es más bien que mucha gente se aparta de las religiones y viene a caer en el ocultismo. De Escila a Caribdis. Lástima. Tal vez no se han dado cuenta de que se tienen a sí mismos, y a los compañeros de viaje, y no necesitan apoyarse en nada ni nadie extraño y misterioso.

A partir de aquí, se encuentran varios escritos referidos a personajes que, como dije en la introducción, se cruzaron en mi vida. A varios de ellos no llegué a conocerlos nunca, pero, sea como fuere, queda constancia de que existieron o existen todavía. Y seguirán existiendo con nombres diferentes.

¡VIVA EL TURISMO!

A pesar de los años transcurridos, la Costa del Sol sigue siendo uno de los lugares más atractivos para el turismo nacional o internacional. Los turistas traen dinero en tarjetas, carteras y bolsillos, y lo gastan sin remilgos en excursiones, habitaciones de hotel o apartamentos (ambos se ponen por las nubes en ciertas fechas gracias a esa inflexible ley de la oferta y la demanda), comilonas en los restaurantes y chiringuitos de Torremolinos, tapeo a base de pescado bien regado con jarras de cerveza, recuerdos para llevar a casa... Y ya sabemos todos lo que ello significa: riqueza para empresarios y comerciantes y puestos de trabajo. Todos se benefician y todos tan contentos.

Yo he pasado unos días en un lugar privilegiado, dicen, la Carihuela, en casa de un amigo, aunque el nombre de casa no es el más apropiado: un estudio de veintitantos metros cuadrados, pequeño pero agradable. Pero bueno, se trataba de salir a pasear y tomar el sol, relajarse, cambiar de ambiente, esas cosas que sólo están permitidas a los ricos y a los viejos jubilados sin problemas económicos.

Una mañana, paseando, vi un puesto de trabajo. Tenía forma de mujer, una de esas mujeres que parecen no tener edad ni

nombre, como aquella gente clonada de *Un mundo feliz*, que se dedicaban a hacer los trabajos “sucios”. Como aquellos tristes personajes de Huxley, esta mujer hacía lo mismo: limpiaba, fregona en ristre, la soleada terraza de una habitación de hotel para que los turistas de turno pudieran descansar después allí tomando un martini mientras contemplaban la placidez del mar. Por unos instantes, viendo a aquella mujer, recordé la escena de una película que había visto cuando era adolescente: un muchacho se ve separado de su madre por no recuerdo qué circunstancias y no logra encontrarla, con el paso del tiempo se convierte en un adinerado hombre de negocios, y un día, al subir a su despacho, ve a una mujer mayor, de rodillas, fregando el rellano de la escalera, le da los buenos días, y cuando ella levanta la cabeza y lo mira se descubre que era su madre, y nunca más aquella buena mujer tuvo que fregar suelos. La escena de aquel encuentro, el apretado abrazo que se dieron madre e hijo, llegó a conmocionarme tanto que anda incrustada en mi memoria desde entonces negándose tercamente a desaparecer.

Ahora ya no pasan esas cosas. A los hijos no les importa que sus madres trabajen así, aunque degraden la dignidad de una persona. No importa, ella tendrá también sus vacaciones, aunque no en un hotel de cinco estrellas.

Para mí, aquel puesto de trabajo era una vergüenza. Como el de ese hombre que rasguea una guitarra ante los “guiris” (que por su parte saborean inocentemente sus gambas a la plancha sentados a una mesa en el ajetreado Paseo Marítimo), cantando canciones latinoamericanas del año de la polka que los forasteros ni podían entender, pero aplaudían, y depositaban religiosamente su óbolo, su limosna, sobre la guitarra que el cantor ambulante extendía hacia ellos con una sonrisa de circunstancias. Redistribución de la riqueza, y de forma voluntaria.

También había limosnas para el muchacho con barba que construía esculturas con la arena de la playa, magníficas, por cierto, y que pasaba la noche junto a ellas en un saco de dormir. Y había la esperanza de vender sus DVD para aquel grupo de sudamericanos que se pasaba las horas de pie cantando y tocan-

do sus exóticos instrumentos en la plaza repleta de turistas que tomaban el sol en las terrazas de los cafés y que luego aplaudían discretamente, como personas bien educadas. Y había la esperanza de venderles sus colchas de ganchillo que algunas mujeres gitanas desplegaban como banderas blancas ante los extranjeros.

En aquella plaza peatonal del centro de Torremolinos hay una réplica en miniatura de la famosa tribuna de los pobres en calle Carreterías. Me senté allí, con tres muchachos y una chica que miraban el trajín de la gente al tiempo que mordisqueaban sus bocadillos. A mi izquierda había dos matrimonios nórdicos sentados a una mesa con un par de platos de cigalas que acababa de servirles un camarero de uniforme. Y ocurrió algo, todo muy de prisa. Por mi derecha apareció un hombre mal vestido, barba de una semana, demacrado el rostro, medio encorvado, a pesar de que no debía tener más de treinta años, y una mano extendida sosteniendo un vaso de plástico vacío de una celeberrima marca de bebida refrescante. Se acercó tímidamente a los nórdicos y en ese mismo instante apareció el camarero con cuatro jarras de cerveza enormes, descomunales, desbordando espuma. Los extranjeros rubios, al ver el tamaño de las jarras, rompieron a reír estrepitosamente. Se doblaban de risa. Era una barahúnda de carcajadas. Uno de ellos se levantó para reír más a gusto y casi tropieza con el individuo de la mano tendida. El pobre hombre (el hombre pobre) dudó unos segundos mirando atolondrado el espectáculo. Luego se retiró despacio hacia otra mesa. Allí había demasiada alegría para agriarla con su presencia.

Turistas en la Costa del Sol, divisas, puestos de trabajo, redistribución de la riqueza. Logros de nuestra sociedad civilizada y satisfecha.

NOTA. El texto anterior, a pesar de haber sido enviado a la prensa, nunca vio la luz pública. Sospecho que la redacción del periódico no creyó conveniente empañar la saludable imagen turística de la zona. Probablemente resulte más indicado algo como la publicación, algún tiempo después, por el Patronato de Turismo, de un folleto en el que se decía: *“Gracias al Turismo...porque nos permite vivir mejor en todos los sentidos. A todos...Gracias al Turismo tenemos el futuro asegurado. Prosperidad. Bienestar social. Más y mejores oportunidades para todos. Podemos mirar el porvenir con toda tranquilidad...Gracias al Turismo nuestros pueblos viven mejor. Progresan. Con más calidad de vida. Más desarrollados...”*

Y así, hasta veinte páginas.

ILUMINADOS

Ya los había visto en todos esos programas de televisión en donde aparecen extraños especímenes humanos que hablan de este mundo y del otro, de apariciones y viajes divinos y de cambios futuros, pero últimamente he tenido el honor de conocer a dos de ellos personalmente: una mujer y un hombre.

Ella (llamémosla Anastasia) era más bien rubia, con el pelo recogido en una especie de moño sobre la cabeza, metidita en carnes y cerca ya de los cincuenta. Había venido del extranjero a predicar en Málaga la palabra de Dios, pero lo curioso del caso es que no pertenecía a ninguna iglesia ni secta. A pesar de ello, estaba convencida, firmemente, de que la palabra de Dios está en la Biblia. Era como un soldado cristiano que se pone a hacer la guerra por su cuenta, sin compañeros ni superiores, sin tácticas ni objetivos planificados. Todos estamos acostumbrados a que Testigos de Jehová o mormones nos asalten por la calle o llamen a nuestra puerta, pero nunca pude imaginar que una persona solitaria, sin más arma que una Biblia, se lanzara al mundo a predicar la Palabra según ella. Pero todo tiene su explicación: Dios la había escogido personalmente para que cumpliera esa misión en este mundo, para lo cual se había visto obligada a abandonar a su hijo (afortunadamente ya era un universitario) y a su marido, a su familia, en fin, tal y como dijo Jesús (si alguien no se cree esto, que lea a Lucas 9,59-62 y 12,51-53, y a Mateo 10,34-37), y con la esperanza de recibir las recompensas que el Maestro de Nazaret prometió a sus seguidores.

Pero en estos tiempos nadie está dispuesto a dar comida y cama a un mensajero divino, como Jesús esperaba que hicieran

con los suyos cuando los envió a predicar por aquellas tierras de Palestina, así que esta buena mujer se ve obligada a ganarse la vida como puede, lo cual resulta un problema tan desagradable al menos como el del rechazo de la gente, que ya debe ser difícil de digerir. Nunca supe en qué circunstancias tuvo lugar la iluminación, pues en mis conversaciones con ella no me dio lugar a preguntarle, pero me sorprendió su absoluto convencimiento de que lo suyo procedía de lo alto.

Él (llamémosle Juan) era un hombre de aproximadamente la misma edad de Anastasia, casado también y con hijos, pero se diferenciaba de ella en el hecho de que tenía una profesión y un trabajo estable, lo que debía hacerle las cosas más fáciles, aunque lo del rechazo de la gente lo llevaba bastante mal. En lo demás, eran gemelos. Juan también estaba convencido de haber sido enviado por Dios para predicar la Palabra, aunque nunca lo expresaba en esos términos, y en su caso pude averiguar que la iluminación divina le había llegado a través de una de esas señoras a las que la gente acude en busca de curación para los males que los médicos no aciertan a erradicar de sus doloridos cuerpos: una curandera, una sanadora, en cuya casa se celebraban reuniones en las que no era raro que alguien entrara en trance y se comunicara con la divinidad.

Juan tampoco pertenecía a una iglesia o secta. Era también un soldado solitario que hacía la guerra del bien por su cuenta. Me contaba (igual que Anastasia) que esta sociedad malvada e insolidaria estaba a punto de desaparecer, y que sería sustituida por otra forma de vida en la que reinaría la paz y el amor entre todos los humanos, lo que me recordaba aquello del Reino que Jesús, hace ya dos mil años, creía también inminente. Lo curioso de Juan era que no tenía inconveniente en afirmar que Jesús era Dios encarnado e, inmediatamente y sin transición, que todos nosotros disponemos de varias vidas, sin darse cuenta de que estaba elaborando un cóctel con ingredientes cristianos e hindúes. No abandonó a su familia, pero está dispuesto a hacerlo en cuanto lo jubilen, o se jubile él mismo, ya que, como dijo Jesús, es un estorbo.

Iluminados, apocalípticos, mesiánicos. Siempre los ha habido. Son criaturas perdidas en esta sociedad que sólo busca el placer de una vida cómoda. Quieren salir de ella, y sacarnos a nosotros, pero no pueden. No saben que llevan una antorcha apagada, ni saben que hay otras formas de encenderlas.

¿Qué será de ellos?

TESTIGOS en la CALLE

Eran dos chicas jóvenes. Paseaban por la acera, arriba y abajo, precisamente por donde yo paso todos los días para ir a desayunar. Dos veces, en días anteriores, habían intentado detenerme, pero yo me había evadido con una educada excusa. A la tercera vez me decidí a hacerles frente. Temí que de no hacerlo iba a pasarme la vida esquivándolas.

Me hablaron, como siempre ocurre en estos casos, de la Biblia que contiene, decían, la palabra de Dios, y cuando intenté hacerles comprender que ese conocimiento que ellas tenían les había llegado a través de algún adulto anteriormente aleccionado por otros, y así sucesivamente, se negaron rotundamente a aceptar mi idea, pues tenían bien asumido que ellas mismas lo habían descubierto por su cuenta. Pero en vista de mi insistencia en un hecho a todas luces cargado de razón, una de ellas, la más bajita de las dos, de una atractiva sencillez, pero no exenta de cierta tímida agresividad, intentó dar una respuesta que sonara lógica: “Si la Biblia no fuera la palabra de Dios, todas nuestras creencias se hubieran venido abajo, hubieran desaparecido. No es cosa de los hombres, por eso sus enseñanzas perduran por los siglos”. Les dije que lo mismo podían argumentar los budistas, más antiguos que los cristianos, incluso los taoístas chinos. Ellas, inmovibles, volvían una y otra vez a la Biblia. Ignoraban que el quid de la cuestión estaba en su fe, en su autoconvencimiento, y negaban que alguien hubiera intervenido en su forma de pensar. Se aferraban desesperadamente a *su descubrimiento* de la Palabra como si hubiesen recibido instrucciones directas del Altísimo. Respondían con coraje, sin titubeos, pero

repitiéndose una y otra vez. Detrás de aquella pose, de aquellas ideas, había “alguien”, mortal, por cierto, como ellas mismas.

Estaba tan harto de aquella fastidiosa seguridad que fui duro con ellas: Parecéis papagayos, les dije, han colocado en vuestros cerebros un disco que vais repitiendo una y mil veces. Han anulado vuestra personalidad, habláis en nombre de otro, que no es Dios precisamente. No sois vosotras misma, ni lo seréis.

Y me marché.

De vuelta a casa, anduve preguntándome por qué me había alterado tanto. Siempre he aborrecido la manipulación de los seres humanos, la creación de cerebros en serie, perfectamente programados y controlados, el borreguismo, la sumisión, la ausencia de toda crítica. Pero había algo más en mi irritación. Y lo encontré. Recordé que, en un momento dado, al comienzo de la conversación, la chica espigada y de grandes gafas había dicho serenamente: “¿Sabía usted que Jesús vino al mundo enviado por su Padre? ¿Y sabe usted a qué vino?”. Sí, fue entonces cuando la adrenalina comenzó a saltar desde mis glándula suprarrenales. Lo noté claramente. Allí estaba ella, una adolescente, convertida en maestra, investida de la suprema autoridad, mirándome desde la altura de su dogmática seguridad, apoyada confiadamente en la verdad de su Jehová. ¡Me estaba hablando como yo lo he hecho tantas veces en la escuela con los párvulos! Aquello resultaba intolerable para mi ego. Porque, además, yo llevaba escuchando aquellas palabras desde que era un niño, casi sin interrupción. ¡Y ahora que ya he cumplido los setenta, aquella mocosa me trataba, en plena calle, como si yo fuera un habitante de la selva amazónica!.

Mientras subía el ascensor sentí una profunda tristeza. Por ellas, tan frágiles bajo la dureza de su concha protectora. Y también por mí, que no fui capaz de amarlas, a pesar de todo, porque todavía no conozco los intrincados laberintos del corazón humano.

En 1990 se conmemoró el centenario de la muerte de Van Gogh. El tiempo transcurrido desde que apareció este escrito no es óbice para que las reflexiones contenidas en él sean de actualidad todavía, y siempre.

ENTRAÑABLE VAN GOGH

Vincent Van Gogh fue sin duda un hombre excepcional, inclasificable. Toda su vida estuvo marcada por los fracasos, la mediocridad económica y los sufrimientos interiores. Circunstancias tan adversas, sin embargo, no impidieron que fructificara una de las más interesantes creaciones humanas.

Vincent crece en el ambiente de una familia de pastores protestantes. Aprende inglés, francés y alemán, es empleado en una casa de arte, maestro de escuela, ayudante de predicador, dependiente de librería, estudiante de la facultad de Teología de Ámsterdam, evangelizador... La pobreza y la miseria que encuentra en Stokes, en Borinage o en Cuesmes, despiertan en él un profundo sentido de la solidaridad. No sólo cuida a los enfermos y enseña la Biblia sino que él mismo vive en un choza, apenas come y duerme sobre paja en el suelo. Uno de sus biógrafos, Paolo Lecaldano, afirma que se trata de “una vocación más testaruda que real”, un celo que parece rozar el fanatismo. Esto mismo es lo que entendieron sus superiores religiosos hace más de cien años. Indudablemente resulta difícil comprender que un ser humano sea capaz de sentir como una herida la tragedia de otros semejantes. Y, en el caso de Van Gogh, se ha simplificado la cuestión achacándolo a su latente locura. Pero cuando su vocación se ve frustrada y encuentra, para siempre, su inclinación

por la pintura, pinta docenas de cuadros en los que se refleja esa profunda compasión por las criaturas desafortunadas: *“Ros-tros sin edad ni destino, exasperadamente señalados por su tragedia de cada día; semblantes deformados por una condición humana que carece de juventud, de sonrisa, de luz; expresiones de vencidos ya antes de combatir”*.

Sencillas iglesias y alquerías, animales humillados, hombres encerrados en la jaula de sus telares... No, Vincent no olvidará nunca a sus semejantes crucificados, encadenados a la tierra, cuadrículados en el patio de una cárcel. Siempre admiró y amó a Millet por el mensaje social contenido en sus obras. Y pintar, para él, “es el equivalente a una buena acción”.

Vincent van Gogh –dice Luis Montreal- fue un hombre que acongojado toda su vida por preocupaciones paranoicas, sus obras ofrecen rasgos característicos del arte de los desequilibrados mentales”. Pero sus cartas, sus 821 cartas, están empapadas de una lucidez y una cordura maravillosas. Tal vez estaba más cerca de la verdad Michel-Claude Jalard: *“Su carácter –dice- se divide entre dulzura, humildad y bondad, por un lado; y, por otro, insociabilidad, obstinación y violencia de los que se saben llamados por una vocación superior”*. Porque, en realidad, fue siempre un insatisfecho, un inconformista. Rechazó la frialdad, la falta de vida, tanto de la facultad de Teología de Ámsterdam como de la Academia de Bellas Artes de Bruselas; no soportó que su padre le exigiera una observancia religiosa totalmente formulista; rompió sus relaciones con Antón Mauve porque no estaba de acuerdo con sus fórmulas pictóricas, como acabó abandonando el estudio de Cormon porque su enseñanza le parece demasiado escolástica. En un magnífico discurso, Artau afirmaba que van Gogh *“nunca estuvo en paz con este mundo, que sólo le ofrecía paisajes convulsos, cuando él aspiraba a esa bondad universal enseñada por la gran universidad de la miseria en la que se había formado”*. *“Sin quererlo –escribe el propio Vincent-, estoy siempre inclinado a creer que el mejor medio para conocer a Dios es amar mucho”*.

No parece que, cien años después, se haya comprendido absolutamente nada de la complejidad del espíritu y de la obra de este genio. Si el hombre que de toda su pintura sólo consiguió malvender un cuadro, pudiera resucitar mañana y tuviera noticia de los millones de dólares que ex céntricos personajes están pagando por algunas de sus obras (mientras la miseria corroe nuestro mundo, ¡cien años después!), volvería a quitarse la vida otra vez, enloquecido.

SUICIDARSE a los VEINTE AÑOS

Se llamaba Natalio. Nació lejos, en Venezuela, y sólo había cumplido veinte años. Apenas acababa de cruzar la adolescencia y ya había doblado todas las esquinas de una porción del mundo, aunque al parecer tropezando y desbordado. En tan corto espacio de tiempo, él ya sabía que en la vida hay muchos caminos para transitar, y que unos eran difíciles y monótonos, pero honrados, al paso que había otros, solapados y peligrosos, pero fascinantes para su corazón de muchacho que comienza a vivir. Natalio, no sabemos por qué extrañas razones, caminó por los más retorcidos.

¿Tuvo él las mismas oportunidades que otros muchachos? ¿Por qué estaba tan lejos de su casa tan cerca de su infancia? ¿Dónde quedó el hogar de su niñez? Rodó de un lado a otro, como una barca indefensa en este mar sin misericordia. ¿Pero hubo acaso, en su corta vida, alguna mano generosa que le brindara ayuda? Su pequeña historia nos dice que no, nos habla de frustraciones, de angustias y desvelos, de tropiezos sin cuento en todas las aceras de la vida, de un yo desorientado en este puzzle loco y agitado que hemos dado en llamar sociedad occidental, industrial y tecnológica.

A sus veinte años ya había elegido. Se le encontró envuelto en la maraña de un homicidio frustrado y fue a dar con sus huesos a una prisión de Málaga, a miles de kilómetros de su patria. Se convirtió en un recluso, le colgaron un número y le cortaron las alas. Veinte años de libertad truncado de la noche a la mañana. Intentó salir, respirar el aire de la calle y de los caminos de

su vida. Pero la cárcel no perdona, tiene sus leyes, sus normas implacables. Natalio fue cogido y encerrado en una celda preventiva, eufemismo grosero que se emplea para designar una pequeña habitación con un catre, un lavabo y un retrete. Apenas tenía sitio para andar cuatro pasos, él, que había trotado en su adolescencia por todas las callejas y senderos, que había vivido bajo los cielos rasos, y ahora sólo podía ver un pequeño rectángulo de luz desde su celda. Todo eran paredes y techos apretados, opresivos y obsesionantes.

No pudo resistirlo. El pájaro atrapado murió colgándose del cuello. Las leyes habían suprimido de un plumazo la pena de muerte. Natalio no podía ser ejecutado. Pero la muerte está ahí, al alcance de cualquiera. Todos la tenemos en nuestras manos y ella está alerta y decidida, preparada para segar la vida tras el menor resquicio. Natalio la llamó y ella acudió a la cita.

¿Quién o qué fue culpable de esa temprana muerte? ¿La claustrofobia insoportable, la libertad perdida, el miedo, los remordimientos, su familia, los amigos torcidos, la ambición, el ansia de encontrar una salida definitiva, la escapada final?.

Los medios de comunicación le han dedicado unas palabras breves, impersonales. Un caso más en una prisión conflictiva. Las autoridades se lavan las manos. Nadie lo esperaba. Mañana ni siquiera será historia. El lector pasa la página del diario y encuentra otro suceso más escalofriante para añadir a su lista. Natalio se ha suicidado y a nadie le importa.

Esta historia verdadera ya es triste por sí misma, y sin embargo aún queda preguntarnos: ¿continuará pariendo desviados esta sociedad robotizada para encerrarlos luego en jaulas de castigo donde puedan morir rompiéndose la crisma?

HOMBRE RICO, NIÑO POBRE

Yo nunca hubiera sospechado nada si una circunstancia fortuita no me hubiera llevado a casa de Miguel. Vive con sus padres y sus seis hermanos en una vivienda alquilada que paga el Ayuntamiento porque ellos no pueden con el sueldo de peón de albañil que cobra papá. Antes de entrar en su casa, apenas se sale del ascensor, se advierte que algo anómalo ocurre allí. Las paredes del rellano presentan huellas de manos y pies estampadas con profusión; el suelo está cubierto de cáscaras de pipas y pequeñas bolsas de plástico; la puerta de la vivienda, mal pintada de un marrón indefinido y sucio, tiene un enorme agujero tapado con un cartón desde dentro.

Cuando aquel simulacro de puerta se abre, un olor pegajoso y gris sale por ella como buscando la liberación. Es un tufarada de humedad, mugre, cochambre y desaliño. Es el olor pringoso de un lugar que nunca se ventila y donde brillan por su ausencia los detergentes, el jabón y la vulgar lejía. Dentro de la casa, las paredes muestran también el sucio gris de mil roces de manos y desconchones como heridas en la carne viva de la colamina y el yeso. Hay un sofá con desgarrones impúdicos, un par de sillas desvencijadas y un cuadro vulgar y anodino colgando milagrosamente de una puntilla mal clavada. El hedor, mezclado al tufo de nueve cuerpos transpirando en un lugar cerrado, casi se hace insostenible.

Miguel vive en ese ambiente. Miguel viene a la escuela sin peinar, sin lavarse la cara, con su cartera de tela roja mugrienta, sin calcetines bajo los tenis desgarrados y una expresión indefinida, mezcla de una vergüenza no clarificada y una timidez que

resulta a veces agresiva. Miguel no es sólo un niño pobre, es un niño pobre que, además, lo sabe. Ese conocimiento, a su edad, debe ser una losa demasiado pesada para sus débiles espaldas.

Miguel ha sido marginado de forma inmisericorde por el resto de la clase, como si fuera un bicho raro venido de no se sabe qué lejano planeta. Yo aproveché su ausencia una tarde, y pregunté a los demás por qué razones no lo habían elegido como compañero en el test que habíamos hecho aquella mañana. Las respuestas fueron contundentes y hasta agresivas.

-No se peina nunca.

-Está sucio.

-Huele mal.

Era cierto. Cuando yo me inclino sobre Miguel para ver cómo hace sus tareas, me asalta desde su cuerpecillo el mismo olor que emana de toda su vivienda. No es agradable, y los niños se sienten ofendidos ante el desaliño y la falta de limpieza. Exactamente la misma reacción de ciertos norteamericanos blancos ante ciertos norteamericanos negros y de los españoles payos ante los españoles gitanos. Es una excusa que explica el racismo enraizado en lo más profundo de todos aquellos que se sienten superiores por razones intelectuales, tribales, económicas o higiénicas. Da igual. Hay que mantener las diferencias. No hemos sido capaces de superar, tras siglos de convivencia, todo lo que hay de superficial en la gente para llegar al fondo de las personas y buscar en ellas motivos de concordancia.

Lo realmente doloroso es que niños de siete años se comporten ya como adultos carcomidos de prejuicios obsesivos. ¿Lo han heredado en sus genes o lo han mamado en sus hogares? Sea como sea, es evidente que la sociedad perpetúa indefinidamente, todos sus absurdos de generación en generación.

Miguel capta, de una forma más o menos inconsciente, toda la problemática de su miseria y de las consecuencias que tiene. Es desconsolador, pero tan real y humano, que merece la pena relatarlo.

Este chiquillo ha intuido que soy un hombre rico, comparado con él, por supuesto. Así, una tarde, al salir de clase, me siguió con un trotecillo ligero.

-Don Carlos, ¿puede ir a su casa?- me preguntó.

-Naturalmente. Vamos.

Subimos al sétimo piso, Miguel estaba visiblemente emocionado. Cuando entramos no sabía a dónde mirar: la quencia con sus tres grandes hojas abiertas, los cuadros de vivos colores, los sillones funcionales y cómodos, las estanterías repletas de libros, el piano colmado de sonidos silenciosos, las cristaleras que se abrían a un paisaje de nubes blancas y grises.

Fue en la terraza –más de quince metros de largo- donde parecía que se esponjaba ante la vista de casi toda la ciudad, pródiga en tejados de colores, blancas azoteas, campanarios de iglesias, callejuelas retorcidas, horizontes de mar y de montaña. (Debí decirle la verdad: que aquel piso no era mío, no fuese a creer que yo era un hombre realmente rico, pero no lo pensé entonces, y Miguel lo creyó, y yo me sentí bastante incómodo).

-Mira –le decía-, aquella torre tan grande es la catedral. Y aquel castillo en lo alto del monte es el de Gibralfaro. ¿Ves esas montañas allá lejos? Pues detrás de ellas está Torremolinos, donde trabaja tu padre.

Miguel miraba con avidez, como si quisiera digerirlo todo, como si estuviera hambriento de imágenes, como si nunca hubiera visto tanta maravilla junta. Y el piano fue el colmo.

-¿Puedo tocarlo? –preguntó.

-Claro que sí. Siéntate aquí y dale a la tecla que quieras. No. Usa las dos manos, sonará mejor.

Los desafinados acordes que arrancaba debieron parecerle música celestial. Era la primera vez en su vida que tenía ante él un instrumento musical y, además, de proporciones gigantescas para su pequeño cuerpecillo de siete años. No quiso merendar conmigo (supongo que estaba demasiado emocionado con tantas novedades) y poco después se marchó. Le dije que volviera otro día y así lo hizo. No abusa, sin embargo, de su prerrogativa de ver el paraíso. Pero cada vez que viene él sueña por unos ins-

tantes que tiene otra casa, limpia y ordenada, donde no hay seis hermanos que le estén agobiando constantemente con su presencia inoportuna, donde encuentra un padre con quien hablar y que tiene escondidas cintas de canciones maravillosas, mundos encantados en el video y fotos de colores, sorprendentes y extrañas, en los libros.

Me pregunto a veces qué sentiría Miguel si pudiera vivir en una mansión de verdad, como otros niños mimados de la fortuna. Pero a él le ha tocado ser pobre. ¿Y por qué a Miguel y no a mí? ¿Y por qué a un niño inocente e inofensivo? ¿Qué ha hecho este chiquillo para merecer esa suerte infamante? ¿Cuál es el pecado de todos los pobres de la tierra?.

Ninguno, por supuesto. Es un pecado social que parece no tener remedio, o que no nos esforzamos en erradicar. Miguel es una víctima más de ese absurdo. Sólo que es una víctima demasiado débil e inocente.

¿QUÉ HACEMOS CON ALICIA?

Alicia tiene nueve años. Es una niña larguirucha y levemente espermática y desmañada, con unos ojos oscuros y rasgados, la nariz respingona, los labios gruesos e inexpresivos y un pelo moreno, largo y suave. Lleva cuatro años en la escuela, dos de ellos conmigo, y en este momento está en el segundo del ciclo inicial (donde los alumnos suelen tener siete años).

Durante quince meses lectivos –con unas vacaciones de por medio–, Alicia jamás me dirigió la palabra. Se limitaba a regurgitar dos monosílabos: sí y no. Resultaba totalmente imposible mantener una conversación con ella. Al principio, yo estaba traumatizado. No poder charlar con un alumno es la mayor frustración que puede sufrir un maestro; así que lo intenté todo, desde los halagos hasta las amenazas. Alicia era un monolito de piedra tan impenetrable como los menhires de Stonehenge. Mas como era, también, insoportablemente dócil y sumisa, y entendía todas mis parrafadas, acabé por renunciar a mantener con ella relaciones normales y me limité a decirle sencillamente lo que tenía que hacer. Ella se iba a su pupitre y se ponía a trabajar como una loca desbocada.

Durante todo este tiempo, Alicia ha aprendido a leer. Lo malo es que no ha superado el silabeo y no entiende nada de lo que lee. Para comprobarlo, le doy pequeñas órdenes escritas: pinta una casa en la pizarra; dile a Juanito que se ponga de pie; abre la puerta de la clase..., y cosas por el estilo (no todas de una vez, por supuesto). Pero Alicia se limita a leer y luego se me queda mirando como quien espera la traducción de un jeroglífico egipcio.

¿Escribir? Le encanta copiar y lo hace a velocidades supersónicas. Pero no se entera de lo que escribe. Para ella es una cuestión de pura mecánica. Me llevó una semana conseguir que escribiera de memoria su nombre y su primer apellido. Así y todo, si se come un par de letras al hacerlo se queda tan satisfecha.

La cuestión del cálculo resulta aún más peliaguda. Sabe contar hasta veintinueve, pero si le digo que dibuje seis círculos, lo mismo pinta cuatro que ocho. Si le pido, desesperadamente, que los cuente mientras los dibuja, acaba por hacerlo correctamente después de varios intentos. Una vez le dije que trajera a mi mesa a tres niñas de la clase. Me las trajo a todas: doce.

¿Qué le ocurre a Alicia? ¿Es una retrasada mental como indica el test de Goudenauh que le hice? ¿Tiene alguna lesión cerebral? ¿Padece alguna especie de bloqueo emocional? Hablé con su madre acerca de la necesidad de llevarla, para empezar, a un psicólogo. Me dijo que ya lo habían hecho a instancias de su anterior profesora, pero que la chiquilla se había negado rotundamente a colaborar con él. Utilizó la misma táctica que conmigo: enmudecer como una pared de ladrillos.

No obstante, en casa charla por los codos, y me consta que parlotea como un loro con otros alumnos. Últimamente ha sufrido un cambio que me dejó atónito: se ha decidido a hablar conmigo. El otro día llegó a mi mesa, plantó sus dos manos sobre ella, con los codos bien separados, y me espetó sin pensarlo dos veces:

-Enrique dice que yo soy su novia.

-¿Y es verdad? –le pregunté con la ansiosa esperanza de entablar un diálogo.

-No –me respondió cortante como un látigo. Y haciéndome un descarado desplante se fue a su sitio.

Ahora se ha vuelto locuaz y respondona. Cuando le pido que haga algo determinado, me contesta sin vacilar: No me da la gana. Y se pone a hacerlo.

Cada vez que miro a Alicia recuerdo esa normativa según la cual los disminuidos físicos y psíquicos deben integrarse en las escuelas normales, abandonando esos guetos que se llaman Cen-

tros de Educación Especial. Pero no acabo de encajarlo. Mis dudas surgen cuando veo a Alicia en el recreo, por ejemplo. Se sienta en un escalón a contemplar a sus compañeros o corretea detrás de unos niños en un vano y doloroso intento de participar en sus juegos. Sus compañeros simplemente la ignoran. Lo mismo ocurre en clase. Cuando les pedí a mis alumnos que eligieran un compañero para jugar, estudiar y hacer un viaje maravilloso (eso que se llama un sociograma), nadie eligió a Alicia. La han marginado de un modo espontáneo. En realidad sólo se comunica con Enrique que estando tan retrasado como ella (aunque por motivos diferentes) se juntan, charlan, discuten y pelean.

Recuerdo a un chiquillo que tuve hace unos años que se negaba a leer en voz alta porque le daba vergüenza que le vieran y oyeran los otros niños haciendo denodados e inútiles esfuerzos por interpretar los signos más sencillos de la cartilla. Esta influencia del entorno escolar es muy dolorosa para estos niños. Alicia ve todos los días a sus compañeros haciendo cuentas de dividir, dictados, redacciones y problemas. Cosas todas que a ella le están vedadas. ¿Acaso no sufre, en el silencio de sus emociones infantiles, la impotencia que la tiene agarrotada?.

Este último mes, coincidiendo con su apertura social, se ha vuelto arisca y agresiva. ¿Estaría mejor con otros niños como ella? Dicen que no, que el aprendizaje por imitación sería nulo en ese caso. De niños más adelantados puede aprender pautas de conducta más “normales”. A la vista está, sin embargo, que no ha aprendido nada en todo el tiempo que lleva en la escuela integrada con otros. ¿Será feliz así, marginada, avergonzada y contestataria?.

Tener a Alicia en un centro especial o en una clase como la mía no cambia el problema fundamental: que ella es diferente. Alicia lo sabe y lo sufre. Y ningún de nosotros podremos conocer jamás las penosas emociones y sentimientos que rondarán por su pequeña, delicada y maravillosa conciencia.

Integración o segregación no es el dilema a resolver. Con su familia y en la calle, Alicia hará una vida más o menos normal,

pero en la escuela no. La escuela es una experiencia traumatizante para estos niños. Si Alicia y otros como ella han de asistir a clases normales con niños normales, tendremos que ponerlo todo patas arriba, dismantelar el tinglado escolar completo, volver al profesorado del revés, olvidarnos de todo el pasado lastriante... Es decir: necesitaremos una nueva revolución copernicana a todos los niveles. Y como todo ello, por ahora, es pura utopía, mero futurible, quiere decirse que todo va a seguir igual. Y Alicia tendrá que seguir embarcada en esa angustiada aventura de vivir en un mundo que no está hecho para ella.

UNA ROSA PARA PEDRO

El pequeño Pedro miraba su cartilla intentando pronunciar la sílaba que yo le señalaba. Sobre la sílaba, roja y abierta, había una rosa pintada con magistral exactitud. Se suponía que Pedro debía mirar la rosa y luego decir *ro*. Lo había hecho ya con otras sílabas y estaba acostumbrado. Yo sólo le daba el nombre del dibujo cuando se prestaba a confusión.

Esperé con paciencia. Pedrito miraba la rosa, pero no decía *ro*. Empecé a sospechar lo peor. Le sonreí para tranquilizarlo y lancé la pregunta:

-Vamos, Pedro, ¿cómo se llama esto? -y tocaba con mi largo dedo la rosa. Pero el pequeño Pedro seguía mudo- ¿No has visto nunca esa cosa del dibujo?, volví a preguntar desesperanzado. Él negó con la cabeza. Me eché hacia atrás en mi sillón tratando de rechazar la verdad que se abría ante mí.

-Óyeme, Pedro, esto es una rosa; ¿de veras nunca has visto algo así?.

-No -respondió con una voz casi inaudible, como si le avergonzara haber cometido una terrible falta.

Yo estaba abrumado, y me quedé tan mudo como él. ¿Cómo era posible que un niño estuviese siete años sobre este planeta sin haber visto nunca una rosa? ¿Qué clase de mundo es éste en donde suceden cosas tan absurdas?

Acaricié la revuelta cabeza de Pedro y lo mandé a su sitio. La lección había terminado. Era inútil seguir si yo no tenía la ocasión de mostrarle una rosa de verdad para que rozara sus pétalos con las yemas de sus dedos, para que la oliese, para que le diera

vueltas en sus manos y la sostuviera ante los ojos, cogida del tallo frágil y espinoso. ¿Qué ganábamos él y yo con decirle que aquella cosa dibujada con tanta perfección se llamaba rosa? ¿Podría Pedrito adivinar su tamaño real, la suavidad de su tacto, la gama de sus colores, la incidencia de la luz arrancándole reflejos, el perfume encerrado bajo los pétalos apretados?.

Me quedé mirándolo, ya sentado. Lo irracional de la situación me obsesionaba. ¿Sería este el problema de todos los niños urbanos? ¿Estarán condenados nuestros chiquillos a no ver más allá de sus jaulas de cemento y cristal o del asfalto de las calles donde sólo nacen postes de metal inanimados? ¿Sería debido al hecho de vivir en una familia que no tiene tiempo de abrir los ojos de los niños al mundo real de la naturaleza?.

Cualquiera que fuese la respuesta, dejaba intacta la perplejidad del hecho. Se dice que nuestros niños no han visto jamás a una gallina poner un huevo, ni el rocío sobre la yerba, ni la luna llena amaneciendo detrás de las montañas, ni el agua clara de un arroyo, ni el musgo en la corteza de los árboles, ni las puestas de sol, ni las hojas ocres del otoño, ni la luz irisando las plumas de los pájaros abiertas en el vuelo, ni un amanecer repleto de silencios. Es triste constatarlo, pero la naturaleza está ya tan lejos de nuestras ciudades que es necesario meter un trozo de ella en cualquier pequeño espacio: un jardincillo, un parque, una fuente, una fila de naranjos, una maceta... Y alrededor, el hormigón y el cemento alzándose siempre hacia arriba en un triste esfuerzo por alcanzar un cielo que no le pertenece.

¿Qué hago yo con Pedro y su problema? Las flores están muy lejos, allá en el centro de la ciudad, vigiladas para que nadie las toque. Pero esta situación disparatada no puede seguir. Tengo que ir, aunque sea con nocturnidad y alevosía, a robar una rosa para Pedro.

UNA LECCIÓN de CORAJE

Eran unos desconocidos para mí, y siguen siendo desconocidos para una mayoría de sus conciudadanos, pero yo tuve la suerte de encontrarlos y ahora quisiera dejar constancia de la entrañable y rica experiencia que me han proporcionado. Porque ellos, sin proponérselo siquiera, me han dado una lección que no podré olvidar en mucho tiempo.

Imagínense a un hombre entrado en años, cansado, harto de tropezarse con un mundo lleno de situaciones decepcionantes y aplastado por la impotencia, que descubre a un grupo de personas impedidas, parálíticos, aferrados a sus sillas de rueda o sus muletas, olvidados de todos (menos de ese maravilloso grupo de mujeres que los atienden), y con un ansia de vivir inmensa, un incontenible deseo de ser útiles y un optimismo desbordante.

Y entonces, comprenderán por qué escribo estas líneas.

Ellos no sabían nada de mí, excepto que, les habían dicho, yo era un colaborador de este diario y les iba a hacer una entrevista. Esperaban a una especie de dios menor que les iba a “sacar” en los periódicos. No imaginaban que entraría por sus puertas el hombre abatido y descorazonado. Y entonces me demostraron, ellos y quienes les cuidan, que es posible encontrar una razón para vivir y que es imperdonable dejar de lado la esperanza.

Es la hora de comer cuando llego. Alrededor de las mesas, los enfermos de espina bífida y parapléjicos se congregan en sus sillas de ruedas entre bromas y risas. Es una sala de grandes ventanales por los que penetra el verde de los pinos abigarrados. Cinco mujeres jóvenes comparten la tarea de servirles. Me presento, me presentan, me tienden las manos, suenan nombres,

intercambiamos frases, comemos y nos reunimos a fumar charlando.

Me enseñan el lugar en el que viven, la mayoría, desde las nueve hasta las cuatro. Algunos, los de los pueblos, se quedan toda la semana. Esta es su casa. Son tres pequeños chalés adosados dentro de los terrenos de la Universidad Laboral. Los pasillos son estrechos, los servicios no están acondicionados para ellos, no resulta fácil atravesar las puertas con los sillones rodantes, pero todos salen a tomar el sol sin mayores molestias, sin quejarse de nada, porque allí son felices y tienen una tarea que realizar.

Me muestran, la habitación donde tienen instalado el telar *alto liso* en el que confeccionan alfombras y tapices de distintos tamaños y técnicas. Luego los pequeños telares, *bajo liso* les llaman, para obras de más reducidas dimensiones. Y los materiales: ovillos y madejas de diversos colores, perfectamente ordenados sobre las paredes, y grandes sacos con desechos, regalados por una fábrica de tejidos, con los que estas manos hábiles realizan maravillas.

Y me enseñan, encantados, alfombras y tapices: atrevidos e insólitos diseños, unos coloreados con sobriedad y elegancia, otros de una profusión cromática que son un recreo inesperado para la vista. Hay alfombras inmensas, a veces diminutas, y tapices magníficos que no pueden explicarse por la escasez de los medios con que están hechos, sino por la poderosa imaginación de estas mentes entusiasmadas.

Luego vemos los materiales de carpintería y lo que han conseguido fabricar con tan elementales medios: muñecos de madera que se montan por piezas (un juego pedagógico para pre-escolares lleno de ingenio), relojes didácticos de llamativos colores, pitilleras y bolsos con material de persiana filipina, cortinas de pequeñas maderas tubulares engarzadas y pintadas en diversos colores, columpios infantiles, devanaderas, bastidores y telares para los tejedores.

Me hablan estas mujeres y estos hombres (son unos treinta, entre los diecinueve y los treinta años) de sus proyectos y de sus

ilusiones. Empezaron con material que ellos mismos traían de casa, o facilitados por las auxiliares y los amigos. Se trataba de una experiencia de terapia ocupacional. De eso hace un año. Ya tienen un nombre: Grupo Baraka. Y me muestras con orgullo el folleto editado para la próxima exposición.

Me cuentan sus problemas físicos. La espina bífida es una malformación de una o varias vértebras; cuanto más cerca de la cabeza está localizada la lesión, más graves son sus efectos. Estas personas pueden padecer de hidrocefalia, parálisis de las extremidades inferiores, alteraciones ortopédicas (luxación parálitica de la cadera, malformaciones en los pies, desviación de la columna vertebral), incontinencia de esfínteres... Pero nada de ello quebranta la entereza, la alegría y las ganas de vivir y trabajar de esos disminuidos.

Llega la hora de regresar. Cojo la moto —esta maldita moto que parece contagiada y se niega a arrancar— y penetro en la vorágine del tráfico. Mientras miro el rojo de un semáforo, recuerdo las palabras de Bertolt Brecht que ellos mismos me mostraron: *“Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida. Esos son los imprescindibles.*

¡Toda la vida!

Se enciende la luz verde y arranco mientras pienso: Y si ellos pueden, ¿por qué yo no?

LAS ESTRELLAS del QUIRÓFANO

Llego a la clínica cargado de ropa y libros. Aunque el médico sólo me ha pronosticado tres días de estancia, tengo la impresión de estar disfrutando unas minivacaciones en un hotel de tres tendedores por lo menos.

Son las doce de la mañana y acabo de tomar mi última colación: una taza de café y un cigarrillo negro. A partir de ahora, debo someterme a un ayuno riguroso. No deja de sorprenderme que para una intervención menor se tomen tantas molestias: quirófono, anestesia epidural, ayuno... Pero resulta reconfortante y grato. ¡Tanta gente preocupada por mí! Me siento un poco el protagonista de toda la película. La chica de recepción me atiende con solicitud, toma notas, rellena formularios y me da el número de mi habitación. Pero ¡alto!, no puedo subir hasta que venga un celador para acompañarme.

-Pero señorita, estoy perfectamente, puedo subir solo.

-Lo siento, son las normas- afirma categórica. Y atiende al teléfono.

Pasa media hora y el celador no aparece. Llegan más pacientes. Empiezo a sospechar que no soy el ombligo de este pequeño mundo. Me acerco a recepción un tanto picado. Ante mi insistencia, la chica atrapa al vuelo a otra señorita de bata blanca que pasa por allí y le pide que me acompañe. Subo en el ascensor con mi guardaespaldas. Estoy decepcionado.

Ya en mi habitación, mientras guardo mis cosas en el armario empotrado, me va volviendo el ánimo. Dentro de unas horas me llevarán al quirófono y allí recobraré mi protagonismo. Leo la prensa y una novela de fantasía científica. Las horas pasan

lentas y monótonas, pero yo tengo una maravillosa vista a través de los amplios ventanales. Empieza a llover. Me relajo.

Es ya de noche cuando se abre la puerta. Un hombre alto, de blanco como todos, sonrío mientras saluda y me indica que ha llegado el momento. Todo va bien. Él empuja mi cama con ruedas y yo le sigo andando hasta el ascensor. Bajamos y nos dirigimos a una puerta en donde reza: “Prohibido el paso”. Eso no va conmigo, pienso feliz. Al menos esta vez.

En el pasillo que hay tras la puerta basculante, veo a mi derecha, las entradas a dos quirófanos, una habitación al fondo, sin puerta, y a la izquierda una pared de cristal tras la que se ve una salita. Mi acompañante anuncia mi llegada triunfal. Una mujer con gafas, sentada ante una mesa al fondo, me indica sin mirarme que debo esperar en la salita de cristales. Y sigue escribiendo, ausente.

En la pequeña sala hay dos puertas abiertas. Son servicios, lavabos y lugar para cambiarse de ropa. Junto a las paredes, cinco sillones sin brazos, de color opaco. En una mesa baja y alargada, una bandeja contiene tres tazas de café llenas, un cenicero con cuatro cigarrillos apagados y dos pequeñas botellas de cola. ¡Café, cigarrillos! Mi organismo ayuno se rebela.

Me distraigo viendo a la gente que pasa: mujeres con uniformes de limpiadoras, chicas de blanco y, por fin, hombres y mujeres de verde. Pantalón verde oscuro, chaquetillas ligeras de manga corta y verde oscuro, mascarillas de tela, verde oscuro también, colgando bajo el cuello. Estos son los cirujanos, las cirujanas, los anestesistas, los practicantes, las enfermeras. Pienso que todos ellos están allí por mí. Como los quirófanos, llenos de aparatos extraños y vitrinas con instrumentos metálicos, los ayudantes, los celadores, las camillas, las sábanas, los medicamentos. Todo a disposición del paciente, la estrella alrededor de la que gira toda aquella actividad.

Pero algo no funciona. Por mi lado pasa un señor bajito enfundándose en una enorme gabardina, dos jóvenes de verde cuchicheando a media voz, una señorita con solideo verde atuándose el pelo, otro con traje de calle y barba bien cuidada que

se dirige al teléfono, dos hombres que fuman y charlan de pie a dos metros de distancia. Todos me han visto pero hacen como si yo no estuviera allí.

Me siento ridículo con mi ligero pijama azul celeste, de pie, sin saber qué hacer con las manos, observando a toda aquella gente que me ignora. ¿Por qué no me saludan? Podrían decir ¡hola! por lo menos. Al fin y al cabo soy el paciente.

Al fin llega mi cirujano, que me tiende la mano con una amplia sonrisa y desaparece. Otro señor de verde me llama, el anestesista. Entramos en el quirófano, me invita a quitarme el pijama, me tiendo sobre una mesa incómodamente estrecha, entra una muchacha que ni siquiera me mira y se dedica a preparar el instrumental. Me ponen la anestesia local y miro al techo. Dieciséis luces, siete apagadas, y ocho rejillas para el aire acondicionado. (Esta manía de contar todo... Mi psiquiatra diría que es una compulsión de carácter evasivo).

Los dos cirujanos (tengo dos, nada menos) cuchichean bajo sus mascarillas de tela. No entiendo lo que dicen. Manipulan sobre una parte de mi cuerpo con murmullos apagados. ¿Hablarán de mí o harán intrascendentes comentarios familiares? Nunca lo sabré. Terminan su intervención y desaparecen de mi campo visual. Otra chica, impersonal y eficiente, termina poniéndome un apósito. Dos forzudos de blanco me trasladan a mi cama rodante. Mientras salimos del quirófano el mayor se dirige al más joven.

-Me voy a tener que marchar. Mi mujer está en el dentista y los niños los tiene la vecina.

Hay un impás. La cama no se mueve.

-Díselo a don Fulano –replica el otro volviendo la cara hacia el fondo-. Está ahí, hablando con Perengano.

Un momento de indecisión y al fin la cama rueda. Rodamos en silencio hasta el ascensor y la habitación. Decididamente, las estrellas del quirófano son todos esos hombres y mujeres de blanco o de verde, limpiadoras o supercirujanos. Los pacientes somos como botellas en una cinta automática: entran, plif, plaf, plof, y salen.

Bueno, pienso recordando las nueces verdes de la mona, tal vez no valga la pena ser una estrella efímera y transitoria.

Y me arropo, satisfecho, en el calorcillo acogedor del anonimato.

INDICE

Del Norte y del Sur

- Advertencia previa, 3
- Qué está pasando ahí fuera, 5
- Presentación, 7
- El ruido interior, 9
- En la sala de espera, 13
- Los aguafiestas, 15
- El minibús, 19
- Los extraños que vienen, 21
- Dos formas de morir, 23
- Por esos mundos de Dios, 25
- El Grito, 29
- Dos visiones del mismo tema, 31
- Turismo sexual, 35
- La cuenta de la vieja, 37
- La caridad viene de arriba, 39

De la guerra

- Matarás a tu prójimo, 41
- La Bestia uniformada, 43
- La Bestia sigue viva, 45
- La paz de los dioses, 49
- Occidente e Islam, 53

Algo acerca de anarquismo

- Los arquistas, 57
- Aquel 1° de Mayo libertario, 61
- Impresiones de un 1° de Mayo, 65

Ética religiosa y ética laica

- Los múltiples sentidos de la vida, 69
- Agnosticismo y desesperación*, 75
- Confesiones de un agnóstico, 77
- Este es mi Dios, 79

Ya nadie sube al cielo, 83
¿Es mía mi vida?, 87
Técnicos en moral, 89
Rompiendo cadenas, 93
Parejas de siempre, 95
¿Puedo discrepar?, 97
La niña del travesti, 101
La homosexualidad y la Biblia, 103
No todo el monte es orégano, 107
Mi familia, 109
Noviembre, 113
Un alma en Noviembre, 115
Chantaje místico, 119
Por seis euros, sus problemas resueltos, 123
Demonios, 125
Un burro volando, 129
La lluvia viene del cielo, 133
Esotéricos, 135

Personas grandes y pequeñas

Viva el turismo, 139
Iluminados, 143
Testigos en la calle, 147
Entrañable van Gogh, 149
Suicidarse a los veinte años, 153
Hombre rico, niño pobre, 155
¿Qué hacemos con Alicia?, 159
Una rosa para Pedro, 163
Una lección de coraje, 165
Las estrellas del quirófano, 169